

Horacio Convertini

Los que duermen en el polvo



Horacio Convertini

Los que duermen en el polvo

A Mariel
A Daniel
A Franco

*De todos los milagros, ninguno más abrumador
que lo normal. Ser normal, volverse normal.
Este don, aparentemente tan ordinario,
que cualquiera puede recibir con tan sólo desearlo.*

JOYCE CAROL OATES,
del cuento “Corre y besa a papá”

Uno

Mónica vino corriendo hacia mí, espléndida, viva, maravillosamente viva. Daba saltitos en puntas de pie, sobreactuando el sigilo. Me pareció que lograba sostenerse en el aire unos segundos y que los aterrizajes eran suaves y efímeros, como si el mínimo contacto con el pavimento le bastara para impulsarse de nuevo. También es ingrávida, pensé, y lo que veía y lo que imaginaba ver se prolongaron en el bálsamo de su sonrisa, ancha y permanente, porque siempre estaba feliz, aun ahí, como si su función existencial fuera ser el reverso de la mía, la contracara alegre de un hombre de cincuenta años oscurecido por una pérdida terrible en un mundo agonizante. Mónica había escapado de la barraca por una banderola sin rejas hacia el techo de una casa vecina y de ahí había bajado descolgándose por un árbol. No le preocupaba el toque de queda. Sabía que el máximo riesgo era que la sorprendieran en la calle a deshora y que la sermonearan un rato con el respeto a los protocolos de seguridad, porque ni siquiera le aplicarían la multa.

Yo la esperaba sentado en un banquito de cemento de

la plazoleta triangular que estaba a cincuenta metros de casa. No se escuchaba el ulular de los bichos ni el rotor de los helicópteros ni los estampidos secos de las armas de los soldados de guardia, lo que ayudaba a creer la ficción de un barrio en paz, el marco perfecto para una cita amorosa de medianoche. Sólo tenía que mantener la vista fija en ella y no distraerme con el escenario de puertas y ventanas tapiadas, frentes chamuscados por el fuego o taladrados por las balas, calles con rajaduras y cráteres. De esta manera, el trotecito de Mónica, la sonrisa de Mónica, podían volverse por un segundo el trotecito de Érica, la sonrisa de Érica, y eso me reconfortaba más que la aventura del encuentro prohibido y el sexo que habríamos de tener a oscuras en la única casa abierta.

Me paré cuando la tuve cerca. Ella se me colgó del cuello y me dio tres o cuatro besos cortitos en la boca.

—Vamos, dale, a ver si nos pescan —dijo, y me agarró de una mano y me obligó a caminar rápido.

Hubiera podido decirle que, si nos pescaban, nadie se animaría más que a una murmuración socarrona. Que mi poder era suficiente para borrar de su legajo cualquier falta si algún idiota se atrevía a levantarle un acta, y que, en última instancia, a nadie le importaba demasiado el reglamento vacío que los burócratas habían diseñado dos mil kilómetros al sur. Pero no lo hice porque ella ya lo sabía. Las verdades inútiles hay que callarlas.

En su otra vida, Mónica había sido gimnasta, campeona argentina, medalla de bronce en unos Panamericanos

juveniles. Su cuerpo todavía conservaba la memoria de esos tiempos de entrenamiento y rigor. Era delgada, fibrosa, de brazos y piernas con músculos pequeños pero consistentes. Un gorrión chiquito, eléctrico, con alma de nena de colegio secundario, muy diferente a Érica. La acrobacia que debía hacer para verse conmigo a solas representaba para ella un ejercicio elemental. Un día le pregunté si no tenía miedo de caerse y fracturarse un hueso. Me dijo que no, que podía huir de la barraca con una mano atada a la espalda sin el menor problema y que, aunque no hubiera sido así, todos los miedos se reducían frente a la amenaza que nos había roto la vida.

Bajamos por Luppi, mi calle, la que alguna vez había sido arbolada y bella. Mónica me agarró de la cintura, se me pegó al cuerpo, sentí su olor a champú barato.

—Tengo frío —murmuró.

La abracé y fue como si la midiera: no era Érica, desde luego. Intenté que las diferencias no me precipitaran tan pronto en la tristeza. Debía decirme en forma clara, para que mi mente lo captara y retuviera, que sólo una bendición de Dios podía explicar un amor ahí. No me refiero a un coito apurado en las duchas comunes, el desahogo carcelario al que los más afortunados accedían de tanto en tanto. Hablo de un amor de verdad, porque Mónica me amaba, por encima de la diferencia de edad, de mi falta de atractivo, de mi historia. Incluso por encima de mi opaco rendimiento en la cama. Mónica me amaba, acaso porque yo era la garantía de que su legajo llegaría

invicto al final y eso significaba dinero, porque el poder en ese minúsculo distrito dominado por una amenaza representaba también un motivo de fascinación, y las escapadas de la barraca, las noches de whisky de contrabando y sexo de matrimonio constituían un privilegio al que se llegaba únicamente por mí. Ni por el Lele Figueroa, que se hacía traer putas de afuera una vez por mes, ni por Uzín, que parecía no estar interesado en las pulsiones de la carne, ni por Kadjevich, un lobo desvariado por el amor a la patria.

Pero Mónica no era Érica. Érica era —o mejor dicho, había sido— casi tan alta como yo. Caderas fuertes, tetas de nodriza, ese adorable pliegue en la panza al sentarse, matrona yerma de cuerpo blando por el que jamás había pasado el cincel de la educación física. Me gustaba su pelo negro, pese al rodete. Me gustaba su piel blanca. Y los ojos. Y esos labios Betty Boop que yo mordía como si fueran caramelos al entrarle como un presidiario en las pausas de las largas temporadas de abstinencia a las que me sometía.

Yo podía imaginar las razones del amor de Mónica, pero nunca había podido imaginar las razones de Érica.

—Quiero saber lo que sentís por mí —le dije una vez, poco antes de que la epidemia estallara—. No lo que sentiste alguna vez ni lo que represento en tu vida por acumulación. Lo que sentís ahora mismo, ya, en este momento.

Llevábamos tres meses sin tocarnos y la falta de sexo

me estaba volviendo loco. Ni siquiera recurría a prostitutas porque yo sólo servía con Érica. Mi fidelidad hacia ella se definía por un defecto de vigor. Estábamos en Santiago de Chile. Me había tomado unos días de licencia, de los tantos que tenía en el ministerio, para acompañarla a un congreso latinoamericano de perspectiva de género y medios. Guardaba la ilusión de que el viaje abriera las llaves secretas de su deseo y que la atmósfera de hotel cinco estrellas despertara la fantasía de una segunda luna de miel. Pero no sucedió nada de eso. Tomada por la vida académica, prácticamente me ignoró. Esa noche cené solo porque no quise acompañarla a una comida con otros disertantes. Me quedé esperándola bebiendo pisco sour en el bar del lobby. Volvió tarde, pasadas las doce. La invité a un trago y me dijo que no, que había tomado vino blanco y que le dolía la cabeza y que lo único que quería era una aspirina, leer un rato, dormir. Subimos al cuarto. Yo entré al baño a lavarme los dientes. Cuando salí, ella estaba sin pantalones, con la camisa desprendida, sentada en posición de loto en un sillón de tela rústica. Leía a la luz de una lámpara el libro que le había regalado esa tarde una antropóloga colombiana. Se había soltado el pelo. Yo me quedé contemplándola unos minutos como quien intenta descifrar un acertijo. Mi voz, al preguntar, sonó débil. Reconocí el ahogo del miedo y me puteé por dentro. Tardó en responder. Supongo que la sorprendí en el medio de un párrafo que le gustaba y no quiso detener la

lectura hasta el punto final. Bajó el libro, no lo cerró, y antes de hablar me miró fijo dos o tres segundos. Sentí un escalofrío.

—¿De qué hablás, Jorge?

—Si voy a seguir arrastrándome por vos como un gusano, al menos quiero saber que es por algo más fuerte que la costumbre.

Alzó el libro, se concentró de nuevo en las páginas y, como si lo estuviera leyendo, dijo:

—Yo te amo. Ahora. En este preciso momento, con locura y a mi modo. Si no, te hubiese dejado hace años.

La respuesta era la que deseaba, pero el modo me destruyó. El tono seco, mi lugar entre sus prioridades determinado por los ojos en la lectura. Fui a la cama y me acomodé dándole la espalda. Ella me siguió un rato más tarde. Prendió el televisor. Buscó el canal pago de películas porno. Subió el volumen. Me giró de un tirón y me repitió al oído: yo te amo, ahora. Cogimos rabiosamente. Le mordí tan fuerte los labios que le sangraron. Ella lloró con su orgasmo, entiendo que de placer, aunque no estoy seguro. Lo hicimos de vuelta a la mañana siguiente en la ducha, pero no resultó bien, al menos para mí. Lo que siguió fue el espanto.

Mónica me retó porque había dejado la puerta de casa sin llave y con el sol de noche prendido.

—¿Querés que se te meta alguno?

—No hay chance. Lo único bueno que hacemos acá es

mantenerlos del otro lado.

Adentro hacía más frío que afuera porque las paredes transpiraban la humedad de octubre. Mónica se desnudó rápido, se metió en la cama, se tapó hasta el cuello, le pegó con los talones al colchón como lo que era, una chiquilina disfrutando de su travesura preferida. Le pregunté si quería whisky.

—Johnnie rojo. El hombre no se esmeró esta vez. Olvidate del Glenmorangie.

—Después, dale, metete.

Me desnudé pensando en que no iba a poder hacerlo con Érica en la cabeza. Ella pareció darse cuenta. Apenas me acosté, me abrazó y empezó a acariciarme la cara como una madre.

Mónica no era Érica.

Mónica era una suerte barata, un espejismo, la voluntad de un hombre torturado de dejarse estafar.

Mónica era lo inmensamente posible.

Dos

Al Puente Alsina lo destruyeron desde el aire. Fue antes de que yo llegara, cuando ni siquiera habían levantado el muro y mercenarios chechenos, desde trincheras improvisadas, vomitaban plomo las veinticuatro horas del día para cubrir a los que empezaban las obras. El Lele Figueroa me mostró una breve filmación muda, en blanco y negro. Dos aviones que llegan del este en vuelo rasante, paralelos, y que disparan sincronizados dos misiles cada uno. Cuando los sueltan, pegan un respingo y se elevan, como si recién entonces pudieran ganar altura al haberse desprendido de su carga. Suben, en ángulo de sesenta grados, mientras los misiles caen viboreando y pegan en las cabeceras del puente. Nubes de polvo ascienden y se comen los pórticos, que se derrumban hacia dentro, lentamente, como si un ácido fatal los licuara, y el agua muerta del Riachuelo, encrespada ahora como un monstruo, otro monstruo más, se agita para devorarse las vigas de hierro oxidado, los pedazos de pavimento y hormigón, y las criaturas que casi ni se ven, esas criaturas que llegan incesantemente desde el sur y que hay que

detener como sea.

Ver eso no me dio tristeza, porque la tristeza ya había cristalizado dentro de mí un carozo negro y duro cuando, apenas llegado, me llevaron a un tour por las ruinas del barrio. Pompeya era un cuerpo de miembros amputados. Como la iglesia, ahora, apenas un baldío con una cruz de madera en el medio. La habían demolido durante la reconquista. Los soldados que limpiaban la zona encontraron dentro de ella un foco gigante de bichos. Estaban encerrados y famélicos. Tuvieron que bombardear el edificio y aun así seguían brotando como de una fuente macabra. Alguien dijo que eran vecinos que, en pleno estallido de la epidemia, fueron a guarecerse al templo, de alguna manera se infectaron y no pudieron salir. Una manzana pelada, entonces, sin una piedra en pie y con el pasto perfectamente cortado, gramilla esponjosa que nadie quería pisar.

Esa Pompeya mínima, tapiada y militar era la ilusión de Buenos Aires. Se trataba de una presencia de valor simbólico ya que no había la menor intención de utilizarla como cabecera de playa de una futura expansión. Los políticos sólo habían querido restaurar la idea de la gran capital, lo que representaba en la mitología de los sobrevivientes y en el orgullo de la nación, y desecharon los planes más audaces. Decidieron que lo menos riesgoso era establecer un destacamento pequeño en un barrio defendido por el límite natural del Riachuelo y que podía ser rápidamente tabicado, sin mayores esfuerzos de

ingeniería, con la construcción de un muro en el triángulo conformado por tres avenidas, a las que rebautizaron Alfa, Beta y Gama. Yo era el único que recordaba sus nombres originales (Alcorta, Centenera, Perito Moreno) y que podía darles algún significado histórico, pero a nadie le importaba demasiado atarse al pasado. A las calles interiores las numeraron y sólo respetaron la denominación de Sáenz, la gran avenida comercial del viejo barrio, la de la plaza Trafal, la de la iglesia, la del club Unidos, la que nacía en el Puente Alsina.

En aquellas primeras horas, le pregunté al Lele Figueroa por qué habían hecho semejante cosa, qué les costaba resguardar un poco la memoria del lugar si habían decidido regresar a él.

—Son cosas de milicos —respondió—. Les gusta hablar en código, como si fueran los marines de las películas. *Alfa tango charly* y esas pelotudeces. Dicen que es mejor para planificar operaciones. Me parece que la verdad es otra: al principio nadie conocía el barrio y no había ningún catastro confiable en el cual basarse, pero tampoco importaba mucho el tema cuando lo que nos estábamos jugando era la vida. Así que cortaron por lo sano: numeritos y alfabeto griego. Además, Jorge, ¿vos te diste cuenta de cómo se ve Pompeya desde el aire? Parece uno de esos laberintos donde sueltan a las ratas de laboratorio. ¿Qué sentido tiene respetar los nombres de calles que no llevan a ningún lado, en las que no vive nadie, en las que no hay más que escombros o casas con

las puertas enladrilladas?

—Luppi es la 22. No me sale llamarla así.

—Llamala como quieras, total es tu calle, a nadie le va a interesar. Lo único que importa acá es que los días pasen con los bichos lejos.

El Ejército levantó una muralla de bloques de hormigón, sin cercas electrificadas ni campos minados, como sí había en el cinturón sanitario del paralelo cuarenta que defendía a la Argentina sana, porque tampoco se trataba de que quienes fueran destinados a Pompeya durmieran como angelitos. Esto no es Disneylandia, solía decir el Lele cuando recibía a los periodistas que venían por material para sus crónicas. Lo que le molestaba, creo yo, era que allá lejos, en el sur patagónico, los sobrevivientes jugaran a la vida verdadera. Habían logrado recuperar la normalidad bloqueando los efectos de la desgracia colectiva, con mucho esfuerzo, cierto, cerrando los ojos a lo perdido, añorando pero hasta ahí y sin lamerse demasiado las heridas. Un mal sueño cada tanto, programas de televisión para analizar lo irreparable, debates que vaciaban la tragedia con palabras sensatas, penas sepultadas por el ejercicio metódico de la resignación y algún tiro en la sien, no demasiados si se tiene en cuenta la magnitud de la catástrofe. La vida de acá, en cambio, era otra cosa: una supervivencia neurótica bajo el disfraz de gesta heroica.

El Lele, de todos modos, era un buen anfitrión y les daba a los periodistas todo lo que necesitaban, rápido y

fácil para que se fueran pronto. Solía llevarlos al vértice de la fortificación que daba al Puente Alsina destruido, donde estaba la Puerta Sur. Generalmente, al atardecer. Los hacía salir al área insegura, les señalaba lo que antes había sido un barrio obrero y les daba prismáticos para que vieran lo que habitaba en la orilla opuesta. Era el momento que más me gustaba. Los periodistas hacían foco en los cuerpos torpes que gemían a menos de doscientos metros, fantasmas ocres que arañaban el aire, de tristeza creo yo porque adivinaban el alimento inalcanzable en el que nos habíamos convertido. Nunca faltaba el que soltaba un comentario gracioso o el que la jugaba de valiente y avanzaba más allá de la línea formada por los soldados que nos acompañaban. Pero el Lele tenía alma de showman: les hacía una seña a los guardias que estaban en la almena y desde un altavoz sonaba a todo volumen el decir grave de Edmundo Rivero en “Sur”. Si teníamos suerte, y casi siempre la teníamos, los bichos del otro lado empezaban a gemir más fuerte y con una cadencia que parecía acompañar la música.

—Escuchen, escuchen, qué coro de ángeles —gritaba el Lele y se reía de su propio chiste como un cómico de cabaret—. Tienen el tango en el alma y no se los quita ni la peste.

Una vez nos mandaron a una modelo noruega de cierta fama que lideraba una organización integrada por ex militantes de Greenpeace. Se llamaba Ingrid Hattestad y

acusaba al gobierno de genocida. Exigía que un presupuesto similar al del cordón sanitario se destinara a mantener a las criaturas aisladas de la población sana pero a salvo y alimentadas, aunque no especificaba qué darles de comer. Los muchachos y las chicas de Hattestad se desnudaban en las plazas de París, de Berlín, de Washington, embadurnaban sus cuerpos hermosos con trozos de carne cruda y afirmaban en pancartas hechas por publicistas aficionados que sólo el azar los había salvado de la epidemia, que ellos también podrían haber sido bichos y que nadie merecía morir por casualidad y menos aún ser asesinado en juegos de tiro al blanco.

Temeroso de que estas protestas le cortaran la ayuda financiera internacional, el gobierno invitó a Hattestad a Buenos Aires. La modelo bajó del helicóptero militar vestida como para una campaña de Calvin Klein y con una cámara GoPro en la cabeza. Era una espiga de un metro ochenta de alto, bella, algo pálida. Al Lele le había llegado la orden de explicarle que allí nadie mataba a nadie porque sí, que los soldados sólo cumplían funciones defensivas y que las tareas que se desarrollaban en el interior del enclave eran básicamente científicas. Cuando leyó el memorándum, explotó.

—Ni en pedo me bajo los pantalones así. Esta rubia culo roto no me va a venir a correr. Y menos por orden del pelotudo de Schamberger.

—No es la rubia, es el gobierno.

—Acá el gobierno soy yo.

Hattestad entrevistó a soldados, a personal civil, y se dejó conducir por el circuito de ruinas filmando todo como si sus dos ojos no bastaran y necesitara del tercero, que llevaba pegado a una gorra de expedicionaria. Finalmente aceptó con un gesto grave la propuesta de recorrer el área exterior. La comitiva salió por la Puerta Sur. Atardecía. El lamento llegaba tenue desde el otro lado del Riachuelo porque el viento soplaba en contra y se lo llevaba. Hattestad se desprendió del grupo de soldados y se acercó al puente roto. Levantó la mano hacia los seres de la orilla de enfrente como si saludara a un conocido.

El Lele hizo una seña a los guardias de la almena y la voz de Edmundo Rivero quebró el silencio como una granada. Hattestad pegó un saltito, se dio vuelta sorprendida y lo que vio deformó su cara perfecta: de todos lados empezaron a brotar espectros quejumbrosos de hambre. No me enteré hasta después que a la modelo la subieron al helicóptero en medio de una crisis de nervios. Me lo contó el propio Lele cagándose de risa. Días antes, había dado la orden de suspender por completo los vuelos de limpieza perimetrales, de tal manera que los alrededores de Pompeya se volvieran un bicherío. Los soldados, amaestrados por el interventor, dejaron que las criaturas se acercaran lo suficiente para que a Hattestad se le manifestara ese pánico tan visceral que pudre la conciencia. Y recién cuando corrió hacia el muro a los gritos, demasiado destartalada para ser rápida,

exageradamente lenta para tanto miedo, el gorro con la camarita volando por el aire, empezaron a disparar. Balazos, aullidos, piñatas de sangre y seso. Y la sentencia brutal del Lele Figueroa: esto no es Disneylandia, baby.

Tres

Me desperté a las seis y veinte de la mañana con los sentimientos de la noche anterior todavía agitándose dentro de mí como en un remolino. Ella dormía un sueño comatoso, desparramada en la cama king size del hotel de Santiago. Érica era brillante y profunda, pero el que tenía problemas para dormir era yo. No sé por qué, pero se me antojaba que debía ser al revés: ella pensaba más y mejor, se conmovía con las injusticias del mundo, su obsesión era rasgar las entrañas de la sociedad para desenterrar sus verdades ocultas y dolorosas, pero esta condición de mujer comprometida no le impedía la paz del sueño, todo lo contrario. Roncaba como un borracho y tenía que programar tres alarmas simultáneas para despertarse y empezar el día.

Era demasiado temprano para bajar a desayunar y tampoco quería hacerlo solo. La miré. En los labios, dos marcas violetas. Le bastaría un poco de rouge para tapar las huellas de mi desahogo. Qué pensaría Érica. Cómo interpretaría mi calentura, los forcejeos, los tironeos de pelo, las mordidas, las puteadas, mi lloriqueo, ese cuerpo

a cuerpo ciego, agónico. En qué categoría de la animalidad machista terminaría ubicándome.

Recordé una pelea. Yo todavía trabajaba en el diario. Me habían mandado a cubrir la desaparición de una adolescente de San Francisco Solano. La chica se llamaba Andrea, tenía 15 años. Supe, por fotos, que era bonita. Tres pibes confesaron ante la Policía que habían estado con ella en una fiesta sexual, que no la habían obligado a nada, que se había ido bien pero algo borracha porque había tomado mucha cerveza y vino cortado con jugo de naranja. Dos o tres testigos aseguraban haberla visto, a las seis de la mañana, esperando el colectivo en una parada de la estación de trenes. Pero Andrea no aparecía y el caso era un enorme signo de interrogación.

Estuve cuatro horas caminando el barrio pobre de la chica, ensuciándome con la tierra de las calles y alejando a patadas a los perros guachos que me tiraban tarascones a los tobillos. Hablé con familiares, amigas, amigos, vecinos, gente a la que le costaba sostener una conversación conmigo, no porque no pudiera sino por desconfianza, que me miraba sin llegar a discernir si yo —por mi forma de hablar, por mi aspecto, por mis preguntas— era un aliado al que dar ayuda o un enemigo a destruir. Tuve la sensación, ahí, en San Francisco Solano, de que estaba transitando el campo de batalla de una guerra no declarada, tan silenciosa como brutal. Llené los agujeros de la historia con información hasta entonces desconocida: un padre ausente, una madre mayor y

cansada, a la mierda la escuela, la tentación de la noche en boliches de clima pesado. Sentí que había hecho un buen trabajo. Ameijenda, mi jefe, quedó tan conforme que puso una llamada en tapa.

Érica se levantó tarde ese jueves y, mientras tomaba mate, empezó a leer el artículo que yo había escrito.

—No puedo creer esto —dijo.

—¿Esto qué?

—Tu nota. ¿Cómo pudiste escribir una cosa así? ¡Estás justificando una aberración!

—Yo no justifico nada, Érica.

—Una vida a la deriva, ponés. Eso y decir que merece que la hayan cogido en patota y la hayan desaparecido es lo mismo.

—Pará, pará, dejame ver.

Quise arrebatarse el diario y ella lo retuvo, creo que por instinto. La hoja se desgarró sin llegar a romperse del todo.

—Dámelo, por favor —le pedí.

Érica accedió y, mientras me ponía a leer lo que yo mismo había escrito unas horas antes, se levantó y fue hasta el cuarto.

—No, no, lo que yo quiero decir es que la piba no tenía contención alguna —la seguí—. El padre la había abandonado, la madre tampoco le prestaba demasiada atención, no estudiaba, no trabajaba...

—¿Y? ¿Qué tiene que ver eso, eh? —se quitó la remera larga que usaba para dormir y, desnuda, empezó a

descolgar ropa de las perchas del placard—. A la deriva. Un barco a la deriva se hunde. Andrea iba a la deriva, la cogieron y desapareció. Uno más uno es dos. El “algo habrán hecho” de los milicos.

—Eso es lo que lees vos, no lo que escribí yo. Me conocés bien. ¿A vos te parece que puedo justificar algo así?

—¿Cómo querés que lo interprete? —se sentó en la cama para ponerse un jean—. Andrea, la pendeja fácil, la que no tiene otra aspiración que bailar arriba de los bafles con la panza al aire. Si alguien la agarra, la viola, la mata, se lo buscó, murió en su ley —se paró para terminar de subirse el pantalón y abrochárselo—. Todo eso en la oración “una vida a la deriva”.

—No, no, pará, le estás dando otro sentido.

—Ni ahí —hizo una pausa para ponerse el corpiño; aun en ese movimiento automático podía llegar a ser terriblemente sensual—. Es el ideario machista que te surge solo, Jorge. Andrea, putita de 15 años que va a mover el culo al boliche y termina como termina.

—Periodismo, Érica, es eso nomás. Me pasé el día entero en un barrio de mierda, hablé con diez, veinte personas, me contaron cosas que ni te imaginás.

—¿Y qué aporta que vos digas que abandonó el colegio? —se terminó de vestir con una remera blanca; yo solía decirle que así, de remera blanca y jean, estaba más linda que cuando se vestía de profesora—. ¿Qué aporta a la verdad del caso, pensalo bien, que iba a bailar viernes,

sábado y domingo y siempre encontraba una manera de no pagar la entrada?

—No sé. Me lo dijeron sus amigas, su hermano. Yo no inventé nada. Es el perfil del protagonista de una noticia. Si lo hace Gay Talese con Frank Sinatra es un genio.

—Hay diferencias, Jorge —dijo, al tiempo que se metía en el baño a arreglarse el pelo. La seguí y me apoyé en el marco de la puerta.

—No hace falta que me recuerdes que no soy Talese.

—Me refiero a la piba y no a vos —se puso una horquilla en la boca y empezó a hacerse un rodete.

—Entendeme, Érica. Volví a las ocho a la redacción, cansado, Ameijenda estaba a las puteadas porque teníamos el cierre encima, escribí dos páginas mirando de reojo el reloj porque había quedado con vos en ir al cine a las once, ¿o te olvidaste? Puse una vida a la deriva como pude haber puesto una vida en soledad, vacía, triste, desprotegida, ¡qué sé yo, son palabras!

Hizo una pausa de dos o tres segundos para terminar de sujetarse el pelo con la horquilla, examinó el resultado en el espejo del botiquín moviendo la cabeza a un lado y al otro, y volvió al cuarto. Yo me corrí para darle paso. Pensé en no seguirla más, en dejar que el silencio se agrandara hasta diluir la discusión. Quería pasar a un tema sencillo: qué vamos a almorzar, querés que te acompañe al súper, las preocupaciones hogareñas como anestesia y tregua.

—Justamente, son palabras —la voz de ella, alta, para

que yo la escuchara—. Se supone que un periodista como vos no las tira en la página como si fueran dados.

Volví al cuarto. Estaba sentada en la cama calzándose unas Topper blancas.

—Jorge, se supone que vos pensás, que entendés, que podés medir el efecto de lo escrito.

—No me analices como en una ponencia académica, por favor. Mi principal preocupación era conseguir data nueva y escribir una crónica decente.

—¡Decente! Mirá vos.

Se levantó y armó un bolsito con el resto de la ropa que había desperdigado por la cama. Le pregunté adónde iba. A lo de mis viejos, unos días, chau. No dijo ni media palabra más. Ella nunca explotaba del todo, al menos no conmigo. Le bastaba con tomar distancia, como si su superioridad intelectual sobre mí fuera moral y sintiera que no debía gastar pólvora en chimangos.

Ese mismo fin de semana encontraron el cadáver de Andrea. Detuvieron a un prófugo mayor de edad que dio los detalles del crimen. Parecía una pendeja fácil, declaró, y ya la tenían apuntada desde hacía rato. Un pibe le hizo el novio y la puso en pedo en el boliche. La subieron a un auto con la excusa de llevarla a la casa, pero en realidad la llevaron a un galpón abandonado a dos cuadras de la estación de tren. La tiraron sobre un colchón de cartones apilados que habían preparado antes. La chica habrá tenido un flash de lucidez, vio venir lo que le esperaba y se resistió a las patadas. Tres la sujetaron mientras un

cuarto intentaba violarla. Ella se retorció y no la hacía fácil. A uno se le ocurrió atenazarle el cuello para ablandarla mediante el ahogo. Le hizo una llave de lucha libre: la agarró desde atrás, le calzó la cabeza entre brazo y antebrazo y le metió presión. Andrea se estremeció, boqueó como si fuera a vomitar, de a poco fue cediendo hasta que cuando la montó el tercero ya no se movía. Tardaron en darse cuenta de que se les había ido. Después de discutir entre ellos y echarse culpas, el más grande se llevó el cadáver y lo tiró en un basural de Quilmes.

La crónica la escribí yo y esta vez sí medí cada palabra. Los ojos escrutadores de Érica me sobrevolaban, como los de un dios que sabe todo y que por eso no juzga, sólo administra la condena del desdén.

Érica regresó a casa el martes o el miércoles siguiente. No hizo ninguna referencia a la pelea. Otra de sus características: tampoco volvía atrás. Lo pasado, pisado, siempre, enterrado bajo cal viva, lo cual en este caso suponía para mí un alivio, aunque también era una forma de definir la correlación de fuerzas de la pareja: hablamos cuando quiero de lo que quiero, yo marco los tiempos y los temas, mi voz vale más que la tuya. Sin embargo, en su libro sobre violencia de género, dedicó un capítulo entero al tratamiento que la prensa había hecho del asesinato de Andrea. Tomó mi nota como el modelo de un texto periodístico que reproduce los patrones culturales del paradigma machista. Me enteré el día de la presentación, cuando me puse a ojear un ejemplar. El

único gesto de piedad que tuvo conmigo fue omitir el nombre del autor del artículo.

Creo que aquel episodio fue decisivo para que yo aceptara la propuesta del Lele Figueroa de ir a trabajar con él al ministerio. Ahora me doy cuenta claramente. Ahora que ya nada tiene remedio y que estoy solo en una noche decolorada por un sol de querosén. La excusa fue la tranquilidad, basta de cierres apurados y de jefes a las puteadas y de la obligación de encontrar el revés de la trama en crímenes que sucedían en barrios tapados por la mugre. Pero la verdad era otra: basta de la lupa de Érica sobre mí. Ella conocía al Lele porque habíamos estudiado los tres juntos y no lo tenía en peor consideración que al promedio de los políticos. Y mi rol en el ministerio, meramente técnico, me ponía a salvo de cualquier mirada cuestionadora sobre la gestión del gobierno.

Prendí el televisor e hice zapping en busca de alguna película que pudiera interesarme, pero no encontré ninguna y dejé la CNN en español en *mute*. Me capturaron unas imágenes extrañas, filmadas con pulso nervioso desde la ventana de un piso alto: tres personas tiradas sobre una cuarta, arrancándole pedazos de carne a los mordiscones. Un sobreimpreso decía: “Horror caníbal en la Argentina”. Me quedé en la cama hipnotizado por la noticia, que a medida que iba pasando el tiempo crecía en importancia, se desparramaba de un canal a otro, desplazaba a la crisis en Italia, a la final de Wimbledon, al

nuevo bombardeo sobre Damasco, al naufragio de una patera en el Mediterráneo. Subí apenas el volumen. Las explicaciones eran balbuceos que se contradecían. Alguien mencionó la palabra “apocalipsis”.

Alarmado, decidí despertar a Érica. Tuve que zamarrearla fuerte. Se revolvió con lentitud pantanosa, los ojos achinados, la cara desfigurada por el malestar y el desconcierto. Algo terrible está sucediendo en Buenos Aires, le dije, y le señalé el televisor. Le costó enfocarse en la pantalla. Negó con la cabeza, se levantó con paso inseguro, fue al baño a lavarse la cara y volvió. Qué es eso, preguntó, y yo contesté lo que había escuchado: gente que atacaba gente a mordiscones hasta dejarla malherida o muerta. Érica pensó en algún tipo de ritual satánico que se había salido de cauce y que los medios explotaban con la morbosidad de siempre. No, no era eso, el cronista reportaba focos simultáneos en distintos barrios. Apocalipsis, dije, sin darme cuenta de que era una palabra tirada al aire como un dado. Pero Érica parecía uno de esos superhéroes que se defienden irradiando un campo de fuerza inexpugnable: nada que pudiera decirle o mostrarle la alcanzaba. Y me di cuenta de que podía llegar a amar a esa Érica impermeable y altiva, aun con todo el dolor que me provocaba, porque representaba el calibre de mi propio poder: yo estaba con ella y nadie más; sólo yo podía cogerla aunque fuera cada dos o tres meses; no me escuchaba como no escuchaba a nadie, aunque si había alguien que tenía una mínima oportunidad de perforar su

coraza era yo, y la prueba material eran esas dos marcas violetas en los labios.

Miró el reloj. Tengo tiempo de una ducha tranquila antes de ir a la universidad, dijo, y regresó al baño. ¿Nos bañamos juntos o qué?, gritó desde adentro por sobre el ruido del agua en la bañera. Me sorprendió el ofrecimiento. Era más de lo que había soñado. Fui. Hicimos el amor de pie, torpemente, golpeándonos con las canillas y con las paredes. Ella me rasguñó la espalda y me mordió fuerte el lóbulo de la oreja derecha y me puteó porque duré poco. Me alejó de un empujón, se metió tres dedos y empezó a masturbarse mirándome a los ojos, sin arte ni paciencia, acaso para demostrarme que en el goce podía ser más brutal que yo. Salí de la bañera. Me envolví en un toallón y volví al cuarto.

Las escenas del televisor eran cada vez más tremendas: hordas enteras de caníbales se lanzaban a la caza de gente que salía a trabajar como un día cualquiera. La policía disparaba al bulto. Subí el sonido para no escuchar los gemidos de Érica.

Cuatro

Todos habíamos llegado a Pompeya por algún motivo y el de la mayoría era la plata: el gobierno pagaba bien y en dólares por sobrevivir entre los muros asediados. Pero el Lele Figueroa hubiera venido gratis de ser preciso. A él lo impulsaba sólo el cálculo político. Había peleado duro con Schamberger, el jefe de gabinete, para que lo designaran interventor federal. Eso lo alejaba de Río Gallegos, el centro de todas las decisiones, pero lo ponía un paso más cerca del futuro que él creía inevitable. Su teoría era la siguiente: si las murallas y los accidentes geográficos seguían protegiendo bien a los países fronterizos, la peste iba a quedar circunscripta a la Argentina y a la parte de Paraguay que se había contagiado. Neutralizada la expansión, el número de criaturas iría bajando dramáticamente. Acabarían pronto con el ganado cimarrón, con las ratas, con los perros y los gatos, y ya que en su estúpida bestialidad no sabían hacer otra cosa que deambular como sonámbulas, morirían una a una de hambre.

—¿Cuánto tiempo más puede pasar? —se preguntaba

el Lele—. ¿Dos años, tres, cuatro? Tal vez ni eso. Lo único seguro es que ese momento va a llegar y que se nos ordenará ampliar la frontera, iniciar una guerra de reconquista para limpiar el país y volver a ser lo que fuimos. Y yo, como primer interventor federal de la Buenos Aires recuperada, estaré en la vanguardia. Nadie podrá decir que en la crisis escondí el culo en un refugio de montaña. Yo fui al frente, yo me llené los pulmones con el humo de los cuerpos calcinados con napalm, porque eso tiramos en estas calles los primeros días, aunque nadie lo diga.

A veces venía a casa a medianoche con botellas de whisky que se hacía traer por izquierda en el barco de las provisiones. Era una violación a las normas de alcohol cero que él mismo había impuesto tanto para la dotación militar como para la civil. Cuando se lo hacía notar, respondía: “En época de la colonia, esta ciudad se hizo grande con el contrabando. Si estamos acá para que renazca, que sea de la misma manera”. Y largaba carcajadas ásperas de pulmones tomados por la nicotina, porque el Lele —además de bebedor y putaño— era el campeón mundial de los fumadores.

Si el tiempo estaba lindo, subíamos a la terraza y nos emborrachábamos escuchando la música triste de los bichos. El whisky le aflojaba la prudencia y de la lengua se le patinaban secretos escandalosos. Era cuando se ponía a contar historias de los chanchullos de la nueva Argentina austral.

El primer gran negociado, según el Lele, había tenido lugar cuando aún se mantenía a raya a los infectados con barricadas de neumáticos y luchas cuerpo a cuerpo. El planeta estaba conmocionado y el Banco Mundial analizaba liberar un crédito de quinientos millones de dólares para montar un laboratorio que hallara una cura a la epidemia o, al menos, un método civilizado de contención. Como no había tiempo para nada, permitirían un contrato directo, porque llamar a una licitación estiraría peligrosamente los tiempos. Una semana antes de que se aprobara el envío de fondos, cuando la idea aún era un embrión discutido entre las cuatro paredes de un despacho de Washington, una prostituta de lujo le entregó una carpeta cerrada al presidente argentino en una suite del hotel Mayflower, no muy lejos de la Casa Blanca. Era la oferta de una compañía farmacéutica alemana: si eran ellos los elegidos, le girarían diez millones de dólares a una cuenta secreta en Suiza. El presidente dudó. La prostituta sacó del corpiño la llave de un locker de la estación de trenes. El presidente mandó a Schamberger. Adentro de la gaveta, el monje negro encontró una mochila con un millón de dólares en efectivo: el pago a cuenta.

—¿Y a quién le dieron el contrato, eh? A los alemanes, claro. Pero lo más grave —se arrebató el Lele— fue cuando se discutió el cinturón sanitario. Ahí entraron a tallar los barones de la guerra como no lo hacían desde la invasión a Irak. El negocio era más monstruoso que la

epidemia: compra de helicópteros, de misiles, de explosivos, de municiones, alquiler de mercenarios. Y en el reparto de coimas todos se llevaron un poco, pero adiviné quién fue el peor —yo, aunque sabía de memoria la respuesta, me encogía de hombros porque me gustaba verlo derrapar en el odio—. Schamberger, ese Pulgarcito de anteojos que le come el coco al presi. Mucho blablá pero es por lejos el número uno de los corruptos. Schamberger no se lleva una mordida, directamente se contrata a sí mismo, porque es el socio en las sombras de todos los empresarios que se están haciendo millonarios con esta desgracia. Escuchaste bien, Jorgito: ni siquiera testafarro, ¡socio! Él cree que fui yo el que filtró a la prensa los documentos de la sociedad fantasma a nombre del primo en Panamá y por eso me la tiene jurada, pero lo que más teme de mí es que yo estoy limpio y no me puede agarrar de los huevos con nada.

En ese punto llegaba al clímax de su exaltación, se ahogaba, perdía fuerzas y se relajaba entre susurros.

—Yo no, yo nunca toqué un peso sucio, yo me preservo para lo que vendrá cuando la farsa salga a la luz y la gente me vea como vieron los franceses a De Gaulle después de la derrota de Hitler.

Un día le reproché que fuera tan positivo. No me parecía sano.

—Para vos no existe chance de que todo vaya a terminar para la mierda. No contemplás ni la menor posibilidad de derrota. ¿Qué pasa si un día abrís los ojos y

chau, nada resultó como lo planeaste? ¿Cómo atajás ese mundo diferente que se te va a venir encima?

Se lo dije y se cagó de risa. Fue en su despacho. Nos habíamos bajado media botella de un Glenlivet 18 Años. Abrió la notebook. Sus dedos fueron mariposas sobre el teclado. Contenía la risa y los pulmones le hacían el ruido de un motor con el carburador sucio.

—Vení, mirá, pelotudito —y me señaló en la pantalla un gráfico del cerebro humano—. No falta mucho para que la neurociencia les cague el verso a los psicoanalistas y los mande a todos a laburar de verdad. ¿Ves este punto de acá? Se llama tálamo. Arriba del tálamo está el centro de la decepción. No me preguntes cómo se llama porque no me acuerdo. Lo que sí me acuerdo es que en este lugarcito que debe medir menos que la punta de un fósforo se producen una serie de reacciones químicas que amortiguan en tu cabeza el efecto de los hechos negativos. ¿Vos te creés que los músicos del *Titanic* seguían tocando con el barco medio escorado por giles, por obediencia debida, por la propina? No. Hasta último momento, esta mierda de arriba del tálamo fabricaba impulsos neuroeléctricos que los tranquilizaba, que les decía que al *Titanic* no lo hundía ni un torpedo, que el sistema de compuertas era tan perfecto que una brecha en el casco no produciría más daño que una astilla en la pata de un elefante. ¿Eso es bueno, es malo? ¡Qué sé yo! A mí el tálamo me funciona a pleno y puedo ver por encima del humo de la quema, y cagarme en los bichos que nos

rodean, y cagarme también en los turros de Río Gallegos, que están más lejos, no comen carne humana pero son mil veces más jodidos.

—Figuroa, el pianista del *Titanic*.

—Te equivocás, Jorge. Yo no soy el pianista, soy el *Titanic* entero y no veo icebergs en el Riachuelo.

—¿Desde cuándo sabés de neurociencia, vos?

—Desde que me cogí a una china que mandó el laboratorio alemán. Chin Li, se llamaba, y yo me la pasaba diciéndole Chin Chin y hacía como que brindaba y ella se cagaba de risa, la muy boluda. Era especialista en el funcionamiento del cerebro. Quería saber por qué estos bichos resisten todo menos un balazo en la cabeza, por qué se mueren de verdad recién ahí. Ella me explicó lo del tálamo y el centro de la decepción. Ella me dio el ejemplo de los músicos del *Titanic*. Lo del verso de los psicoanalistas es mío.

—¿Y descubrió al final por qué no se mueren tan fácilmente?

—No sé, pero Chin Chin tenía un culito hermoso y se había hecho las tetas en París. Para mí, suficiente.

El Lele y yo habíamos sido compañeros en la universidad. Al principio con Érica, que nos fue dejando atrás en la carrera como si ella fuera un guepardo hambriento detrás de la madre de Bambi. Yo tropezaba con las materias porque me faltaba voluntad y, tal vez, algo de inteligencia. Para mí, el periodismo era un trabajo

que se aprendía en la calle y desde luego en las redacciones, donde algún maestro *jedi* te transmitía las tres o cuatro reglas básicas del oficio, que tampoco eran muchas más. Por eso me mareaba entre tanta semiología, McLuhan, Vattimo, Umberto Eco. Abandoné en tercer año, hice un cursito berreta y conseguí empleo en el diario gracias a la recomendación de un profesor.

El Lele, en cambio, era casi tan brillante como Érica, aunque lo perdía la militancia. Él quería ser político: sólo le interesaba la universidad como plataforma, y el título, como una abreviatura delante de su nombre en la tarjeta de presentación. Se graduó a las cansadas y jamás se preocupó por ejercer. Lo suyo era la rosca en el Congreso, y fue pasando de asesor de uno a asesor de otro, cada vez en un nivel superior en el juego del poder, hasta llegar a diputado, a subsecretario, a ministro, a loco desatado tras el sueño de la banda presidencial.

Siempre sospeché que entre Érica y el Lele había pasado algo. Porque él la miró un tiempo con lascivia y luego, con el brillo dulce de lo que se añora. Porque ella pasó de compartir los apuntes y acompañarlo en algunas movidas del centro de estudiantes a ignorarlo con el método que uno reserva para quien puede develar tus zonas más frágiles. A Érica nunca me animé a preguntárselo. Temía el sí, la confesión fría de una mujer que se siente limpia o demasiado poderosa. Pero aquella noche del *Titanic* y Chin Chin, entusiasmado por el espíritu confesional que nos inoculaba un *single malt* de

cien dólares la botella, me animé y se lo pregunté a él.

—Vos te cogiste a Érica, ¿no?

—¿Qué decís, pelotudo?

—Vos te la cogiste en algún momento, no sé cuándo, a lo mejor antes que yo, o apenas me la levanté, más adelante no creo, aunque a esta altura del partido no pondría las manos en el fuego por nadie.

Hice una pausa para ver el efecto que le causaba la bomba y tal vez, secretamente, para darle espacio para que reaccionara. Yo también estaba borracho y lo que sentía era una audacia enclenque, sólo sostenida por el entusiasmo del whisky bueno y mis ganas de depositar en otro, aunque fuera por un rato, la mochila más pesada de mi vida. Pero el Lele no me dijo nada. Sólo entrecerró los ojos, como si por un momento hubiera perdido el foco de la visión y le hubiera entrado la duda de si era realmente yo el que le había tirado semejante estocada. Tomé un trago que tenía más cubito derretido que alcohol y seguí.

—Te la cogiste, y lo de ustedes no funcionó porque los egos demasiado grandes tienden a aniquilarse entre sí. Por eso me dejaste venir acá —se me cerró un poco la garganta, y lo conveniente hubiera sido disimular ese síntoma de flaqueza callándome la boca, pero insólitamente me envalentoné—. Claro, chabón, está clarito, fue por eso, la puta madre, no porque soy tu amigo sino porque sentís culpa, o lástima, o las dos cosas... —me faltaba una última piña, la del nocaut—. Mirá qué macanudo resultaste, que te gusta ver de cerca al ejemplo

viviente del pobre tipo que podrías haber sido al lado de ella.

El Lele prendió ceremoniosamente un cigarrillo y tosió a la segunda pitada. El humo distorsionaba su cara, la volvía ajena, fantasmal. Vi que buscaba algo en la notebook y que se fastidiaba porque no aparecía. Murmuró una puteada y apagó la máquina.

—A vos el tálamo te funciona para el orto, Jorge —dijo por fin, y me sirvió otro whisky.

Cinco

El agua del río parecía una cubierta de hule negro, como el mar de Fellini en *Casanova*. Brillaba al sol y se ondulaba levemente. No había olas espumosas ni ruido. Érica fue corriendo a meterse. Desnuda, su cuerpo era una pieza perfecta de marfil. Quise gritarle que volviera conmigo, que tenía miedo, que la extrañaba, pero no me salió nada. Entró muy despacio, con los pies en punta como si tanteara el fondo. En un momento, ya había avanzado bastante, se dio vuelta para saludarme agitando los dos brazos al mismo tiempo por arriba de su cabeza. Sus pechos bailaron con ese movimiento. Luego se sumergió, tirándose de espaldas, y el río se cerró sobre ella hasta volverse sólido. Esa imagen espantosa me despertó: la de una lápida plástica cubriendo el cuerpo de la mujer que amaba.

Eran las tres y diez de la mañana. Mónica ya se había ido. Tocar su lugar en la cama fue como asomarme a un precipicio.

Los soldados vivían en barracas armadas en el viejo club Unidos. El personal civil, en las aulas del colegio que

había pertenecido a la iglesia y que daba al solar con la cruz. El Lele Figueroa, por amistad y porque conocía mi historia, me permitió que me mudara a la misma casa de la calle Luppi en la que había vivido con Érica. La encontraron saqueada, lógicamente, pero dentro de todo bastante entera. La desinfectaron con un gas que hacía arder los ojos y la nariz durante varios días. Quemaron los muebles, la ropa y los libros que habían sobrevivido por si en ellos habitaba alguna rémora de la peste, algo que no servía para nada pero que tranquilizaba por su valor simbólico (todo era simbólico a esa altura). Pintaron las paredes de blanco, como en los demás edificios recuperados, pero sin preocuparse por revocar los agujeros de bala. Me dieron lo básico: una cama, un colchón carcelario, dos juegos de sábanas y frazadas, un armario de aglomerado enchapado en melamina beige, una mesa de metal, dos sillas haciendo juego. La gran concesión fue el sol de noche, porque mi estatus de mano derecha del interventor alcanzaba para el modesto privilegio de vivir solo y donde quisiera, pero no para un grupo electrógeno.

La casa era pequeña (un living, un cuarto, el estudio de Érica, una cocina que parecía un pasillo, un baño, un patiecito trasero y la terraza), pero aun así, vacía como estaba entre los restos de un barrio fantasma, podía resultar un páramo desolador. No me importó. Había decidido vivir entre los huesos de una felicidad que ya no sabía si alguna vez había sido real.

Recordé una conversación con Érica, en el Sur, en Palermo Aike, días antes de su desaparición. Estábamos sentados a la orilla del río Gallegos, leyendo. Cerca de nosotros, lo suficiente como para que sus gritos y sus risas nos llegaran claramente, un matrimonio joven jugaba con su hijo de tres años. El padre había hecho un arco de fútbol con dos palos clavados en la tierra y el nene le pateaba penales con una pelota de plástico blando. La madre se limitaba a vivir y aplaudir los goles del hijo. Martín (así se llamaba el nene) tomaba mucha carrera, salía disparado hacia la pelota, se frenaba bruscamente al llegar y pateaba de puntín con la pierna izquierda rígida. Creo que todo el cuerpo se le endurecía en ese movimiento inseguro, como si las articulaciones y coyunturas se le soldaran en el acto por temor a fallar. El padre, que narraba las jugadas imitando el tono y los modismos de los relatores de radio, sólo atajaba los tiros demasiado débiles y al medio. En los demás simulaba una volada estéril mientras gritaba un gol interminable de *Martíííinnn, Mar-tin-ciiiitoooo, el nuevooo Meeeesi*, mientras el chico celebraba trepando de un salto a los brazos de su mamá. Me pregunté si eso, más que un juego, no era una especie de conjuro.

Le sacudí un brazo a Érica para sacarla de la lectura y se lo comenté. Le dije que me asombraba cómo la gente siempre se las ingeniaba para levantar un decorado de normalidad aun en las peores situaciones y refugiarse allí, como quien escapa de la lluvia, para reconstruir el sentido

de la felicidad.

—Ser feliz es mentirse, Jorge —dijo.

La frase cobró sentido el día de la mudanza. El Lele me pasó un brazo por encima de los hombros. Él mismo había traído los muebles, supongo yo que para evaluar el nivel de mi depresión. Caminamos así hasta la puerta de calle, donde lo esperaba un jeep con dos soldados.

—¿No querés un arma? —me preguntó.

—Para qué, si ni siquiera la sabría usar. Además confío en los protocolos de seguridad y en la puntería de tus muchachos —y señalé con un cabeceo a los soldados.

El Lele nunca había querido que yo volviera a Pompeya y mucho menos que fuera a vivir solo. Decía que en lugar de buscar consuelo en los recuerdos, lo que yo necesitaba era una buena terapia en la Argentina segura. Sin embargo no hizo demasiada fuerza para detenerme. Yo era un problema menor y él concentraba toda su tenacidad, que era mucha, en los grandes objetivos, por lo que cedió pronto a mi insistencia. Primero puso la firma para autorizar mi traslado y después se cagó en los reglamentos y me habilitó la casa. Pero a último momento le volvieron las dudas. Desarmó el abrazo, me empujó de nuevo hacia adentro y me habló con la voz de un padre temeroso de las locuras de un hijo tarambana.

—Te pido por favor que te portes bien, Jorge. Yo me estoy jugando la cabeza por vos. Lo sabés, ¿no? Te hice zafar del examen psiquiátrico porque no lo ibas a pasar ni

a palos. Si te llegás a ahorcar en una noche de bajón, no voy a quedar en una posición muy cómoda que digamos. Y en Gallegos hacen cola para degollarme.

—Tenés miedo de que me ahorque y me acabás de ofrecer un arma. No te entiendo...

—Sí, sí, una boludez, ya sé.

—Mirá, Lele, si hubiera querido matarme, ya lo habría hecho. Estoy en la etapa masoquista, me gusta sufrir, me encanta, te diría que me erotiza, así que dormí tranquilo que no te voy a fallar. No voy a ser yo el que te cague el camino a la presidencia.

Sonrió, me dio una palmada cariñosa en la cara y sacó de un bolsillo de la campera una bolsa de plástico rojo.

—Son fotos de ustedes. Estaban entre las cosas que quemaron. Una piba las vio, sintió pena y las salvó del fuego. No sé si tenerlas te hará mejor o peor, pero quise romperlas y no me dio el coraje. Tomá. Tiralas, quemalas, guardalas. Hacé lo que quieras.

Le agradecí el gesto y lo despedí con un beso en la mejilla. No abrí la bolsa hasta quedarme solo. Eran retratos de Érica: ella sobre mis hombros en una playa de Brasil —escena de extraña felicidad que había olvidado—, ella soplando la velita de una torta de cumpleaños, ella abrazada a sus padres, ella distante y a contraluz en un atardecer en Monte Hermoso, cuando aún no habíamos empezado a salir. Las pasé rápidamente, una tras otra, como cuando de chico ganaba figuritas al espejito y me apuraba por saber si había conseguido las que me faltaban

para completar el álbum. Érica seria, Érica fuera de foco, Érica conmigo, Érica pelo suelto, Érica tapándose la boca, Érica en vestido de noche, Érica sorprendida por el flash, Érica sola, Érica en pantalón ajustado, Érica y su rodete, Érica posando como una modelo, Érica con otros, Érica riéndose. Sentí que estaba recuperando la memoria de una Érica más cercana, la que a veces también se portaba como una persona común y corriente. Me dormí con un retrato de ella en la mano.

Al otro día traje de la oficina un rollo de cinta adhesiva y pegué las fotos en una pared del cuarto. Podría hablarle a esa Érica cristalizada, fingir conversaciones que llenaran el vacío como había hecho mi abuela con el cofre que guardaba las cenizas de mi abuelo, o como doña Colo, una vecina que, tras la muerte de su canario, había comprado uno de yeso al que le cambiaba el alpiste y el agua todos los días, y aseguraba que podía cantar más lindo que el verdadero.

Eso es lo que hice, alucinar, hasta la pesadilla del mar de hule. Aquella vez, lo primero que vi al despertar fueron las fotos, agitándose en la luz amarillenta e insegura del sol de noche. Me pareció que no una Érica sino decenas de Ericas habían regresado y me acechaban. Sin Mónica me sentía indefenso y amenazado frente a los fantasmas que brotaban de mi melancolía. Me levanté, arranqué los retratos, los rompí y los tiré a la basura. Volví a la cama y me acosté con la idea de seguir durmiendo, pero no podía quedarme quieto mucho tiempo. Algo me tomaba: una

electricidad que me subía por las piernas y se concentraba a la altura del corazón, provocando que el compás de los latidos se me acelerara. Me sentaba en la cama, respiraba hondo y, cuando percibía que el sismo había pasado, buscaba una nueva posición e intentaba dormir. Pero la electricidad volvía una y otra vez apenas empezaba a relajarme. Me cansé. Fui a la cocina y tomé el último resto de Johnnie rojo directamente de la botella, echando la cabeza bien hacia atrás y empujando el líquido ardiente a golpes de garganta. Después, subí a la terraza y me puse a caminar en redondo para descargar, mediante los pasos, la excitación que insistía en quedarse. Hasta que me di cuenta de que iba a ser inútil: no fallaba el ejercicio sino el escenario. La electricidad estaba en esa casa, no dentro de mí. Me vestí y salí a la calle. Me hizo bien. La taquicardia desapareció.

A Mónica nunca le había molestado coger ante los ojos de papel de Érica. Por el contrario, ella fue quien salvó las fotos del fuego. Sabía quién era yo, lo que me había pasado, y pensó que no me merecía perderla de nuevo. Por eso las sacó de la pira y se las dio al Lele. Ese fue nuestro primer tema de conversación. Vino a mi oficina a cambiar el tóner de la impresora y, mientras hacía fuerza para romper el envoltorio plástico del cartucho, me preguntó:

—¿Le gustaron las fotos?

—¿Fuiste vos?

—Ajá —desgarró el paquete, sacó el cartucho, abrió la

impresora. La pausa se hizo demasiado larga.

—Sí, me gustaron, gracias —dije, para traerla de nuevo conmigo—. Las pegué en una pared de mi cuarto.

—¿En la pared? ¿Directamente?

—¿Qué tiene de malo?

—De malo, nada, pero es desprolijo. Puedo hacerle un mural, si quiere, con una placa de cartón o de corcho. Pegamos las fotos ahí y las cubrimos con un papel film para que no se arruinen con el polvo. Cuando era chica hacía eso con los pósters que recortaba de las revistas.

—No, no, dejá. Tendría que arrancarlas, andar con ellas encima. No me gustaría dar más lástima de la que ya doy.

Mónica cerró la impresora y la máquina hizo un ruido como de dispositivo automático que recupera la normalidad. Un pitido y las hojas que estaban en cola de impresión empezaron a salir.

—Listo —dijo. Me regaló una sonrisa enorme y retomó la conversación anterior—. No tiene que traerme nada, yo voy a su casa esta noche, llevo las cosas y nadie se va a enterar.

—No creo que te permitan salir.

—Olvídese. Tipo once estoy.

El día se me esfumó en un entusiasmo adolescente. Durante la cena me senté lejos de ella, pero en un ángulo que me permitía mirarla sin que nadie se diera cuenta. Era linda. Le descubrí un mohín que me gustaba: fruncía la nariz cuando decía algo gracioso. Mónica no me vio o hizo como si. Tiró los restos de comida en el tacho de los

residuos y puso la bandeja con el plato y los cubiertos sucios en el recipiente de los trastos. Se fue hacia los dormitorios con un grupo de compañeras.

Volví a casa sin custodia. Las calles ya casi ni se vigilaban. Eran las nueve de la noche. Faltaban dos horas. Me acosté. Tuve miedo de que Mónica no viniera e intenté dormir para dejar de pensar en ella, pero no hubo caso. Cuando escuché los golpecitos en la puerta pegué un salto. Corrí a abrir temiendo que fuera el Lele con ganas de emborracharse, y cuando la vi, sentí una profunda felicidad.

—No pude traer la placa de cartón —dijo—, era demasiado grande para saltar con ella por la ventana. Vas a tener que conseguirla vos.

El tuteo definió todo. La hice pasar y la abracé por detrás. Ella agachó la cabeza, ofreciéndome la nuca para que se la besara. Después se llevó mis manos a sus tetas y frotó el culo contra mi entrepierna. No hubo palabras. Sólo acción, gemidos, contorsiones.

Mónica nunca hizo el mural de Érica. Creo que su ofrecimiento fue una excusa. Tampoco me pidió que sacara las fotos. Amplitud de criterios, tal vez, o amor incondicional, o conveniencia, un poco de cada cosa. Eso no era lo importante: lo importante era que tenía que cuidarla más porque, ahora lo sabía bien mientras caminaba por esa ciudadela desierta, ella y no la casa era el refugio de normalidad bajo el que me había guarecido.

Mónica era la mentira que me hacía feliz.

Fui hasta el solar de la iglesia. Pasó un jeep con soldados en dirección a la Puerta Sur. No me prestaron atención. Crucé la avenida Sáenz. Me detuve un rato en la plaza Trafal, donde se hacía la ceremonia diaria de la bandera. Me senté en un banco para probar si la electricidad volvía en estado de reposo. Pasó otro jeep, o tal vez el mismo, pero este iba en dirección contraria. Ahora sí los soldados me miraron. Aminoraron la marcha y temí que pararan, que me preguntaran qué hacía ahí a esa hora y que me mandaran de vuelta a casa invocando el toque de queda que regía a partir de la caída del sol. Sin embargo, siguieron. Decidí que ese no era un buen lugar y me puse de nuevo a caminar. Tal vez el Lele tuviera razón. Lo lógico era regresar a Gallegos lo antes posible, ver a un psicólogo y manejar el duelo por la pérdida de mi esposa en un ámbito más apropiado. Se me ocurrió que podía pedirle a Mónica que me acompañara. No era mala idea. Si ella representaba la normalidad, debía llevarla conmigo.

Justo en el momento en que el plan del regreso se desplegaba como una idea tranquilizadora, lo descubrí. Un bulto extraño en el piso, a cien metros de la plaza, que de lejos y en la oscuridad parecía una bolsa grande de basura. Hice lo contrario al protocolo y al sentido común, y me acerqué despacio hasta que pude ver las vísceras por el piso, el charco de sangre, el cuerpo desarticulado de una mujer, la cara volcada hacia un costado oculta por el pelo, el cuello como carne picada. Me arrodillé a su lado.

Estiré una mano para descorrer el velo de un temor que ya empezaba a tomar forma dentro de mí. Escuché pasos. Cuando giré, tenía dos fusiles apuntándome a la cabeza. Luciérnagas rojas revolotearon sobre mi frente.

—Si te movés, te reviento —gritó uno de los soldados.

—Yo no fui —dije.

El que habló fue un tercero, del que sólo distinguí su brazo armado con una pistola asomando por entre los hombros de sus compañeros.

—¿Sí? Ahora vamos a ver...

El tonito de gastada. Un soplido de aire comprimido. Y el dolor de la carne perforada.

Seis

Desayunamos en el hotel. Ella comió mucho. Fuimos a la universidad. En el viaje comentó algo de lo lindo que estaba el día. Se la veía alegre, extrañamente liviana. Ni las imágenes de la televisión ni lo ocurrido bajo la ducha parecían haberla afectado, todo lo contrario. El taxista que nos llevó nos dedicó varias miradas por el espejo retrovisor, como si nos hubiera querido preguntar algo sin llegar a animarse. Le rocé la mano cuando le pagué y me dio la sensación de que ese contacto tuvo, para él, algo de repulsivo.

Érica no exponía esa mañana, pero sí la antropóloga colombiana que le había regalado el libro, y quería asistir a la conferencia como modo de retribuir la gentileza. A ella le fascinaba el ambiente almidonado de la academia. Se retroalimentaba del brillo de sus colegas y abría decidida su plumaje de pavo real ante los ojos de quienes podían admirarlo (ojos que no eran los míos) y gozaba de su propio esplendor en esas conferencias llenas de discursos pretenciosos, masitas dulces e ideas dadas vuelta mil veces como un cubo Rubik. Si yo podía llegar a

amarla cuando alcanzaba ese estado, no era ahí, donde la diferencia entre ambos se manifestaba de la manera más evidente. Érica se expandía como una supernova y yo, al mismo tiempo, me achicaba, me contraía, mi cuerpo resbalando por la silla metálica de respaldo demasiado recto, las manos como prótesis incómodas, las palabras de los oradores fundidas en un zumbido aturdidor y ella, más que nada ella, a mi lado, con su perfección galáctica. No aguanté más de media hora. Le dije que me dolía la cabeza y que prefería esperarla en el bar de enfrente.

Era un día luminoso y el televisor del negocio, sintonizado en ESPN, retransmitía un partido del fin de semana de la liga inglesa. Había pensado en llamar al Lele Figueroa por lo que estaba ocurriendo en Buenos Aires, pero desistí. No tenía ganas de que me preguntara, aunque fuera por fórmula, cómo la estaba pasando y que eso me llevara a mentirle. Pedí una cerveza y un diario. El mozo me trajo un porrón de Cristal y un ejemplar de *El Mercurio*. Lo ojeé por simple trámite, para perder el tiempo. La única noticia sobre la Argentina era una pelea de Schamberger con los sindicatos estatales que reclamaban un aumento salarial del veinte por ciento y amenazaban con un paro. Pedí otra cerveza. El mal sexo de esa mañana había borrado en mí el buen sexo de la noche anterior y la suma daba menos que cero. ¿Qué resultado le daría a ella la aritmética de la cama? Cualquiera que fuera, ¿le interesaba tanto como a mí, le comía la cabeza, la hacía sentir un ser mínimo e infeliz?

Vi a través de la vidriera que empezaba a salir mucha gente de la universidad. Eso significaba que la conferencia había terminado. Érica tardó en aparecer. Lo hizo entre mujeres y hombres que la circundaban como si fuera el eje del universo. Se reía Érica, encantadora, hermosa, y concentraba las miradas y la atención y seguramente el deseo de quienes podían permitirse imaginarla como yo la había visto esa misma mañana. En un momento se alejó del grupo, cruzó la calle con paso apurado y entró al bar. No se sentó. Me dio un beso en la frente y me dijo que el director de no sé qué centro de estudios nos había invitado a almorzar, pero que yo no estaba obligado a ir si no quería, si me sentía mal, si pensaba que podía aburrirme, el tipo es muy capo pero muy denso también, y me aclaró que yo era libre de volver al hotel a dormir una siesta o de ir a pasear por Santiago, que en todo caso nos veíamos a la tarde para ir al shopping de Las Condes. Le respondí lo que ella esperaba. Me dio otro beso en la frente y me dejó. Pagué las cervezas, caminé unas cuadras sin saber adónde ir. Sentí súbitamente que esa ciudad era horrible, que el sol le daba un color de bronce sucio, que había polvo, mucho polvo en el aire, y me dieron ganas de escapar, de refugiarme. Paré un taxi y volví al hotel. Un hombre morocho, bajo y ancho, vestido con un traje azul, me vio atravesar el lobby y me siguió con la mirada. Me pareció que le hacía una seña mal disimulada a alguien.

Subí a la habitación. Ya la habían arreglado y lucía

como si nadie, nunca, hubiera dormido ahí. Sin rastros no hay pena, pensé, y al minuto me pareció una idea de sobrecito de azúcar. Cerré el cortinado para oscurecer el ambiente. Resistí las ganas de prender el televisor. Ahora me dolía la cabeza de verdad. Busqué una aspirina entre las cosas de Érica y no encontré. Llamé a la recepción y pregunté si no podían traerme una píldora contra la jaqueca. Lo dije así, como en un doblaje mexicano, porque estúpidamente pensé que me iban a entender mejor. Contestaron que lo sentían, que ese tipo de asistencia no formaba parte de los servicios al huésped. Me desnudé y me acosté boca abajo sobre la cama hecha. El dolor se me había instalado arriba de los ojos.

Pensé en vestirme de nuevo, salir y comprar aspirinas en una de las dos farmacias que se enfrentaban en la calle del hotel, pero me dio pereza.

Pensé en levantarme y sacar del minibar otro porrón de Cristal o tal vez una petaquita de whisky, pero me detuvo el miedo a empeorar mi estado.

Pensé en Érica, en la inteligencia melosa de la abeja reina de los claustros, en su astucia para quitarme del medio, en su capacidad de venganza: yo le había dejado marcas en los labios, ella me había marcado de una manera mucho más sutil.

Pensé en gente mordiendo gente, despedazándola a la vista de todos, bajo el sol, hordas caníbales subiendo a los colectivos, a los trenes, desconcierto, gritos, sangre, una anomalía inesperada cortando el pulso cotidiano de la

gran ciudad.

No sé cuándo dejé de pensar. Ni qué pasó dentro de mí en el tiempo muerto y oscuro que siguió hasta que algo me despertó, creo que un leve cambio de aire. Abrí los ojos y la imagen que vi fue tan absurda que me pareció un sueño: hombres disfrazados con uniformes de recolectores de miel, observándome fijamente como a un monstruo que se le teme. Uno tenía una jeringa.

Siete

Tuve breves instantes de conciencia. Recuerdo a una enfermera pinchándome una vena del brazo izquierdo y a alguien hurgándome en los ojos con esas linternitas de médico. Recuerdo la voz del Lele gritando algo. Eso y nada más. Abrí los ojos a un cielorraso blanco y mal pintado. Pensé por un momento que estaba en casa y que acababa de salir de una sucesión de pesadillas encadenadas. O que la historia había vuelto a empezar y estaba en Chile, despertando del coma. Pero cuando intenté moverme, no pude. Tres cinturones muy apretados —uno en los tobillos, otro justo por encima de las rodillas y el tercero, en el pecho, que me tomaba también los brazos— me mantenían sujeto a una camilla. Estaba desnudo. Las correas de cuero me mordían directamente la carne. Dolían.

—Quedate tranquilo que en una hora te libero.

Era el Lele. Acercó una silla, se sentó a mi lado y prendió un cigarrillo.

—¿Por qué en una hora? —pregunté.

—Es lo que marca el protocolo.

—¿Qué me hicieron?

—Te durmieron y te trajeron acá.

—¿Acá, dónde? —me ilusioné con que la respuesta fuera Río Gallegos.

—Al hospital. Te hicieron los análisis para saber si estás infectado o no.

—No entiendo. ¿Por qué?

—¿No te acordás de nada?

—No.

—Te encontraron en la calle encima de una mina despanzurrada. Si no te pegaron un tiro en la frente fue porque hablaste y los bichos no hablan. Y además porque te reconocieron, porque creo que si hubieras sido otro te habrían volado la cabeza por las dudas aunque recitaras el *Martín Fierro*. Ser funcionario te regaló una vida más.

—¿Quién era la mina?

El Lele dio una calada larga al cigarrillo. Estaba despeinado, sin afeitado y vestía una camisa celeste arrugada debajo de una campera de cuero negra. La camisa, suelta sobre un jean gastado para disimular la panza. Tenía el aspecto de un colectivero al que todavía le falta una vuelta larga. Soltó el humo con un soplido largo y fuerte. No habló hasta que las volutas se dispersaron.

—La piba de Mantenimiento que cogía con vos.

No supe qué decir. No me salió ni gritar ni llorar. Pensé únicamente en mí, en lo terrible de volver a estar solo.

—Ahora pregunto yo, Jorge. ¿Qué pasó?

Sentía la mente varada en ese lugar y en ese momento,

puro presente. Para atrás, nada, o sí, algunas impresiones brumosas que no era capaz de discernir. Me distraje pensando eso y el Lele se molestó.

—Dale, pelotudo. Hablá que estás hasta las manos.

—Es que no sé si lo que recuerdo pasó hace un rato o hace millones de años.

—Empezá por donde quieras, pero empezá.

—Mónica vino a verme. Nos quedamos dormidos —a medida que hablaba, mi memoria se iba reconstituyendo; las imágenes estaban anudadas e iban saliendo una tras otra como de la manga de un mago—. Tuve una pesadilla y, cuando me desperté, ya se había ido. No me sentía bien, por eso salí a caminar. Necesitaba poner en claro algunas cosas que me hacían lío en la cabeza —en este punto recordé el deseo de volver al Sur y de llevarme a Mónica y se me cerró la garganta.

—¿Querés que te dé un poco de whisky?

El Lele sacó una petaca de plata del bolsillo interior de la campera y me la ofreció. Dije que no con la cabeza y seguí.

—Me senté un rato en la plaza. Pero me vieron los soldados del rondín y, como no tenía ganas de dar explicaciones, me fui. Después, eso en medio de la calle, la sangre, lo que ya sabés...

—¿Qué más?

—Nada más.

Le dio una última pitada al cigarrillo, lo tiró al piso y lo apagó de un pisotón. Tomó un trago corto de whisky y

volvió a guardar la petaca. Se quedó pensativo. Negó con la cabeza. Sonrió al aire con amargura. El mecanismo cerebral que le amortiguaba las malas noticias no le debía de estar funcionando bien. Se paró de golpe y empezó a desatarme.

—Todavía no pasó una hora —dije.

—Ya sé.

—¿Entonces?

—Estoy hasta los huevos de los protocolos. Además, el análisis te dio bien, no te vas convertir, lamentablemente.

—¿Por qué “lamentablemente”?

—Porque si estuvieras infectado, al menos tendría una mínima certeza.

Me senté en la camilla, los pies colgando en el aire como un nene. Me di cuenta de que tenía la pija arrugada y contraída, y sentí vergüenza.

—Dame la ropa —pedí.

—La quemamos por las dudas. Estaba manchada de sangre.

—Tengo frío. Dame una manta aunque sea.

—No tengo acá —se sacó la campera y me la tiró—. Cubrite con esto hasta que traigan algo.

Me la puse con movimientos lentos para que no se notara tanto mi desesperación por taparme. Una precaución exagerada porque el Lele seguía en la suya. Se dejó caer en la silla, se dobló sobre sí mismo con los codos apoyados en las rodillas y se sostuvo la cabeza con las manos abiertas.

—¿Quién la mató? —le pregunté.

—Los médicos están sorprendidos —su voz, extrañamente apagada, rodaba hacia el piso como un lamento—. Las heridas son compatibles con el ataque de un bicho. Pero no hay rastros del virus.

—¿Eso qué significa?

—Hipótesis uno: que la haya atacado un animal salvaje que de alguna manera se metió dentro del perímetro. Hipótesis dos: que haya sido un tipo de infectado diferente del que conocemos, que mata pero no inoculara el virus. Hipótesis tres... —se irguió, respiró profundo—. Dame la petaca, Jorge. —Se la di, tomó otro trago corto, me la devolvió—. Hipótesis tres: la mató uno de nosotros por celos, calentura, lo que fuera, y después quiso cubrir el crimen. En ese caso, Jorge, vos tenés todos los boletos de la rifa.

Ocho

No eran recolectores de miel. Me enteré bastante después de despertar en una jaula de blindex vestido únicamente con un batín de cirugía. Eran agentes de un centro de control de epidemias que el gobierno de Chile había montado durante la falsa psicosis del ébola y que recién salieron del letargo a justificar el sueldo cuando en la Argentina estalló la ordalía de sangre. Me tuvieron diez días en coma farmacológico, mientras monitoreaban al milímetro todas mis funciones vitales para detectar el desvío que justificara el tiro en la cabeza. Todo por ese llamado de dos segundos a la conserjería del hotel para pedir una píldora contra la jaqueca. La extensión de la catástrofe del otro lado de la cordillera era tan grande y tan rápida que las autoridades chilenas ordenaron detener y poner en cuarentena a todos los argentinos que habían ingresado al país durante la semana previa. Los que manifestaban algún tipo de malestar físico eran dormidos y encadenados a camillas a la espera de la transformación. No sabían cómo se producía el contagio ni el tiempo de incubación del virus. Ni siquiera si se trataba de un virus

o de otra cosa. Sólo conocían las consecuencias que mostraba la televisión, imágenes de un horror tal que justificaban cualquier atropello. Me lo contó la chica del consulado que vino a sacarme. Se llamaba Paula. Era bastante joven, no más de treinta años, pero tenía la piel amarilla y seca, y ese detalle la avejentaba. Igual que los ojos, de un celeste de sábana demasiado lavada.

—Créame que en un punto usted tuvo suerte —me dijo, mientras llenaba unos papeles frente a la mirada impávida del director médico del centro de epidemias.

—¿Suerte?

—Le juro que sí. Todavía no pasó por lo que estamos pasando los demás —me indicó que firmara al pie de dos documentos y siguió—. Mi esposo y mi hija de cuatro años estaban en Buenos Aires cuando empezó todo. No he vuelto a tener noticias de ellos. Ni de mis padres ni de mis suegros ni de mis amigos. Todo es un caos allá. El desastre no dio tiempo a nada. Las comunicaciones están colapsadas y no hay un registro preciso de sobrevivientes. Ya me cansé de llorar y de gritar y de pensar cosas horribles. Cada mañana me levanto con la ilusión de que suena el teléfono, son ellos y me dicen que están bien. Pero nada, nada, nada...

Tenía razón: yo no había llegado aún al quiebre emocional. Cuando me despertaron, tardé en conectar con la realidad. Me sentía muy débil y confundido, no sabía dónde estaba ni por qué, pero tampoco tenía fuerzas para averiguar. La primera idea más o menos consistente que

me vino a la cabeza fue la de un accidente de tránsito. ¿Cuándo? ¿Hacia qué lugar iba? ¿En qué? ¿En auto, en colectivo? ¿Solo, con Érica? Y a partir de revolver estas dudas empecé a desmadejar los recuerdos: el viaje a Chile, algo extraño y sangriento en Buenos Aires, los recolectores de miel. No, no había sido un accidente de tránsito. Busqué a Érica con la vista y no la vi. Quise preguntarle por ella a una enfermera pero me salió un gemido cortado por el dolor. La enfermera me sonrió y le hizo una seña a una persona que estaba afuera de mi campo visual. Esa persona que se acercó a la cama era Paula, la chica del consulado. Me dijo que me quedara tranquilo, que por ahora no intentara hablar, que apenas me repusiera me iban a sacar de ahí, que todo había sido un error lamentable.

Ella, muy de a poco, me terminó de ubicar en tiempo y espacio. Me llamó la atención de qué manera me contaba las cosas: tranquila, sin dramatismo, como quien comenta los efectos de un chaparrón inesperado, al menos en esos primeros días, durante los cuales mi cuerpo todavía era una masa de algodón, y me pesaban los hombros y me costaba tragar y hablar. Cuando le pedía por Érica, me contestaba igual que a un chico que se lo quiere conformar: ya, ya, ahora nomás, apenas los médicos le den el alta, pero ese ahora se demoraba y se disgregaba en los ritos hospitalarios del despertar temprano, de los controles matutinos, de la dieta blanda, de las siestas por cansancio, de la atmósfera de burbuja hermética. El ahora

llegó finalmente cuando yo ya casi no preguntaba. Paula me trajo ropa: un pantalón de gabardina, unas zapatillas Adidas fucsia y verde de running, una remera violeta, un buzo negro Nike. Todo me quedaba grande.

—¿Y mis cosas? —pregunté.

—Las quemaron. A estos hijos de puta enseguida les salió el Pinochet que tienen adentro. En el fondo son nazis y antiargentinos. No esperaron ni un minuto para hacer barbaridades. Creo que hasta las disfrutaron.

La chica del consulado ya no me hablaba como a un enfermo. Y ese dato, la primera señal concreta de que estaba volviendo a la normalidad (o la segunda, la primera había sido la ropa), me afectó. Fue la intuición de un miedo. Al rato me dijo eso de que yo había tenido suerte y me contó lo de su marido y su hija. No quise indagar más. Me quedé callado hasta que terminamos los trámites, subimos a una camioneta y empezamos a circular por un arrabal feo de Santiago bajo una llovizna tan finita como la de un regador de plantas. Me explicó que la situación en Buenos Aires era un desastre, que el virus, en caso de ser un virus, se expandía hacia el norte del país como una rueda de fuego, y que la gente buscaba refugio en la Patagonia, detrás de una línea militar de contención en las orillas del río Colorado. Yo me dejaba distraer por el ir y venir del limpiaparabrisas.

—¿Qué pasa, Jorge? ¿Se siente bien? —me preguntó en un semáforo, sorprendida acaso por mi silencio.

—Sí.

—Ánimo, entonces, que esto ya se termina. Hacemos una escala corta en la embajada y después salimos directo hacia el aeropuerto. Nos está esperando el avión militar que lo va a llevar a Río Gallegos junto a un grupo de evacuados.

—¿Y Érica?

—Ya viajó.

Paula debió de haber percibido cierta desilusión en mí porque se enfrascó en una larga parrafada para explicar por qué mi esposa me había dejado solo en un calabozo de vidrio blindado. Dijo que ellos le habían aconsejado que se fuera porque la situación en Chile era inestable (demasiado miedo, demasiada presión sobre un gobierno que no sabía hasta qué punto los Andes funcionarían como una barrera) y que, después de todo, no tenía sentido que se quedara ya que no iban a dejarla entrar en el centro de epidemias.

—Entiendo perfectamente —dije—. Era lo más sensato —y se me representó la imagen de Érica subiendo por la escalerilla del avión, la espalda recta, el pelo recogido, tal vez un libro en la mano, *hijadeputamente* segura de lo que estaba haciendo.

—La sensatez es una mierda —dijo Paula y me sorprendió: fue como si me hubiera adivinado el pensamiento—. Le voy a contar algo: yo estaba por separarme de Ariel. Es difícil ser esposo de una diplomática cuando el hombre no pertenece al Servicio. Se convierte en una especie de mayordomo con derecho a

cama, un “damo” de compañía. Él era perito mercantil y había dejado su trabajo de cajero de banco para acompañarme. Al principio, todo bien, imagínese, la novedad del tiempo libre y un cóctel por semana. Pero enseguida se hartó de vivir de mi plata. Ariel cuidaba a Vani, eso sí, y muy bien, pero cuando yo volvía del consulado, él se iba, no sé adónde. Regresaba tarde, a veces borracho. Discutíamos mucho. Un día me dijo que quería ir con la nena a Buenos Aires porque cumplía años la madre. Pensaba quedarse una semana, tal vez diez días. Yo lo dejé. Me pareció lo más sensato —le puso sarcasmo a la frase—. Creí que ese tiempo me ayudaría a reflexionar y a tomar una decisión: apostaba al matrimonio y hundía mi carrera, o apostaba a la carrera y hundía mi matrimonio. Cuando me enteré de lo que estaba pasando allá, lo llamé al celular: me dijo que me quedara tranquila, que el quilombo era en Avellaneda y ellos estaban en San Isidro. Lo que mejor me hizo, mire qué tonta, fue escuchar la palabra quilombo, porque le sacaba densidad a la tragedia. Estoy llevando a mamá al médico, dijo, Vani se quedó con papá. Fue la última vez que tuve noticias de ellos. El celular de Ariel no respondió más: saltaba el contestador. Tampoco los de mis suegros. Con mis viejos llegué a hablar dos veces, me prometieron que se iban a encargarse de encontrarlos y llevarlos al country donde vivían, en Del Viso. Pensaban que era un lugar seguro porque tenía un muro alto, barreras y vigiladores armados —me pasó su cartera y me pidió que buscara

dentro un paquete de carilinas. Le di una. Se secó los ojos, se quedó con el papelito en la mano derecha y siguió—. Enseguida cerraron los aeropuertos y las fronteras. Un compañero, que estaba desesperado porque no tenía noticias de sus padres, me propuso ir en auto e intentar el cruce con el pasaporte diplomático. Le dije que sí, pero llegado el momento me tiré atrás. No me pareció sensato —no hubo sarcasmo esta vez, sino un quejido que la ahogó. Volvió a secarse los ojos con la carilina, hizo un bollito y la tiró en una bolsa que colgaba de la palanca de cambios—. De mi compañero no supimos más nada.

Llegamos al centro de Santiago. Pasamos por el Palacio de La Moneda y por la universidad, y nos metimos en una calle que estaba cortada por un retén militar. Paula mostró una credencial y nos dejaron seguir. Estacionó unos metros más adelante, frente a un edificio de tres plantas de color arena que daba a una esquina. Una larga hilera de gente esperaba bajo la llovizna, no todos con paraguas. Un vigilador nos frenó en la puerta, reconoció a Paula y nos permitió entrar. Adentro, la fila desembocaba en dos mesas atendidas por sendos empleados. Una mujer empapada le rogaba a uno de ellos que revisara mejor y le señalaba la pantalla de una computadora. Heredia, con hache, Heredia María Cecilia, decía la mujer, fíjese bien, a lo mejor se le pasó.

—Son argentinos que quieren saber si sus familiares están vivos —me explicó Paula.

Me llevó hasta una oficina vacía con un cuadro enorme

de San Martín y dos banderas, la argentina y la chilena. Me pidió que esperara un segundo. Volvió enseguida con un teléfono raro: parecía un celular de principios de los noventa, con una antena gruesa y larga.

—Para usted —dijo, y me lo dio.

Del otro lado, el Lele Figueroa. Me preguntó cómo estaba, si me habían lastimado, dijo que cuando todo terminara le íbamos a hacer juicio al gobierno chileno y con la guita de la indemnización no necesitaríamos trabajar nunca más. Me desconcertó que hablara en plural y que pareciera alegre, excitado. Respondí lo mínimo.

—Pará que le paso el teléfono a Érica, si no me va a matar.

Un segundo de vacío y su voz. Hola, mi amor, ¿me escuchás bien? Sí, le dije, te escucho perfecto. Y corté.

Nueve

Un soldado me trajo ropa: una camiseta blanca y un equipo de gimnasia gris de los que usaban las tropas para entrenar. Pero se olvidó las medias, los calzoncillos y las zapatillas. El Lele se enojó.

—¿Vos te creés que un funcionario de gobierno va a salir en patas y con los huevos bailando como un indio?

—Señor, es lo que me dieron.

—¿Y vos no preguntás? ¿Si te hubieran dado una pollerita escocesa la habrías traído igual? Entonces andá y deciles que te den lo que falta porque, si no, mañana los meto a todos en un helicóptero y adiós dólares. Mirá que en Gallegos hacen cola para venir acá.

El soldado se fue como una mucama que acaba de romper la vajilla. El Lele, que se había puesto de pie para actuar su rigor, se derrumbó de nuevo. Le devolví la campera y al toque la tiró sobre la camilla con fastidio.

—¿Y ahora? —le pregunté mientras me cambiaba.

—No sé.

—¿Qué dice el protocolo?

—¿Me estás cargando? ¿De qué protocolo me hablás?

—¿No previeron un crimen acá dentro?

—Somos cien pelotudos, la mitad milicos, apretados entre tres paredones y rodeados de bichos. ¿A quién carajo se le va a ocurrir que alguien se pueda mandar una macana?

Ya vestido, aparté un poco la campera del Lele y me senté en la camilla para que el frío del piso no me subiera por los pies desnudos.

—Soy inocente. Vos me conocés. Sería incapaz de algo así —él no me miraba, ni siquiera parecía escuchar mi alegato de frases hechas—. Pensá, Lele: si la hubiera atacado, Mónica habría intentado defenderse. Yo tendría marcas o rasguños en el cuerpo y ella, rastros de mi piel bajo las uñas. Un ADN y listo. Además, en la autopsia va a saltar de qué tipo eran las heridas.

—Acá hay ocho médicos, Jorge. Cuatro infectólogos, dos clínicos, dos cirujanos. Ninguno es forense. Lo único que pueden determinar con precisión es la presencia o no del virus. Con lo demás, se arriman y hasta ahí.

—Mandá el cuerpo a Gallegos, entonces.

El Lele se rio, canchero. Manoteó la campera y sacó la petaca. La sacudió como si fuera un sonajero.

—¿Escuchás? ¿Escuchás? —se paró, me acercó la botellita de plata a la cara, la agitó de nuevo—. ¿Escuchás o no escuchás? ¿Cuánto whisky puede haber adentro? ¿Para una medida, una medida y media? No mucho más, creo yo. ¿A vos te queda algo del Johnnie que te di la última vez?

—¿De qué carajo me hablás?

Me agarró de la ropa y me tiró hacia él.

—¡Te queda algo del Johnnie, sí o no! —gritó, y su aliento a resaca me golpeó de lleno.

—No.

Me soltó suavemente. Se sentó en la camilla a mi lado. Acomodó la campera sobre sus piernas y abrió la petaca con lentitud ritual. Me codeó y me ofreció un trago. Le dije que no. Entonces tomó él.

—Chau, *c'est fini* —dijo—. Ahora sí vamos a cumplir con la ley seca. Ya no queda ni una puta gota de whisky en este puto lugar. ¿Y sabés por qué, Jorgito? Porque hace dos meses que los putos de Gallegos no nos mandan nada, ni por derecha ni por izquierda. Y cuando digo nada es nada: ni comida ni combustible ni municiones. ¿Por qué te creés que ya no se escuchan los putos helicópteros? ¿Por qué te creés que ya no se escucha ni un puto balazo? ¿Por qué te creés que prendemos los putos generadores cada vez menos?

Tiró la petaca contra la pared de enfrente y el golpe hizo saltar un pedazo de revoque. Se bajó de la camilla sin reparar en que tenía la campera sobre las piernas y se le cayó al suelo. Agarró primero la petaca, después la campera y puso las dos cosas sobre la silla. Se quedó de pie frente a mí, los ojos hundidos en unos pozos violetas. La energía parecía habersele evaporado con ese estallido de furia.

—Llamo y me atiende algún gil, que es peor que no me

atiendan. Me dicen que en cualquier momento mandan un barco, que no me desespere, que allá las cosas también están complicadas, que redujeron el presupuesto y no sé qué pelotudeces más. Antes de ayer pedí hablar con Schamberger. Me hizo esperar un rato pero el muy sorete me atendió como si fuéramos grandes amigos. Qué cuenta el primer adelantado, me gastó. Y yo le dije que acá las cosas se estaban poniendo bravas, que en cualquier momento nos quedábamos sin comida y que no me hacía responsable de lo que pudiera pasar con cien tipos encerrados con la panza vacía en un dedal lleno de armas de guerra. ¿Sabés qué me contestó, Jorgito? Esto no es Disneylandia. ¡Mirá si será turro! Después, como quien no quiere la cosa, tiró que había un barco en camino. No fue concreto: tengo entendido, dijo, como si se tratara de una información menor para alguien de su rango y de la que se había enterado por casualidad, de oídas. Le pedí precisiones pero me sacó de encima rápido con la excusa de que estaba entrando a una reunión de gabinete. Ahora lo tengo más claro que nunca: me está poniendo los huevos en una morsa para amansarme. Espera que me caliente, que renuncie, que me equivoque, y eso se explica únicamente si ya empezaron los planes de expansión. Me quiere sacar de la cancha para que sea un pollo de él, o él mismo, el que se lleve la gloria. Y vos pretendés que yo gaste lo poco de combustible que tenemos para mandarles un cadáver y salvarte...

Lo interrumpió Uzín, que entró sin golpear. Kadijevich

había delegado las tareas operativas en él, un teniente modelo en todos los aspectos: formación, eficiencia, pulcritud. Su historia se contaba en voz baja como ejemplo de desgracia y abnegación. Había visto cómo se comían a su mujer y cómo su hijo de cinco años escapaba del ataque de una horda con una mordida leve en la mano izquierda. Abrazó al nene, lo consoló, le curó la herida con un desinfectante, esperó que se durmiera y lo ejecutó de un balazo en la cabeza. Ni siquiera esperó a que le aparecieran los primeros síntomas de transformación. Actuó según el protocolo, antes, incluso, de que el protocolo hubiera sido escrito.

Uzín tenía una bolsa de nylon en la mano. Me la dio. Adentro había un par de zapatillas, un slip y las medias.

—Le pido perdón, a veces mis hombres no piensan —me dijo.

—No se preocupe —respondí.

Me puse las medias y las zapatillas pero dejé el slip dentro de la bolsa, arriba de la camilla, como olvidado. No tenía ganas de desnudarme de nuevo.

—Usted dirá —dijo Uzín dirigiéndose al Lele, como si continuara un diálogo empezado mucho antes.

—Que el señor vuelva a su casa —y me señaló con un cabeceo—. Por lo otro, hagamos como con Promanzio.

—No es lo mismo.

—Ya sé, ya sé —se fastidió el Lele—. El concepto, digo.

—No se me ocurre cómo justificar la salida de una

empleada de Mantenimiento a la zona insegura en plena noche.

—Entonces ponga en el informe que la atacó una rata gigante que se metió por las cloacas. O un jabalí.

—Butkus —dije, y el Lele y Uzín giraron hacia mí sorprendidos, como si jamás hubieran esperado que yo interviniera—. Butkus. El rottweiler de la guardia de la Puerta Este.

Me refería a un perro que los soldados habían encontrado afuera de cachorro y al que habían entrenado para descabezar bichos. Era la única mascota de la guarnición, una bestia pesada, nerviosa, de lomo ancho y negro, con manchas marrones en la trompa y en las patas. Al Lele se le iluminó la cara.

—Perfecto, mejor imposible —dijo—. ¿Los soldados que encontraron el cuerpo están aislados?

—Sí —respondió el teniente.

—Ármeles una declaración convincente, invente sanciones, ya sabe de qué se trata, y sobre todo asegure el silencio, vaya, vaya, que no nos sobra el tiempo.

Uzín asintió con la cabeza y se fue. El Lele se puso la campera y guardó la petaca en el bolsillo interior. Sacó el último cigarrillo que quedaba en un atado y lo acomodó sobre la palma de la mano derecha, el filtro apuntando hacia afuera. Subió y bajó la mano varias veces, con lentitud, como si sopesara el cilindro de tabaco, y de pronto lo lanzó hacia arriba, alto, y lo atajó con la boca en la posición perfecta para ser fumado. Tosió una risa corta

con el cigarrillo bien apretado entre los labios. Me hizo una seña para que saliéramos. No nos cruzamos con nadie. Los médicos y las enfermeras debían de estar encerrados en alguna oficina tomando mate, hartos de que el tiempo se les fuera en diseccionar criaturas y curar resfríos. La novedad de la chica muerta quizá les durara una pava, y a la segunda volverían, como siempre, como todos, a soñar con el regreso, con lo que harían con la plata que les dejaría haber sobrevivido a Pompeya.

El soldado que estaba en la caseta de guardia de la entrada ni siquiera nos saludó.

—¿Te acordás de Promanzio?

El Lele habló después de prender el cigarrillo y dar dos o tres pitadas. Bajábamos hacia la avenida Sáenz bajo un sol que hacía menos tenebroso el silencio del barrio. Serían ya las nueve de la mañana. Le contesté que sí, que me acordaba de Promanzio, el mártir de la Pompeya refundada. Lo habían mordido durante un patrullaje nocturno en la zona insegura. Sus propios compañeros lo mataron antes de que se transformara. Fue velado con honores de héroe.

—Promanzio era un pelotudo —siguió—. Los seis o siete que lo acompañaban también, sobre todo uno que se llamaba Isamat, su mejor amigo. Estaban de guardia en el muro. Inventaron una especie de ruleta rusa que se jugaba por parejas. Apostaban fuerte. Uno bajaba al otro lado y esperaba a que un bicho lo atacara. No podía gritar ni correr ni nada, sólo quedarse quieto y aguantar el mayor

tiempo posible. Otro, su socio, le reventaba al bicho de un balazo desde arriba recién cuando lo tenía encima.

—¿Quiénes ganaban?

—Los que dejaban acercar más al bicho. Parece que Isamat era un francotirador de la puta madre y entonces bajaba Promanzio. Ganaron un par de rondas, hasta que en una la tenían jodida y se la jugaron. Isamat recién disparó cuando Promanzio ya estaba en el piso, sosteniendo como podía al bicho que le babeaba en la cara. El balazo perforó la cabeza del bicho y se incrustó en la frente de Promanzio. Acá, justito acá —y se señaló un centímetro arriba del entrecejo—. Recién habíamos llegado y no nos convenía un escándalo. Así que montamos la farsa del patrullaje y la baja en combate.

—Hagamos las cosas por derecha, Lele —lo agarré de un brazo y lo frené; ya estábamos en Sáenz, a metros de la esquina donde había funcionado La Tropical, la única pizzería del barrio que le gustaba a Érica—. Mirá si el personal civil se rebela.

—La idea del rottweiler fue tuya y ahora te echás atrás...

—No quiero ser cómplice de algo sucio.

—A ver si entendés: hacer las cosas por derecha implicaría meterte en cana porque sos el último que vio con vida a la piba y el primero que la vio muerta. Implicaría llamar a Schamberger y decirle que hubo un crimen y que el principal sospechoso es mi amigo, justamente al que metí en esta misión gambeteando todos

los controles.

Se sacó el pucho de la boca y lo tiró al aire con bronca. Creo que quiso embocarlo arriba del tinglado de chapa podrida de la pizzería, pero falló.

—No voy a darles mi cabeza en bandeja. Ni en pedo, Jorge. Al menos no tan pronto ni tan fácil.

Diez

Que Érica se hubiera vuelto antes de Chile me evitó ir al campo de refugiados que habían improvisado en el gimnasio Rocha con carpas de boy scouts. Ella ya estaba instalada en el Apostadero Naval con otros funcionarios rescatados de Buenos Aires. A los tres o cuatro meses el Lele nos consiguió una casita en el Barrio Docente, a unas treinta cuadras del centro de Gallegos. No sé cómo hizo ni a quién se la sacó, tampoco me preocupé por preguntar; se trataba claramente de un privilegio, pero después de lo que había vivido no me pareció mal aprovecharlo.

La casa era de una planta, estaba hecha con bloques premoldeados; tenía techo de chapa a dos aguas y un pequeño terreno al fondo. Pensé que contar con un espacio propio, por modesto que fuera, nos iba a hacer bien, sobre todo a Érica, que no terminaba de adaptarse. Yo lo tenía al Lele y su enloquecida agenda me absorbía, pero ella no tenía nada. Ni las cátedras ni los libros ni los proyectos académicos: su reino había implosionado en una papilla de carne desgarrada. Pasaba la mayor parte del día sola. A veces ocupaba su tiempo dando una mano en

la biblioteca municipal, pero mayormente tendía a quedarse en casa, tirada en la cama. No ayudaban ni el invierno interminable ni el viento que corría como loco hacia el mar ni la cúpula plomiza que era el cielo casi siempre.

Un año y pico después, cuando el cinturón sanitario ya estaba funcionando a pleno y la expansión de la peste se había detenido, el Lele le consiguió un puesto en una comisión de intelectuales que trabajaría en la interpretación social de la catástrofe, lo que además de un sueldo implicaba una manera de conectarla a lo que mejor sabía hacer: pensar, debatir, encontrar el eje de una nueva corrección política. Sin embargo, tampoco se entusiasmó. Se había vuelto una mujer desgana, como si algún circuito interno se le hubiera dañado y sólo pudiera funcionar al cincuenta por ciento de su potencial. No era por el dolor de haber perdido familiares y amigos de un día para el otro, estoy seguro, porque Érica no se dejaba vencer por sentimentalismos. Tampoco el estrés que deja un trauma o la extrañeza ante un mundo puesto súbitamente patas para arriba. Lo de Érica era menos obvio.

Nunca me animé a preguntarle qué le pasaba. Tenía miedo de que la respuesta, cualquiera que fuese, obrara como el desahogo que le permitiera recuperarse. Porque esa Érica opaca, silente, herida por una garra innombrada, la acercaba mucho a mí. Se dejaba abrazar por las noches, el momento en que se empequeñecía aún más, y blanda,

aceptaba coger todas las veces que yo se lo proponía, que tampoco eran tantas, con una entrega mínima, es verdad, pero aceptaba y para mí era la gloria. Tal vez por eso me adapté a la nueva normalidad sin extrañar ni un poco la vieja. Hasta le encontraba ventajas adicionales: la quietud de las calles, el aire limpio, un río tranquilo, los hermosos paisajes desérticos, el mar hostil.

Una tarde de verano fuimos al paraje de Palermo Aike, donde iban las familias de la ciudad a hacer asado o a pescar, protegidas del viento del oeste por las paredes del cañadón formado por el recorrido del río Gallegos. Aprovechamos un auto oficial que me habían dado ese mes. Bajamos en la primera entrada. Había muy poca gente, pese a que la temperatura —todo un milagro— arañaba los treinta grados.

Nos sentamos en reposeras a leer. Al rato, Érica me dijo que se iba a caminar, tal vez a nadar si el agua no estaba demasiado fría. Yo la miré levantarse y alejarse unos pasos, pero enseguida volví a concentrarme en mi lectura, una novela compleja, de alguna manera viscosa, que contaba cómo se pudrían vidas simples en un pueblo de provincia, la normalidad como un entramado frágil que puede venirse abajo por el mal movimiento que traba un gatillo en un alambre de púas, o por un equívoco en los sonidos que se escuchan a través de una puerta. Después de todo, pensé, nada muy diferente de lo que nos ocurría con la peste.

Transcurrió una hora, quizás menos, hasta que la fatiga

en los ojos me hizo levantar la vista y me di cuenta de que seguía solo, sin Érica. Tuve un sentimiento de desamparo, como el de un cura al que le demuestran que Dios no existe y su fe queda pataleando en el aire. Caminé hacia a la orilla, la busqué entre los pocos bañistas que se le animaban al río. Recorrí el paraje de punta a punta. Pregunté por ella. Grité su nombre. Volví a la reposera, traté de concentrarme nuevamente en la novela porque imaginé que, si repetía las acciones que me habían llevado a esa situación, todo el universo pondría reversa y ella emergería de la nada tiritando una sonrisa de labios azules. Fue inútil.

Dos horas más tarde denuncié su desaparición en la subcomisaría de la zona. Al principio no quisieron salir a buscarla: me preguntaron si yo estaba seguro de que se había metido al río, si existía alguna posibilidad de que hubiera regresado a casa por las suyas, si solía detenerse a hablar con extraños, y cada uno de mis “no” los paralizaba. Los policías hablaban entre ellos en voz baja mientras se pasaban el mate, entraban y salían de una oficina donde debía de estar el jefe del destacamento, pero no acertaban a darme una respuesta o a tomar una decisión. Parecían, en realidad, adormilados por una enorme pereza. Pedí un teléfono, llamé al Lele y él usó su poder para que iniciaran la búsqueda de inmediato.

Rastrearon el río con gomones y buzos de la Prefectura, y las costas, con policías de a caballo y perros adiestrados. Me dijeron que el río, que de afuera parecía manso, era

muy traicionero porque su cauce estaba lleno de pozones que tragaban a los bañistas imprudentes. El rastillaje siguió hasta caer el sol, se reanudó a la mañana siguiente y continuó cinco días más, hasta que todos entendieron que no tenía demasiado sentido gastar más recursos y esfuerzos.

Lo peor, sin embargo, vino después. Porque al fracasar la búsqueda, lo que hicieron fue meterse en mi vida. Hurgaron en fotos, archivos, llamadas, movimientos bancarios. La investigación se la dieron a un comisario bajito con cara de indio, Lazbal se llamaba, al que parecía no agradarle que yo fuera porteño y protegido de un ministro. Venía a verme de noche con la sirena del patrullero prendida. Estacionaba el auto en la puerta de casa y dejaba la luz azul parpadeando. Lazbal siempre me hacía las mismas preguntas: si Érica tenía un amante, si nos llevábamos bien, si había algún motivo como para que una mujer todavía joven y con trabajo huyera. Eso ya se lo contesté, le decía yo, y él, no importa, no importa, contéstemelo de nuevo, y se me quedaba mirando fijo con sus ojos chiquitos y marrones desprovistos de brillo, ojos de rata.

Mandó gente a investigar qué clase de tipo era yo, y a preguntarles a los vecinos si habían escuchado gritos o peleas. También hizo revisar el tanque de agua y cavar un pozo en el terrenito del fondo. Me enojé, pedí explicaciones, pero Lazbal me frenó en seco:

—Digamos que su esposa fue a nadar y se ahogó. ¿Por

qué nunca apareció el cuerpo? Si se la hubiera tragado un pozón, a los cinco o seis días habría salido a flote sola. Si se la hubiera llevado la corriente, habría terminado en la desembocadura de la ría y la habríamos encontrado seguro. Lo concreto es que el agua tiene mala digestión y escupe todo lo que traga, más acá o más allá, no importa. Pero eso no sucedió. Imaginemos entonces que su mujer está viva. ¿Dónde? No son tiempos en los que uno pueda andar por ahí tan campante. El mundo se nos achicó, entiéndalo. Ya no hay forma de que una persona desaparezca voluntariamente para iniciar una nueva vida. Ante un escenario así, ¿qué tiendo a pensar? Que la mataron. ¿Quién? No sé. Un peón de campo al que le salta la térmica al ver a una mujer distinta caminando sola por estos parajes de mierda. O usted. No encontré ningún testigo que haya visto a su esposa en Palermo Aike. Tal vez discutieron en esta misma casa, la mató, enterró el cuerpo por ahí, lugar sobra en este maldito desierto, y luego armó el cuentito de la desaparición.

Un día dejó de venir, de escarbar, de romper los huevos, y su paso al costado reinstaló en toda su magnitud la ausencia de Érica, un vacío enorme y profundo. De todos los escenarios posibles, me tocaba el peor: desde luego que la quería viva antes que muerta, pero para mí, a esa altura, era mejor muerta a que no la hallaran jamás. Cuando el Lele me contó lo de la reconquista de Buenos Aires y que el epicentro iba a ser, justamente, Pompeya, le pedí que me incluyera en su equipo. Necesitaba huir del

fantasma de Érica, que era peor que los bichos y que la muerte misma.

Once

Golpearon. Yo estaba acostado, a oscuras. Seguramente pensaba en Mónica. Prendí el sol de noche. Pregunté quién era. Kadjevich. Lo poco que sabía de él, más allá de lo evidente, era por los comentarios del Lele Figueroa. “Lo mandaron castigado —decía—. Denunció una maniobra rara en una compra de misiles y el Estado Mayor lo puso a parir. Se queja de que esta es una guerra sin honor ni gloria. Sufre porque la va de general impoluto, de San Martín condenado al exilio”.

Era el personaje más extraño de la guarnición. Se lo veía todos los días en la ceremonia de izado de la bandera, cantando a los gritos el Himno Nacional con los puños cerrados y los ojos humedecidos, y luego se encerraba en su búnker del club Unidos. La cruz de madera en el solar de la iglesia la había puesto él. “Ni siquiera conspira”, apuntaba el Lele, que por las dudas lo tenía controlado.

Le abrí y lo invité a pasar. Traía un termo y un mate. Sólo el uniforme verde oliva lo despegaba de la imagen de artesano de plaza que le daban la barba crecida y el pelo blanco y largo, atado en una colita con una banda

elástica. Nos sentamos en la cocina, el sol de noche al mínimo.

—Apáguelo, no malgaste —me dijo—. Con la luna que entra por la ventana alcanza.

Le hice caso. Nos volvimos dos siluetas azules.

—¿Usted sueña con ellos? —preguntó mientras me cebaba el primer mate—. Con los bichos, digo.

—No sé, nunca lo pensé, creo que no.

—Nadie sueña con ellos. Bah, la palabra “nadie” puede sonar grande, pero a todos los que les he preguntado me dicen que no —le devolví el mate, se cebó él, tomó—. ¿No le parece raro?

Me encogí de hombros en la oscuridad, sin importarme que Kadijevich viera o no el gesto.

—Un soldado en guerra piensa siempre en el enemigo. Despierto o dormido —siguió—. Una vez leí las memorias de un coronel norteamericano que había combatido cinco años en Vietnam. Decía que había advertido en sueños al menos tres ataques del Vietcong y que eso le había salvado la vida.

—Los psicoanalistas creen que los sueños son deseos, lo reprimido que sale a flote.

—Como los soretes en el agua.

—Digamos.

—¿Y ellos, los bichos, por qué no salen a flote? ¿Porque no hay deseo que los contenga? ¿Porque los tenemos demasiado reprimidos?

No le contesté. No sabía nada de psicoanálisis ni tenía

ganas de hablar. El mate fue y volvió un par de veces más hasta que le dije gracias, tengo miedo de que me dé acidez.

—¿Y si no los podemos soñar porque ya los estamos soñando? —le adiviné una sonrisa—. ¿Y si todo esto no es más que una pesadilla colectiva? ¿Sabe qué me lleva a pensar eso? Que nunca se terminan. Son criaturas sin armas, sin estrategia, sin cerebro. Sólo el poder del número, una ventaja que, pensaba yo, iba a desaparecer rápido con el fuego de las ametralladoras y los bombardeos. Sin embargo, usted los ve, siguen ahí afuera, son cada vez más. ¿Cuánto tiempo vamos a aguantar?

—La situación está controlada. Figueroa dice que se van a morir de hambre, tarde o temprano.

—¿Figueroa...! —exclamó en forma despectiva. Se calzó el termo bajo una axila, a la uruguaya, se levantó y encaró hacia la puerta—. De hambre nos vamos a morir nosotros si no llegan suministros pronto.

Me callé, porque Kadijevich podría estar loco, delirado por el ideal sanmartiniano, como decía el Lele, pero su visita a mi casa y esa charla de buenos vecinos, estaba seguro, no eran inocentes. Encerraban algún sentido, formaban parte de un plan.

—¿Y qué me cuenta de la chica que apareció muerta esta madrugada? —se frenó en el umbral, como si se hubiera acordado en ese momento—. ¿Usted se creyó lo del rottweiler? Dicen que se escapó de la guardia y que el perro la mató porque la confundió con un bicho. Lo

sacrificaron.

—Es la primera noticia que tengo.

—¿Qué? ¿No sabía nada de la piba?

—De la piba sí, del rottweiler no. Hoy no me sentía bien y me quedé acá todo el día.

—Supongamos que fue el perro. Eso no explica una cuestión clave: ¿qué hacía la piba ahí, a esa hora, sola?

Quise ver en su mirada si se trataba de una trampa, pero la cara de Kadjevich era una mancha oscura.

—Investíguelo —lo desafié—. Para eso es el jefe militar de la guarnición.

—Soy coronel del Ejército Argentino, no un detective de historieta. Ni siquiera me gustan las novelas policiales. Pero olvídese, son sólo preguntas que me hago para llenar la cabeza con algo y no pensar en lo que hay del otro lado del muro.

Me palmeó un brazo, afectuosamente, y al irse, como quien deja caer una semilla, dijo:

—Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para la vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Piénselo, Jorge, todavía estamos a tiempo.

Doce

Estuve a punto de decírselo, pero afortunadamente me contuve. Fue al tercer o cuarto interrogatorio. Lazbal tocó el timbre a la una de la mañana. La luz azul del patrullero se colaba por los entresijos de las persianas mal cerradas. Lo atendí en pijama y con la boca pastosa. Había tomado un Alplax y todo me costaba. Fuimos a la cocina. Prendí la hornalla, le ofrecí un mate. Me dijo que prefería whisky o ginebra. Me pareció que ya estaba tomado. Saqué una botella de Ballantine's. Él mismo se sirvió una medida generosa, sin hielo, no sé si porque le gustaba puro o porque yo, que había cambiado mi idea del mate por un café instantáneo, me olvidé de ofrecerle.

No lo dejé preguntar. Dejarlo que preguntara primero era como aceptar mansamente un estado de sospecha.

—¿Alguna novedad, comisario?

—Lamentablemente ninguna. Pero seguimos trabajando —y dejó la cosa ahí.

Tendría que haber seguido. Tendría que haberlo atacado. ¿Y cómo mierda trabajan, eh? ¿Apretando a la víctima, que es lo que soy yo, carajo? ¿Apareciendo de

madrugada y en pedo para seguir chupando gratis? Sí, tendría que haber ido a fondo hasta desenmascarar su ineptitud o, al menos, la tirria que sentía por mí. Sin embargo me quedé en silencio, atento a sacar la pava del fuego apenas empezara a hacer ruidito. Y Lazbal aprovechó.

—Piense si no hay algo que todavía no me haya contado. Un detalle que, por menor, usted creyó que no valía la pena transmitirme o simplemente olvidó. Haga memoria, todo suma.

Sí, claro que había algo. Y no era un detalle menor. Érica me lo había dicho aquella tardecita, mientras preparaba el bolso para ir a Palermo Aike.

—En dos meses me voy a Francia. Me van a dar una cátedra en la Universidad de Rennes. Las clases empiezan recién en septiembre, pero quiero instalarme con bastante antelación para mejorar el idioma y...

—Dos meses —la interrumpí.

—Tal vez menos.

—Vas a necesitar la visa sanitaria.

—Ya hablé con Luciano para que me dé una mano.

No me gustó que llamara al Lele por su nombre. Nadie lo hacía, ni los periodistas, ¿por qué ella entonces?

—¿Y por cuánto tiempo te irías?

—Para siempre.

—¿Y yo?

—No sé.

—¿No sabés qué? ¿No pensaste en mí, entonces?

—Apenas puedo pensar en mí, Jorge, comprendeme.

—La reina que se mira el ombligo.

—Vos acá tenés una vida, yo no.

—Te rajás como en Chile y te cagás en mí.

—Si querés verlo en esos términos, es tu problema. Lo único que quiero es una vida normal.

—¿Qué tiene de anormal cobrar un sueldo para escribir *papers* que nadie lee? ¿Qué mierda tiene de anormal ir al río a tomar mate, coger con tu marido más seguido que antes, vivir como se puede, mejor incluso de lo que se puede? ¡Dale, contestame, la puta madre!

Érica se cargó el bolso al hombro y me miró desde una altura que ya casi había olvidado, poderosa, absoluta, inalcanzable.

—No me obligues a dejarte ahora, Jorge. Si nos quedan dos meses, que sean buenos.

—En Chile dijiste que me amabas, que me amabas con locura.

—Y a mi modo. Este es mi modo.

Estuve a punto de contárselo a Lazbal, esa madrugada de mente amodorrada, por hartazgo tal vez o por un súbito y temerario deseo de caminar sobre una cuerda floja. Pero el silbido de la pava me detuvo.

—Hierve —dijo Lazbal.

Saqué la pava del fuego, serví el agua en la taza donde había puesto dos cucharaditas de café y dos de azúcar. Revolví.

—Un detalle, haga memoria —repitió el comisario.

Y le respondí que no recordaba nada que ya no le hubiera dicho, que nuestra vida era sencilla y apacible, normal subrayé, todo lo normal que puede ser una vida en estos tiempos difíciles.

Trece

Pensé que nadie se iba a tragar el cuento del rottweiler. Que los compañeros de Mónica, sobre todo las compañeras, iban a sublevarse y a exigir una investigación a fondo. Pero el episodio se cerró con una disciplinada naturalidad. El hilo suelto que intrigaba a Kadjevich —qué hacía una empleada de Mantenimiento caminando sola de madrugada— se suturó con los testimonios de sus compañeras de cuarto: ella solía escaparse cada tanto, dijeron, nunca contaba nada y tampoco le preguntaban, suponían que iba a encontrarse con un amante pero no lo sabían a ciencia cierta porque Mónica era muy reservada; además, no le habían dado demasiada importancia al tema porque las violaciones al orden establecido eran moneda corriente, todos, quien más, quien menos, hacían algo que no estaba permitido para quebrar el tedio del servicio. Las únicas murmuraciones no estaban relacionadas con la chica despedazada sino con el racionamiento: la gente se quejaba de que cada vez servían menos comida y de que se habían reducido demasiado los turnos de

funcionamiento de los generadores eléctricos.

Los restos de Mónica fueron cremados, metidos en una urna y enterrados en el solar de la iglesia debajo de un pequeño monolito de cemento, junto al de Promanzio. El Lele Figueroa improvisó un discurso emotivo y algunos lloraron, según me enteré después. Yo no fui. Yo me encerré en mi casa durante varios días, el ánimo por el piso, el dolor superado por la incredulidad que me provocaba la desgracia repetida. Los días —largos, solitarios y sin nada que hacer— eran más soportables que las noches a oscuras, en las que apenas dormía y se me daba por hablar en voz alta sin que ninguna foto me escuchara, mientras temía el regreso de aquella taquicardia que me había agarrado en mi última madrugada con Mónica. El Lele me mandaba la comida y esa breve interrupción del duelo —atender el llamado a la puerta, recibir la bandeja, agradecer, saciar el hambre— era el único momento en el que lograba evadirme de la tenaza de mis mujeres perdidas.

Cuando el que golpeó la puerta con la bandeja en la mano fue el Lele en persona, pensé que venía a rescatarme. Pero me equivoqué. Se lo veía inquieto, fastidioso, como un matón que quiere trompearse con alguien y no encuentra rival.

—Estamos incomunicados, ni los teléfonos satelitales funcionan, la puta madre. Encima me quedé sin cigarrillos, ¿a vos te parece?

El menú daba pena: un trozo de carne hervida con una

bocha de puré y un pedazo de pan. Las dos cajitas de jugo de naranja eran el gran lujo. Me senté a comer en la cocina y él se quedó de pie, mirando por la ventana que daba al patiecito.

—Raro lo de los teléfonos. ¿Qué dicen los técnicos? — le pregunté.

—Cosas que no entiendo y que por el momento no pueden solucionar. Para mí, y ahora lo tengo más claro que nunca, es una maniobra del hijo de puta de Schamberger, una etapa más en la operación ablande. Sufri, Figueroa, sufrí, debe de estar pensando.

—Si esto fracasa, tampoco se la va a llevar de arriba.

—No creas. Desde el primer día estuvo en contra de la reconquista de Buenos Aires y de que el interventor fuera yo. Figueroa no es un hombre de acción, decía el muy puto, y lo dejaba trascender a los medios para cubrirse. Además, cualquier escándalo acá va a ayudar a tapar las denuncias en su contra, justo ahora que lo van a citar a indagatoria, por eso creo que armó todo este quilombo con progresión matemática.

—¿Y qué pensás hacer?

—Resistir como sea. Nos queda combustible para un mes. Ya di la orden de que los generadores se prendan sólo dos horas por noche para la cena. Se acabó la joda. Ahora, economía de guerra hasta que lleguen suministros.

Se apoyó contra la mesada de la cocina, las manos en los bolsillos, la intención deliberada de bajar un cambio, de abandonar el núcleo de su furia por un rato.

—¿Se sabe algo de la muerte de Mónica? —le pregunté.

—Lo del rottweiler funcionó.

—Digo si se sabe algo de verdad, si investigaron.

—Dejemos las cosas así, Jorge, no revolbamos mierda.

—O sea que como todos se tragaron el sapo, a vos no te interesa que haya un asesino suelto. O un bicho que mutó y no contagia. O una rata gigante.

—Sí que me importa, pelotudo. Uzín revisó las cloacas, los muros, y dice que no hay nada raro. Lo del bicho que no contagia es una idea absurda, no hay antecedentes, es como pensar en un chancho que vuela.

—Un asesino, entonces.

—Es lo más lógico. Y puede ser cualquiera de los que putean porque la leche del desayuno está aguada o porque ahora tienen que ducharse con agua fría. Pero es algo que debemos manejar en secreto porque las prioridades son otras: no generar pánico, mantener la cohesión interna en un momento jodido. ¿Querés que te diga lo que yo pienso?

Hizo una pausa. Se había llevado las dos manos al pecho y me miraba a los ojos.

—Te juro que no es una provocación. Lo último que querría es que te ofendieras conmigo —ahora me mostraba las dos palmas abiertas como un ilusionista que intenta hacer creer que el truco no es trampa—. Para mí, la piba se cogía a un soldado que no tenía la menor idea de que también andaba con vos. El soldado la ve salir de

tu casa, discuten, la estrangula o le rebana el cuello con un cuchillo, por eso ella no grita, y el tipo después hace todo el zafarrancho de sangre para disimular. O tal vez sea un psicópata que mata por placer, no descartemos eso.

—Lo único cierto es que el asesino de Mónica está libre, nadie lo busca y a vos te chupa un huevo.

—Yo pienso políticamente, Jorge, no como un inspector de Homicidios. La dotación entera termina el servicio dentro de cinco meses. Se van a ir todos a Gallegos, contentos y apurados por encontrarse con los dólares que les fuimos depositando en el banco. El asesino, entre ellos. Eso significa que mi gran objetivo, de acá a cinco meses, es que no pase más nada. Una vez que se embarquen, el quilombo deja de ser nuestro. ¿Entendés, querido?

—Sí, eso sí, lo que no entiendo es otra cosa: agarrar al asesino era tan simple como revisar quién tenía la ropa empapada en sangre, pero vos elegiste sacrificar a una mascota.

—La idea fue tuya.

—Andá a la concha de tu madre.

—¿Quién te mete cosas raras en la cabeza, Jorgito? ¿Kadijevich? Yo te traía whisky, él te trae mate, me cago en la diferencia.

—No necesito que nadie me meta nada en la cabeza, menos que menos Kadijevich. ¿Lo vigilás a él solo o ahora también vigilás a tus amigos?

—Vigilo a los que tengo que vigilar. Sé que Kadijevich

no juega para mí, pero eso no me preocupa tanto porque también sé que no juega para Schamberger, al fin de cuentas es un lobo solitario. En cuanto a vos, descuento tu lealtad.

—Eso se traduce como “hacete el boludo si dejas libre al asesino de Mónica”.

—Vos, Jorge, pensás el tema como un caso policial. Yo como un problema político. Y políticamente está resuelto.

Me levanté a tirar los restos de comida al tacho donde se amontonaban sobras de días anteriores. Ya empezaba a apestar. El Lele se quejó. Me dijo que era un sucio de mierda, que esa misma tarde iba a mandar a alguien para que limpiara la casa. No podés vivir en la mugre, sos un funcionario importante, tenés que dar el ejemplo. Después me contó que había convocado a una reunión de gabinete y que quería que yo estuviera. Sos mi mano derecha, el único en quien verdaderamente confío, salí del encierro, dale, arreglate, te espero y vamos juntos. Me sonrió como un amigo manso y la cara se le contracturó en arrugas que jamás le había visto. Era un borracho sin whisky, un fumador sin tabaco, un desesperado en fuga hacia ningún lado.

Catorce

Una oscuridad que aplasta las cosas. Una música perversa del otro lado de la puerta entreabierta. En eso estaba el protagonista de la novela, intuyendo. La lectura me devoraba con su fuego impaciente y en un punto era peor, porque el apuro por llegar pronto al desenlace me exponía al riesgo de ignorar las sutilezas, de obviar el entramado fino de las palabras. Lo que recuerdo bien es esa ansiedad. En cambio, lo que sucedió un instante después se me diluye como la evocación de un sueño temprano, no sé si existió o si es un fantasma del remordimiento, algo —esta duda— que se repite en mí una y otra vez para crucificarme en la hora final.

Estoy en Palermo Aike, sentado en la reposera. El sol tibio, el viento extrañamente débil. Érica se fue, tal vez a nadar. Leo la palabra erecto y tiene en mí un efecto disruptivo. La imagen es fuerte porque describe a un hijo tonto frente a su madre desnuda bajo el agua de la ducha. Jadeos que se filtran por la puerta entreabierta, que confunden al protagonista, que lo enloquecen. Me detengo ahí, pienso, reconstruyo, la idea me perturba.

Escucho un grito.

Mi nombre en un grito.

Una tensión que va más allá del esfuerzo de la voz.

Una voz conocida.

Y me digo que tengo que levantar la vista del papel, salir del encallamiento que me produce la palabra erecto, ver quién es, acudir al grito acaso con algo más resuelto que una mirada, pero no lo hago, me retiene la imagen del hijo tonto frente a la madre desnuda, y renace la bronca por la conversación de hace un rato, en dos meses me voy a Francia, lo único que quiero es una vida normal, y entonces elijo un mundo, el de la novela, y un grito, el de la mujer de papel que se derrumbará hacia la muerte.

Quince

Al Lele Figueroa le gustaban los ejercicios de autoridad y por eso, cada tanto, convocaba a una reunión de gabinete. Él no era presidente y nosotros no éramos ministros, pero el simulacro lo entusiasmaba porque de alguna manera, entiendo yo, lo ubicaba más cerca del futuro que soñaba para sí. La reunión se hacía en su oficina, donde antes de la epidemia había funcionado una peluquería de señoras que se llamaba La Princesa. En la planta baja estaban mi despacho y el de dos empleadas administrativas. La planta alta, con ventanales que daban hacia la plaza Trafal y al solar de la iglesia, era el reino del Lele, su ficción del poder, la nueva Casa Rosada blanqueada a brochazos limpios y de cuyas paredes todavía sobresalían los caños que habían abastecido de agua a los sillones para lavar el pelo.

Cuando llegamos, Kadjevich y Uzín ya estaban esperando. Después se sumaron el Perro Collavini, que era el jefe técnico de la guarnición, y Pildorita Ros, el director médico del hospital. Nos sentamos todos alrededor de una mesa ovalada de fórmica blanca. El Lele

hizo un resumen de la crisis y después le pidió explicaciones a Collavini por el corte en todos los sistemas de comunicación.

Desde mi lugar, podía ver bien la cruz de madera y los dos monolitos al pie, el de Promanzio y el de Mónica, y al fondo, el edificio del colegio, donde estaban los dormitorios del personal civil, el comedor, los almacenes. El cielo lleno de nubarrones profundizaba la oscuridad de un barrio que siempre había sido una catacumba, aun en aquellos tiempos de la avenida Sáenz como un hormiguero de gente, colectivos, negocios con créditos a sola firma y puestitos de baratijas que impedían el paso. De todos modos, su verdadera naturaleza se manifestaba recién ahora con la fuerza del contraste que aportaban los pocos edificios habilitados, aberraciones blancas entre los múltiples grises del abandono. La Pompeya de antes de la peste había sido, además de oscura, también una ficción, ya no del poder sino de la felicidad y el progreso. Lo que estábamos viviendo, pensé en ese momento, no era más que la continuación de su destino maldito.

Me di cuenta de que Kadjevich me miraba. A él tampoco le importaban las disquisiciones de Collavini. Sonrió levemente y negó con la cabeza, como quien piensa que todo es inútil. Algo dijo Pildorita Ros sobre los insumos médicos y un reactivo que se había agotado y que urgía conseguir para que el laboratorio pudiera funcionar bien. El Lele le preguntó a Kadjevich por la reserva de municiones y Kadjevich miró a Uzín y Uzín

fue el que contestó: suficiente, no para una guerra pero sí para sostener operaciones de baja intensidad durante dos meses, tal vez menos. El gran problema pasaba por la falta de combustible.

Afuera se largó a llover, mucho y fuerte. Los cráteres de la avenida se llenaron enseguida de agua que burbujeaba como si hubiera sido puesta a hervir y los cordones desaparecieron bajo corrientadas furiosas. Pompeya y más acá la inundación, dijo el Lele, pero nadie se rió. Los ventanales de la vieja peluquería se empañaron y durante un rato largo nos quedamos callados, como si nos hubiera capturado la sinfonía áspera de la tormenta.

Kadijevich fue el que nos arrancó de ese estado de latencia. Dijo que desde que se habían suspendido los vuelos de limpieza, el número de bichos del otro lado de los muros no paraba de crecer.

—Vienen de todos lados, como si nos olieran.

—¿Y usted qué sugiere, coronel? —le preguntó el Lele, subrayando con sorna el grado militar.

—Evacuar. Ya. Mientras tengamos combustible para los blindados y los camiones, y municiones para abrirnos paso.

—La Patagonia está un poco lejos.

—Ya lo sé. El primer paso sería mandar un grupo comando al puerto para que encuentre un barco en condiciones de ser utilizado. Una vez hecho esto, evacuar la totalidad de la guarnición, navegar hasta Uruguay y pedir asistencia.

—Rendir Buenos Aires, dice usted.

—Salvar a la gente, digo yo.

—No veo que nadie esté en peligro.

—Acabamos de enterrar a una chica que fue despedazada a dos calles de acá.

—Por la mascota de sus hombres.

Kadijevich cerró los ojos con mucha lentitud y agachó la cabeza. El Lele le puso a ese gesto las mismas palabras que le hubiera puesto yo. Golpeó la mesa y empezó a gritar.

—¿Qué? ¿Tiene una versión diferente de la que declararon los testigos en el sumario? Dígala ahora, coronel, y veamos si no se trata de otro error de seguridad, porque eso es lo que usted, como jefe militar de la guarnición, debe proveer, se-gu-ri-dad, me entiende, y cualquier error o carencia es imputable a su trabajo.

—Volvamos al principio, Figueroa: mi opinión es que la situación está a un paso de volverse incontrolable y que deberíamos trazar ya un plan de contingencia, cualquiera que fuera. Al menos tenerlo listo por si es necesario.

—No me parece que sea para tanto. Vamos a ver el perímetro —ordenó el Lele.

—¿Ahora? —preguntó Ros.

—Sí, ahora —le respondió—. ¿Por qué? ¿Tenemos algo mejor que hacer?

Salimos los seis a la calle sin nada que nos cubriera de la lluvia. Armamos una fila india y caminamos apretados a las paredes en dirección a la Puerta Sur. Enseguida metí

los pies en un charco y al llegar a la primera esquina ya estaba completamente empapado. Había olvidado la espantosa sensación de caminar con los pantalones mojados y los zapatos escupiendo agua. De sed no nos vamos a morir, dijo Ros, y me dio la sensación de que no intentaba ser gracioso.

Los soldados de la guardia, protegidos por capotes impermeables verde oliva, se cuadraron al vernos llegar. Kadijevich, Uzín y el Lele hablaron con ellos en voz baja. Después subieron la escalera, que era de metal y muy empinada, como la de los barcos. Los seguimos. Alguien dijo que tuviéramos cuidado, que no nos fuéramos a caer, que esos peldaños angostos, al estar mojados, se volvían una trampa mortal. Pildorita Ros le respondió que peor era bajar, porque había que hacerlo de culo y sin ver dónde uno pisaba.

La muralla tenía cinco metros de altura. Era posible recorrerla entera por arriba a través de una pasarela de rejillas de acero que temblaba con nuestros pasos. El Lele hizo punta y se dirigió hacia la Puerta Este. Asomarse al otro lado era ver la foto de un planeta perdido. Los barrios miserables que bordeaban el Riachuelo habían sido arrasados por los bombardeos. Casi nada quedaba en pie, sólo montículos de piedras y paredes mordidas por tarascones de fuego. Y en el paisaje devastado, las bestias, muchas, acaso miles. Estúpidas, voraces, peligrosas. Vestidas con andrajos, la piel como una costra dura y amarronada que apestaba a carne podrida, el cuerpo

raquítico mellado por las heridas que las habían llevado a ese estado. Me pregunté si podían pensarnos, si podían soñarnos, si para ellas éramos sólo su alimento o también la memoria de la especie que habían sido. Me pregunté si debajo, muy debajo de su ferocidad elemental, habitaba algún tipo de resentimiento.

La tormenta paró cuando llegamos a la Puerta Este. Ros me señaló la cancha de Huracán, que por algún milagro se había mantenido intacta.

—Un piloto me dijo que adentro hay un nido enorme, que están ahí cuando no los vemos afuera. Le pregunté por qué no lo había bombardeado y me dijo que Kadijevich no quiso porque es un quemero fanático.

Collavini largó una carcajada y eso animó a Ros, que siguió contándole anécdotas improbables. Yo les di la espalda. No me sentía bien. Tenía frío, cansancio. Vi que el Lele y Kadijevich se alejaban y se ponían a discutir. Un soldado apuntó con su fusil a unos bichos que, arrodillados, se disputaban algo a unos cien metros, cerca de los restos de una estación de servicio Shell. Uzín le habló. El soldado bajó la culata de su hombro para mirarlo de reojo, luego se la calzó de nuevo y gatilló un ruido seco, metálico, inofensivo.

Dieciséis

La última noche en Gallegos fue una mierda. El barco salía a las siete de la mañana y me iban a pasar a buscar a las cinco. Cené temprano un sándwich de jamón y queso con media botella de vino tinto. Partí una pastilla de Alplax para tomar media antes de ir a dormir porque pensé que una entera podía ser demasiado. Me puse a armar la valija. Llevé ropa cómoda, me había dicho el Lele, como si se tratara de un campamento de boy scouts. Hice el equipaje en quince minutos, y por un instante, de pie, frente a la cómoda del dormitorio con los cajones de mi lado abiertos y vacíos, no supe muy bien cómo seguir. Me conmovió la paradoja que habitaba en ese mueble. Yo estaba vivo (yo estaba, a secas), pero nada de mí quedaba en su interior. Quedaba sólo la ropa de Érica, la ausente, la que no estaba. Abrí sus cajones. Empecé a sacar los pijamas, las bombachas, los suéteres, las remeras, los corpiños, las medias, y fui colocando cada prenda sobre la cama, perfectamente doblada y conservando la relación de colores y tamaños. No pretendía una respuesta a su misterio, ni siquiera recuperar su olor o una noción de las

proporciones de su cuerpo, que ya empezaba a olvidar. Sólo me impulsaba la necesidad de vaciar el único lugar donde mi mujer seguía presente.

Fui a la cocina y tomé la media pastilla de Alplax que había dejado preparada. Volví al cuarto, apagué todas las luces menos la de un velador, y me acosté vestido sobre la cama hecha. Ni siquiera me saqué las zapatillas. Después, después, pensé, y la mente se me puso en blanco. Al rato sentí frío. Me dio pereza levantarme, desnudarme, descorrer las mantas y meterme dentro, por lo que barrí de un manotazo la ropa amontonada de Érica y me la eché encima para taparme con ella. Dormí un rato. Me desperté bruscamente con la sensación de que me caía de la cama. En el sobresalto tiré al piso el montón de prendas que tenía sobre el pecho. Entre ellas, una bombacha que no había registrado hasta entonces. Era una tanga de algodón blanco, con un estampado de manzanas mordidas verde flúo que hacía juego con el color del elástico. Yo creía recordar que Érica detestaba las tangas porque, decía, estaban pensadas más para el deseo del macho que para la comodidad de la mujer. La agarré. Parecía insuficiente para contener sus caderas fuertes y era decididamente más sensual y juvenil que las otras bombachas. Además, no se la había puesto nunca. De ninguna manera podía ser de ella, lo que abría el camino a un montón de preguntas: cómo había llegado a un cajón de Érica, por qué estaba mezclada entre ropa que sí le pertenecía. Tuve la impresión de haber encontrado por azar una clave oculta

en la vida de la mujer que amaba y eso barrió el sopor del Alplax. Se me ocurrió que quizás existiera un corpiño haciendo juego y, en tal caso, su medida podía confirmar que se trataba de ropa ajena. Busqué con tanta desesperación que todo terminó en el suelo. No encontré ningún corpiño con breteles verde flúo. Me convencí, entonces, de que si había algo inconfesable de mi esposa habitaba en ese triángulo de sensualidad putona.

Eran las dos y diez de la mañana. Llamé al comisario Lazbal. Atendió rápido. Se escuchaban voces fuertes, como si lo hubiera sorprendido en el medio de un operativo. Le pedí disculpas por la hora, le dije que me estaba yendo hacia Buenos Aires (ya lo sabía, acotó) y le pregunté si tenía alguna novedad sobre la desaparición de Érica. Me contestó que no, que no había ningún cabo suelto de donde agarrarse, que la hipótesis más lógica era que se había ahogado mientras nadaba.

—El agua es demasiado fría —explicó— y produce calambres a la gente que no está acostumbrada. Además están los pozones.

—Pero usted dijo que el río devuelve todo lo que traga.

—No siempre.

—Hay un dato nuevo. —Hice una pausa, porque no tenía en claro cómo continuar.

—¿Cuál?

—Encontré en casa una bombacha que no es de Érica. Parece de una mujer más joven, más chica de cuerpo.

—¿Qué le llama la atención?

—Que es una tanga. Ella no usaba tangas —me di cuenta de que estaba hablando en pasado y me corregí rápido—, mi mujer odia las tangas.

—Pudo ser un regalo, una compra equivocada...

No lo dejé seguir.

—Yo conozco bien a Érica, son muchos años, ni loca se hubiera comprado ropa de putita.

—¿Qué me quiere decir?

—No lo sé, todo esto me confunde.

—¿Y por qué no lo piensa mejor? ¿Se fijó la hora que es?

—¿Y si me engaña con una mujer? —la idea se disparó en mi cabeza sin que yo la hubiera elaborado antes; fue como una bala escondida en la recámara.

—¿Con quién? —preguntó Lazbal, y por primera vez lo noté interesado.

—Qué sé yo. Tal vez con una de esas universitarias tiernitas que se mean encima cuando la escuchan hablar.

—¿Usted sospecha eso de verdad?

—No.

—¿Tiene algún nombre para aportar?

—No.

—¿Entonces?

—Es una hipótesis que jamás tuvimos en cuenta.

Lo escuché resoplar, hablar con otro hombre mientras yo le rogaba que fuera a verme esa misma madrugada, todavía hay tiempo, comisario, me vienen a buscar recién a las cinco, no cierre la investigación, no se rinda, por

favor se lo pido, no sabe cuánto necesito su ayuda, gracias, gracias, comisario.

Me acosté porque el cuerpo me pesaba. Dejé la ropa de Érica desparramada en el suelo. La tanga también quedó por ahí. Esta vez me tapé con las mantas, cerré los ojos y esperé y esperé y esperé.

Dieciocho

La tormenta volvió como si ya no fuera a irse nunca más. De las alcantarillas empezó a brotar un agua parda y espesa que inundaba las calles y formaba remolinos en las esquinas. Cómo voy a hacer para llegar a casa, me pregunté. Cenábamos un guiso carcelario y un pedazo de pan. No nos dieron jugo. Tuvimos que conformarnos con dos vasos de agua del dispenser. Dos por persona era la orden. La gente comía en silencio. Podía percibirse claramente un malestar: el aire de estudiantina en viaje de egresados que se respiraba durante los primeros meses había desaparecido. Demasiado tiempo bajo la presión del encierro y ahora, para colmo, el racionamiento y la muerte de Mónica cuando la zanahoria de los dólares todavía seguía lejos.

Alguien, que llegó empapado, comentó que la avenida Sáenz era un río. Nadie le llevó el apunte salvo el Lele, que comía frente a mí y se levantó a mirar a través de una ventana empañada. Volvió decepcionado.

—No se ve una mierda —dijo.

La recorrida por la muralla lo había dejado mal.

Kadijevich tenía razón. Los alrededores de Pompeya estaban infestados de criaturas. Nunca, desde las primeras horas de la reconquista, se habían juntado tantas. El problema real no son los bichos —dijo el Lele—, ni aunque quisieran podrían forzar las puertas blindadas, el problema es otro, otro, pero no terminaba de decir cuál y yo empezaba a sospechar que no se refería a las maquinaciones en su contra que imaginaba urdiéndose en Gallegos.

Anunciaron por altavoz que en media hora cortarían las luces. Los que aún quedaban en el comedor se levantaron con pesadez y se fueron hacia las habitaciones. El Lele ofreció que me quedara a dormir con él.

—A no ser que quieras volver nadando a tu casa.

—Yo no te duermo en el piso. Estoy grande y la cintura cruje: lumbago, el nervio ciático, cosas de viejo.

—Mirá que tengo un colchón extra para las visitas.

—¿Te parezco ese tipo de visitas, Lele? Sé que puedo ser irresistible, pero para tanto...

—Antes me la corto y se la tiro a los bichos —y se rio cortito.

La escena, de haberla visto desde afuera, me habría parecido patética: estábamos cercados por las criaturas y por el agua, no teníamos para comer más que un menjunje desabrido y escaso, habíamos culpado a un perro del asesinato de una mujer —no cualquier mujer, la mía, lo que hablaba peor de mí que del Lele—, y sin embargo jugábamos a la picaresca de cafetín, frescos, indolentes.

Nuestros tálamos debían de estar funcionando a pleno.

Un muchacho se puso a montar las sillas sobre las mesas mientras otro se apuraba a pasarle un trapo al piso con movimientos automatizados. Detrás del mostrador, dos chicas lavaban los platos dejados por los comensales. Yo agarré los nuestros y se los llevé. No me miraron, no me dijeron gracias ni buenas noches. Estaban, o fingieron estar, muy concentradas en la tarea.

El Lele, solitario entre mesas erizadas por las patas de las sillas, parecía el borracho triste que lo único que quiere es estirar la noche. Tenía los hombros caídos y la mirada perdida en un entretenimiento sin sentido: se había quitado el reloj de la muñeca y lo hacía girar como una ruleta. Vivir así lo estaba erosionando.

—Vamos, que no hay nada más deprimente que un restaurante a punto de cerrar —le dije.

Se abrochó el reloj parsimoniosamente en una operación que, me di cuenta enseguida, iba más allá de lo evidente y encerraba un sentido restaurador. Se puso de pie, echó los hombros hacia atrás y dijo con voz fuerte y segura: “Gracias por todo. Muy buen trabajo. Que descansen”. Los empleados del comedor le contestaron amablemente y él respiró hondo, como si el aire de esas respuestas hubiera sido un bálsamo.

Bajamos una escalera y atravesamos un corredor largo hasta llegar a su habitación. El único lujo que se había permitido eran el baño privado y el colchón de las visitas. Las luces se apagaron cuando ya estábamos acostados. Yo

no podía dormir y él tampoco. Me di cuenta porque no paraba de revolverse en la cama.

—¿Estás ahí? —preguntó en algún momento de ese tiempo desierto y elástico.

—Dónde querés que esté.

—Escuchá. Un bicho encara muy ofendido a otro, que era su mejor amigo, y le dice: nunca te voy a perdonar que te hayas comido a mi mujer. Y el otro le contesta: ¿cuándo, antes o después de la peste? —se largó a reír y a toser al mismo tiempo.

—Qué pelotudo. ¿De dónde lo sacaste?

—Los inventa Pildorita Ros. Este es mortal, escuchá. Se juntan tres bichos misericordiosos. El primero dice: yo no como niños. Muy bien, muy bien. El segundo dice: yo no como niños ni ancianos. Muy bien, muy bien. El tercero dice: yo no como niños ni ancianos ni diabéticos. Los demás le preguntan sorprendidos: ¿diabéticos, por qué? Y el bicho contesta: no me gusta lo dulce.

Esta vez fueron sólo toses, estertores de pulmones pavimentados de nicotina, gargajos espesos atravesados en la garganta. Prendió una linterna y se levantó al baño a escupir. La respiración se le volvió un silbido. Le pregunté si estaba bien y me contestó que sí, pero la voz le salió estrangulada. Vamos al hospital, le dije, pero me mandó a cagar.

Volvió a la cama, se sentó, apagó la linterna. Afuera, pasos urgentes. Prendió la linterna de nuevo. Golpearon la puerta.

—¿Quién?

—Cabo Rinaldi, señor.

—Qué quiere.

—El teniente Uzín lo necesita.

—¿Qué pasó?

—Apareció un cuerpo, señor. Otro más. Otra mujer.

Diecinueve

Al coronel Kadijevich lo conocí al día siguiente de llegar a Pompeya. Fue en una reunión de gabinete en el piso de arriba de La Princesa. El Lele Figueroa me presentó como un gran periodista, experto además en comunicación institucional, y yo rápidamente comprendí por qué mentía: quería darle al gesto de haberme traído un espesor mayor que el de la piedad. Pompeya no era un lugar para almitas blandas; se necesitaban agallas, mentes programadas en la dureza, un compromiso absoluto con la causa, lo que significaba salir de uno mismo o, aún más que eso, estar muy por encima de uno mismo, de los reproches, de las desgracias, de los pensamientos amargos que podían surgir en las noches arrulladas por los gemidos de los bichos. Y yo era todo lo contrario. Yo era un tipo atribulado ante el abismo de Érica.

El Lele fue convincente, porque mentir era tal vez su mayor talento, y definió para los demás —y también para mí, que sólo le había pedido venir, sin importarme a qué — cuál sería mi función: redactar un parte diario con informaciones de la guarnición Buenos Aires, coordinar la

visita de funcionarios y prensa, y vertebrar todo contacto con el exterior.

—Él será nuestra voz frente al mundo —redondeó—. Está absolutamente prohibido que cualquiera de nosotros se comunique con los medios por su cuenta. Es una prioridad estratégica. Y *attenti* porque dije nosotros, lo que me incluye, ¿eh?

Me hubiera sentido orgulloso de no ser porque conocía de sobra al Lele: ¿cuánto tardaría en saltarme como alambre caído y darle una exclusiva a la CNN sin consultarme? Para colmo de males, el incidente de la tanga todavía rebotaba en mi cabeza.

Durante mi última madrugada en Gallegos, me había dormido esperando a Lazbal. Cuando sonó el timbre de casa pensé que era él, pero resultó ser el remisero que, tal como estaba previsto, me vino a buscar a las cinco de la mañana en punto. Le pedí que me esperara (mentí diciendo que tenía una comunicación urgente del Lele Figueroa) y en lugar de bañarme o afeitarme, que me hubiera venido muy bien, o de tomar un café negro que me arrancara del engrudo del Alplax, empecé a llamar a Lazbal cada cinco minutos y a dejarle mensajes en el contestador. Mientras, revolvía los amasijos de ropa porque la bombachita putona no aparecía por ningún lado. Me tiré al piso para revisar si había caído debajo de la cama o de la cómoda, descorrí la colcha, la sábana, di vuelta el colchón, me subí arriba de una silla para tener una perspectiva mejor de todo el cuarto. Mis ojos se

negaban a verla o la tanga no había existido jamás. Las dos opciones describían distintos grados de locura y eso me aterraba. Cuando por fin salí, eran casi las seis. Una extraña sensación de miedo me acompañó durante el largo viaje a Pompeya: no a los bichos ni a los recuerdos que me esperaban en mi viejo barrio sino miedo a mí.

Lo último que anunció el Lele en mi primera reunión de gabinete fue que yo iría a vivir a una casa recuperada y justificó la excepción a los protocolos.

—Jorge tiene ese derecho porque es el único de nosotros que nació en Pompeya. Conoce estas calles de memoria. La casa en la que vivía con su esposa quedó dentro del perímetro, acá nomás —hizo una pausa para buscar en una carpeta—, en la 22 y Beta. Me parece un acto de justicia que la ocupe como homenaje a ella, Érica Fischer, gran intelectual y gran amiga que lamentablemente murió en un accidente en Gallegos. Pero también siento que es una forma de decirle al mundo que todos vamos a volver algún día, que todas las casas de Buenos Aires se abrirán y la ciudad será lo que fue, el faro más brillante de Sudamérica.

Los hombres del gabinete (hombres a los que luego conocería por sus apellidos, apodos, funciones, historias) aplaudieron y me dedicaron gestos de aprobación y bienvenida. Todos menos uno, Kadjevich, que por entonces todavía se parecía más a un militar en campaña que a un hippie de El Bolsón, aunque ya se mostraba desinteresado en el espíritu épico que intentaba

inculcarnos el Lele.

La reunión se levantó y Kadijevich se ofreció a llevarme hasta la muralla. Caminamos a paso lento hacia la Puerta Sur, que daba al Puente Alsina destruido.

—¿Usted qué cree? —soltó de golpe Kadijevich.

—¿Qué creo de qué?

—De esto, de lo que pasó, de cómo empezó todo.

—Un virus.

—Sí, ya sé, pero de dónde salió.

—Los científicos no se ponen de acuerdo.

—Y si se ponen de acuerdo les vamos a tener que creer.

—¿A quiénes les vamos a creer, si no? ¿A los de Greenpeace, que dicen que fueron los pesticidas? ¿A los de la DEA, que dicen que fue el paco?

—Tal vez la respuesta sea más simple y lleve siglos escrita.

Kadijevich dejó el tema ahí, como una carnada, pero yo no piqué: no estaba para filosofía barata. Un oficial joven —rubio, alto, delgado, que tranquilamente hubiera podido encarnar el papel de capitán de las SS en una película de nazis— nos recibió al pie de la escalera marinera que llevaba a las almenas de la muralla. Era el teniente Uzín, un hombre al que, como habría de enterarme un rato más tarde por el Lele, se lo admiraba y compadecía en iguales proporciones por haberle pegado un tiro a su propio hijo. Kadijevich le ordenó que me llevara a recorrer el perímetro por la pasarela y que me explicara el funcionamiento militar de la guarnición. Subimos y

comenzamos el paseo en dirección a la Puerta Oeste.

Uzín me habló de cosas sobre las que yo no tenía idea (fusiles FAL y Steyr, ametralladoras MAG y M2HB, helicópteros Bell Iroquois, lanzacohetes M72 Law) y también de otras cosas sobre las que, a mi pesar, sabía demasiado. El paredón había dejado del lado de afuera la casa de mi infancia. La casa de Luppi 1478, la que vendí tras la muerte de mis padres para comprarme otra más linda, sobre la misma calle, adonde fui a vivir con Érica y a la que ahora estaba volviendo. Pude ver claramente mi casa natal desde lo alto de la muralla: un boquete donde estaba la puerta, las vigas desnudas del balcón, los azulejitos tsuji rojos de la terraza intactos (recordé que mi vieja los amaba por eso, porque nunca se deterioraban). Fue una piña en el medio del pecho.

Seguimos recorriendo el perímetro, con Uzín en plan de guía aplicado y yo, más destruido que el paisaje que mis ojos alcanzaban a ver. Por cada lugar que reconocía, pum, otra piña. Envases Centenera, la fábrica en la que había trabajado mi papá toda su vida, era apenas una colina de cascotes y desperdicios. El club Franja de Oro, donde yo había jugado al baby fútbol, ni siquiera eso: había sido barrido del mapa por la construcción misma del muro. Ya no me interesaba nada de lo que me decía Uzín. Tampoco me inquietaban los juegos de puntería de los soldados con los bichos que deambulaban abajo. Sólo hacía lo posible por terminar la ronda entero, sin la humillación de largar los mocos frente a tipos templados

en el rito cotidiano del exterminio. Hasta que, de nuevo frente a los restos del Puente Alsina, me acordé de que yo había ido al jardín de infantes en una escuela pública que estaba muy cerca de ahí, a no más de dos cuabras del Riachuelo. Famín, se llamaba, y de ella sólo tenía un recuerdo y era feliz: yo, recitando el poema del Sapito Glo Glo Glo frente a mis viejos en el patio del colegio, una tarde soleada de invierno.

¿Vivirá en la chimenea?

El acto era en el patio y los padres estaban de pie, frente a nosotros, en un semicírculo.

¿Dónde diablos se escondió?

Busqué a mamá con la vista. La vi en primera fila, a un costado. Sonreía de orgullo.

¿Dónde canta cuando llueve?

Papá estaba de frente, muy atrás. Sobresalía por la altura. Levantó la mano para que lo viera.

¿El sapito Glo Glo Glo?

Me aplaudieron. Sentí que me había salido fácil algo difícil. Mamá me abrazó fuerte. Papá me revolvió el pelo con su mano de gigante.

La imagen me tomó por asalto y consiguió quebrarme. Me frené de golpe en la boca de la escalera, el cuerpo se me aflojó como si me hubiera bajado la presión. Uzín me ayudó a sentarme en los escalones. Me tapé la cara con las manos y me largué a llorar como un nene. Escuché que alguien subía corriendo. Una mano protectora sobre mis hombros. Un susurro al oído. Kadijevich.

—Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte pero no la hallarán; y ansiarán morir pero la muerte huirá de ellos.

Veinte

Se llamaba Anahí y era una enfermera gordita, servicial, de buen humor permanente. Yo la conocía porque una vez me había atendido por una gripe. Usaba el delantal desprendido hasta el tercer botón y mostraba con orgullo sus tetas pecosas. Cómo no recordarla, además, con ese nombre, igual al de una antigua fábrica de casas de madera que tenía un cartel publicitario al lado del Puente Alsina. Del cartel sólo quedaba el esqueleto de hierro oxidado.

La noche en que la mataron había cenado con nosotros y se fue apenas anunciaron que iban a cortar la luz. Le tocaba guardia y, según contaron sus compañeros, eso la entusiasmaba porque en el hospital no apagaban los generadores y podía bañarse con agua caliente y leer y hasta escuchar música en un reproductor que compartían enfermeros y médicos. Las camas, además, eran mejores y casi siempre podía dormir porque las urgencias eran excepcionales. Se puso botas de goma, un capote y se largó a la lluvia y a la inundación. Nunca llegó. Los soldados encontraron el cuerpo medio tragado por una

boca de tormenta a la una y diez de la madrugada. El agua había lavado la sangre. Tenía heridas en el cuello, en el abdomen, mordiscones en los brazos. Le faltaban algunas tripas.

El cabo Rinaldi nos llevó en jeep a la morgue del Hospital Aeronáutico. Pildorita Ros y Uzín nos esperaban junto a la mesa de acero inoxidable donde estaba el cadáver de Anahí. La cara de deudos afligidos se les borró apenas el Lele empezó a gritar. Yo me quedé lejos, como si la mala noticia no hubiera sido asunto mío. En verdad, no me animaba a asomarme a esa desnudez rota para no ser absorbido por los recuerdos de Mónica y de Érica, sobre todo de Érica, desde luego.

Hacía mucho frío en esa sala y un olor espeso que no era el de los cuerpos pudriéndose, sino el de algo químico. El Lele, que movía los brazos como un electrocutado, salpicaba a Anahí con el agua que le chorreaba del capote. Ahí me di cuenta de que yo también goteaba, me saqué el impermeable y salí con la excusa de dejarlo afuera. Nadie me llevó el apunte. En el pasillo me encontré con el cabo Rinaldi sentado en el piso. Había tirado su capote a un costado. Yo dejé el mío junto al de él.

A Rinaldi le decían La Chancha, porque era robusto y de una palidez lechosa que se contraponía con sus mejillas siempre coloradas. Me preguntó si yo tenía un cigarrillo para convidarle y le dije que no.

—Nadie tiene —agregué.

—Ya sé, pero pensé que usted sí, por ser funcionario.

—La escasez nos iguala, cabo.

—La escasez y la muerte.

En ese momento recordé que el hermano mayor de Rinaldi, también soldado, había muerto defendiendo una escuela en Hurlingham al comienzo de la peste.

—Nosotros estamos vivos —le dije.

—¿Por cuánto tiempo? Nadie está a salvo. Mire lo que le pasó a esta pobre chica.

—La orden es clara: no hay que andar solos de noche después del toque de queda. Pero la gente se cree que está en la Patagonia, que acá no pasa nada —me escuché respondiéndolo como si yo fuera el Lele y no me gustó.

—¿Usted piensa que fue un bicho?

—Ahora nos vamos a enterar. Para eso están los médicos.

—Porque a la otra piba no la mató Butkus.

—¿Cómo sabe?

—Tenían al perro siempre atado, especialmente de noche. Dicen que rompió la cuerda y confundió a la piba con un bicho, que por eso la atacó, después de todo lo habían entrenado para eso. Pero se hubiesen escuchado gritos, ladridos. Y los que estaban de guardia no escucharon nada.

—¿Entonces?

—Para mí que hay un bicho escondido, o varios. ¿Vio la cantidad que se juntó afuera?

—Eso no soluciona el misterio del silencio —arriesgué; me dieron ganas de saber qué pensaban los soldados

como él, hasta qué punto la farsa que habíamos inventado tenía los cimientos corroídos.

Rinaldi iba a contestarme pero lo interrumpió el Lele, que salió de la morgue echando putas, por lo que el cabito se levantó a las apuradas y se cuadró como si estuviera frente al general en jefe del Ejército.

—¿Vuelve al colegio, señor? —preguntó.

—Todavía no, esperá en el jeep.

Rinaldi se fue y el Lele me hizo una seña para que lo siguiera. Dimos un par de vueltas por los pasillos y nos metimos en un cuarto con una camilla con correas, igual a la que me habían atado a mí después de la aparición del cadáver de Mónica.

—Ros no tiene dudas —dijo, mientras se sacaba el capote, lo dejaba caer al piso y se acostaba boca arriba en la camilla—. Le cortaron el gañote con un cuchillo y lo demás es firulete. Le van a hacer la prueba de detección del virus pero por rutina, nada más.

—Quedarme en tu habitación me sacó de la lista de los sospechosos. Te debo una.

Sonrió, cerró los ojos y me pidió que apagara la luz. Le hice caso y me quedé de pie, a oscuras junto a la puerta cerrada, escuchando el silbido que le salía del pecho. Pensé que se había dormido y ya estaba por irme, cuando volvió a hablar.

—No es un amante celoso ni un psicópata sexual.

—¿Cómo sabés?

—Lo presiento. Acá hay otra cosa peor.

—¿Puede haber algo peor que eso?

—Sí. Y nos va a llevar puestos si seguimos sin hacer nada.

Veintiuno

Paso mucho tiempo pensando qué hablé con Érica camino a Palermo Aike. No pueden haber sido treinta kilómetros en silencio absoluto. No lo fueron, estoy convencidísimo.

Lo que recuerdo:

El auto era un Toyota Corolla azul que me habían dado para que les hiciera de chofer y guía a dos periodistas de un diario mexicano que venían a escribir la típica crónica del fin del mundo en el fin del mundo.

Érica estaba vestida con un pantalón corto verde oliva y una camisa blanca, holgada y larga, casi un vestido. Abajo llevaba una malla enteriza negra. Tenía anteojos de sol.

Yo puse en el estéreo un *pendrive* con los más grandes éxitos de The Killers. Cuando sonó “A Dustland Fairytale”, subí el volumen.

Bajamos por la primera entrada. Había unas cinco familias. Busqué un lugar alejado. Yo armé las reposeras ahí nomás, al lado del auto. Érica se quitó el pantaloncito y la camisa, los dobló y los metió dentro del bolso. Sacó un libro y se sentó a leer. Luego me dijo que se iba a

caminar y tal vez a nadar.

Las certezas llegan hasta ahí.

La conversación que tengo en la cabeza se me formó en estas últimas horas y no sé si es producto del relumbrón fulminante que ilumina la memoria en los momentos extremos de la vida o si simplemente la inventé para llenar un vacío incómodo.

Tengo, entonces, una conversación y una escena.

Doblo a la izquierda para tomar la Ruta Provincial 53. Acaba de terminar “A Dustland Fairytale” y empieza “Runaway”. Bajo mucho el volumen. Miro de reojo a Érica, que viaja abrazada al bolso en el que lleva el equipo de mate y las tres o cuatro cosas que podemos necesitar para pasar un día al aire libre en la meseta patagónica. No parece especialmente tensa.

—¿Por qué Rennes? —le pregunto.

—Porque salió así.

—¿Así cómo?

—Margarita lleva unos años enseñando allá, le gusta mi trabajo académico y me consiguió el puesto.

—¿Margarita?

—Portocarrero, la conociste en Chile.

Sospecho que puede ser aquella antropóloga colombiana que le regaló un libro, pero no me interesa certificarlo. Lo doy por hecho y le pongo a ese nombre el recuerdo de una sonrisa blanca de labios pintados de rojo furioso, un cuerpo pequeño, un vestido amarillo apretado en la cintura por un cinturón de la misma tela, un *foulard*

blanco que cubre cuello y escote, una cabellera negra, espesa, brillante.

—¿Y dónde vas a vivir? —sigo.

—En la casa de ella hasta hacer pie.

—¿Tenés ya los pasajes?

—No. Me los van a mandar apenas Luciano me consiga la visa sanitaria.

—El Lele lo supo antes que yo.

—Fue un error, disculpame.

—¿Me queda alguna esperanza?

—¿Esperanza de qué tipo?

—De que volvamos a estar juntos, en algún momento, en algún lado.

Érica estira el brazo izquierdo para tocarme. Me rasca la nuca con la suavidad que a mí me gusta, las uñas apenas tomando contacto con el pelo. Esta hija de puta me conoce de memoria. Sé que me está mirando, que me estudia. Acaso quiera comprobar el efecto demoledor de sus caricias. Suena, muy bajito, “Miss Atomic Bomb”.

—No te lastimes, Jorge —dice en un susurro—. No por mí, no soy tanto.

Veintidós

El personal de la guarnición se alineó en el patio del colegio como en un acto escolar. Los civiles de un lado, los militares de otro, hileras de uno en fondo separados por un brazo de distancia, todos bajo la intemperie de un cielo todavía cargado y un viento leve y frío. Nosotros, los funcionarios, bajo la galería, circunspectos, listos para el gesto grave de aprobación a lo que se anunciara, lo que fuera, no estábamos ahí para debatir sino para avalar con nuestra presencia lo que había resuelto el jefe. Yo, que venía de pasar la madrugada con él en el hospital, no tenía la menor idea de lo que iba a decir.

El Lele se había dormido sobre la camilla tras insinuar, una vez más, un complot. En lugar de irme y dejarlo solo, me senté en el piso helado, la espalda contra la pared, abrazándome las piernas recogidas. Me inquietaba su respiración ruidosa, interrumpida por gárgaras de flemas y toses, y ese silbido detrás, que sonaba y sonaba igual que una alarma. Sólo por eso me quedé y resistí el impulso inicial de salir corriendo y pedirle al cabo Rinaldi que me llevara a casa, lejos de ese carnaval de muerte y misterio.

Tenía miedo de que mi amigo se fuera a morir ahí, esa noche de tormenta, y que lo que sucediera luego con nosotros, los encerraditos de Pompeya, fuera todavía peor. Imaginé una apnea definitiva (sus pulmones negados a remontar el subibaja), imaginé su cuerpo encogido (la muerte empequeñece, decía mi padre), me imaginé solo en ese cuarto, escaneé mentalmente a cuánto se extendía esa soledad (círculos concéntricos que se ampliaban al infinito) y me di cuenta de que, si el Lele se moría, ya no me quedaría nadie en el mundo, de que él era la única persona que guardaba dentro de sí una parte grande y trascendente de mi historia, por lo que su muerte se llevaría el espejo en el cual verme, la memoria en la cual reconocirme, algo de afecto, creo que mucho, pero qué importaba la cantidad cuando uno ha perdido tanto. Los ojos se me llenaron de lágrimas y me lancé decidido por la tirolesa amarga de la autocompasión. Pobrecito el Lele, pobrecito yo, pobrecitos todos.

Se despertó a las siete. Preguntó si yo estaba ahí. Le contesté que sí y eso pareció gustarle: dijo “bien, bien”, y se bajó de la camilla a oscuras, avanzó como si viera, prendió la luz de un manotazo y salió. Yo agarré del suelo los dos capotes y lo seguí. Afuera ya no llovía pero todavía había mucha agua acumulada en las calles. El cabo Rinaldi, que había pasado la noche esperándonos, nos llevó al colegio. Desayunamos en silencio un pedazo de pan viejo y un mate cocido. Lo único que me dijo fue que me quedara en casa a descansar un poco, pero que a

las once me quería de vuelta porque iba a anunciar cosas importantes.

—¿Qué cosas? —le pregunté.

—Nada, nada, vos despreocupate, andá a dormir que tenés mala cara. Pero poné el despertador a las once menos cuarto, eh. ¿Tenés despertador, Jorge? ¿Le quedan pilas todavía o mando a alguien a que te vaya a golpear la puerta?

Le dije que sí tenía despertador y que andaba perfectamente y que no mandara a nadie. Él sonrió, me palmeó la cara y se fue, encorvado, sucio, muy diferente del que vería llegar a las once y cinco al patio del colegio. Porque apareció vestido de saco y corbata, y con la cara con un leve sarpullido rojo, seguramente por una afeitada rápida con agua fría. Se paró frente a un micrófono de pie, lo golpeó con la punta de un dedo para verificar si estaba encendido y, cuando escuchó que el “tic, tic” se reproducía amplificado por los parlantes, dio vuelta la cara para carraspear y aclararse la voz. Cruzamos miradas. La de él era neutra: no pude entrever qué le pasaba por dentro en ese momento. La mía, supongo, le habrá parecido la de un hombre desconcertado ante tanta incertidumbre.

No hubo preámbulo. Fue directo al punto y habló con las modulaciones y las pausas de un político en campaña. Dijo que la enfermera Anahí Torres había muerto ahogada al caer dentro de una alcantarilla durante el pico de la tormenta, la noche anterior, cuando se dirigía al hospital a

tomar su turno de guardia. Que el cuerpo sería cremado siguiendo los protocolos y que la urna con sus cenizas iba a ser enterrada en el solar de la iglesia junto a los demás mártires. Dijo, también, que acababa de recibir una notificación del gobierno central sobre el envío urgente de dos barcos. Repitió “dos barcos” con deliberada lentitud e hizo una pausa para ver el efecto que causaba la noticia entre la gente. Lo que seguramente vio, o al menos lo que vi yo, fue una especie de estremecimiento que provocó que todos, absolutamente todos, pegaran un respingo o se dieran vuelta o murmuraran algo: reacciones corporales breves e instantáneas en personas que, hasta ese momento, habían permanecido inmóviles como estatuas. Yo busqué con la mirada al Perro Collavini, el Perro Collavini buscó con la suya el piso abaldosado. Dos barcos, dijo por tercera vez el Lele, que traen víveres, municiones, ropa y combustible suficientes para reanudar de manera inmediata la plena operatividad de la guarnición. De acá no nos mueve nadie, gritó, y el micrófono rechinó con un acople. Ahora más que nunca, siguió, resulta necesario respetar el protocolo de seguridad: todo aquel que sea visto en las calles sin función alguna después del toque de queda será inmediatamente detenido y puesto a disposición del gobierno. Y recordó que las faltas graves podían ser castigadas con la pena capital tras un proceso sumarísimo. Luego agradeció a todos el compromiso y el esfuerzo, pidió disculpas por las dificultades generadas por el

raconamiento y los liberó para que volvieran a sus tareas habituales.

Las filas se rompieron con un murmullo apagado. Una de las chicas de la cocina, que hasta ese momento había logrado controlarse, se largó a llorar. No, no, no, gritaba, y se encogía bajo el abrazo de un compañero que intentaba calmarla con palabras al oído. El Lele se dio media vuelta y salió del edificio, seguido por Uzín. Kadijevich, al que hasta entonces yo no había visto, se dirigió hacia donde estaba la chica de la cocina, la tomó de las manos y comenzó a hablarle en voz baja. Los dos desaparecieron pronto de mi vista, ocultos por una ronda de soldados y civiles. Me di cuenta en ese momento de que existía un pulso que el Lele jamás había medido o que, en todo caso, desestimaba: el de esa masa de hombres y mujeres sin más ambición que salir viva de ahí para cobrar un dinero. Una sustancia inestable como la nitroglicerina que agitábamos con desprecio y que podía hacernos volar en pedazos ante un nuevo sacudón.

Veintitrés

Se agita y se retuerce sobre mí, las costillas se le pegan a la piel, los pechitos se elevan —tan diferentes son a los de ella, tan diferentes—, se muerde el labio inferior, el pelo se le derrama sobre la espalda porque no se lo ata como la otra —tan libre el pelo, tan libre Mónica, tan feliz yo en ese instante—, el sol de noche lleno de querosén y encendido al mango, su luz que ahuyenta a la noche y a los miedos, y que ahuyenta también a las mil Éricas de la pared, retratos de un monstruo conjurado por este fulgor ocre y sobre todo por Mónica, que me ha dicho antes de montarme que soy un hombre bueno, el mejor que ha conocido en su vida y que gracias a mí el encierro en Pompeya tiene otro sentido, ya no es sólo la plata y el sueño de volver a Gallegos y comprar un departamentito, también es el amor, porque te amo, Jorge, te amo, te amo.

Estamos sentados en la terraza, la botella de Johnnie en el piso, los bichos cantan su lamento desde el otro lado del Riachuelo y no me dan pena ni miedo, sus gemidos se han vuelto un sonido desprovisto de significado como la música de un gato que camina sobre el teclado de un

piano. Se lo digo, sonrío y me acaricia la cara. Estoy seguro de que no me entiende o de que no le interesa pensar en esos términos, ella es simple y eso también la hace distinta, y en ese preciso momento, cuando encuentro únicamente el lado ventajoso de las diferencias, veo que se pone de pie, camina unos pasos, estira sus brazos hacia el cielo hasta que su cuerpo de gimnasta queda perfectamente recto como una vara clavada en el piso, lentamente comienza a arquearse hacia atrás hasta tocar el suelo con las palmas de las manos y formar un abanico abierto en un ángulo de ciento ochenta grados, prodigio que desarma en el acto, como si alguien le hubiera activado un resorte invisible, las piernas vuelan hasta aterrizar del otro lado, y el cuerpo recupera la posición original, la espalda derecha y los brazos en alto, y ella agradece mi aplauso con una reverencia teatral, corre, se sienta sobre mí y me besa cortito en la boca mientras el cantar de los bichos se convierte en una melodía atroz.

Estoy callado, encerrado en mí, siniestro, a veces me pasa, a veces me pasa cuando estoy con Mónica, cuando pierdo en la comparación, cuando me doy cuenta de que no es igual, de que no puede ser igual, y que ser lo que es no le alcanza, que los dos somos poca cosa y en la suma no hacemos uno. Entonces me pregunta qué tengo, y no se lo digo, y ella, en vez de insistir hasta arrancarme la verdad, tal vez porque la intuye, pega el volantazo, sale de la zona de incomodidad y trata de divertirme contándome

chismes de la guarnición. Me habla, entonces, de un loco que anda por estas calles desoladas consolando gente, la va de pastor evangélico, dice con sorna, vino a verme el otro día, me tomó de las manos y me miró fijo a los ojos, me pidió que abriera mi alma al arrepentimiento, Mónica lanza una carcajada, para mí que me quiere coger, dice, y suelta un nombre, un nombre absurdo, vacío, que recién ahora se vuelve revelador, ahora que resulta demasiado tarde, ahora que Mónica es un montoncito de cenizas enterradas bajo el barro.

Veinticuatro

Golpeó a las tres y veintidós de la madrugada. Lo recuerdo bien porque miré el reloj. Yo estaba despierto y en ascuas por el batifondo de afuera. Abrí la puerta sin preguntar quién era. Ya lo intuía. El Lele estaba empapado y encogido por el frío. Lo hice pasar. Prendí el sol de noche y nos sentamos en la cocina. Me pidió un toallón. Se lo di. Le pregunté qué carajo estaba pasando. Y me contó todo con ojos de loco y un espíritu confesional que jamás había tenido sin whisky de por medio, al menos no conmigo.

Me contó que habían ido a despertarlo a las dos y media. Lo primero que hizo, antes que nada, fue llamarme con un hilo de voz y tantear el piso con un pie desnudo a ver si tocaba el colchón de las visitas.

—Pensé que estabas ahí —me dijo—. Se me ocurrió que el día había empezado de nuevo como en esa película de la marmota que tanto me gusta y por eso me costó reaccionar a los golpes en la puerta y a los gritos de Rinaldi: no tenía sentido apurarse, la enfermera ya estaba muerta en la alcantarilla, eso no lo cambiaba ni Dios, y

esta vez yo ya sabía lo que tenía que hacer, para qué lado rumbear, entonces correr era al pedo, y aunque no toqué el colchón, aunque no me respondiste, me di vuelta igual y me volví a tapar y cerré los ojos y me fui mentalmente cuatro o cinco segundos, hasta que escuché bien lo que me gritaba Rinaldi y me di cuenta de que no era la misma madrugada.

Respondió que ya iba. Prendió la linterna, fue al baño, tosió, escupió una flema y metió la cabeza bajo el chorro de agua fría para despabilarse. Mientras se secaba frotándose fuerte con una toalla, abrió la puerta y le pidió al cabo que empezara de nuevo, porque en el fondo le costaba creerlo.

—Y Rinaldi que me repite todo, ahora sin gritar y con el mentón medio tembloroso: la guardia de la Puerta Oeste desapareció, señor, entera, enterita, no encontramos ni uno. ¿Vos te das cuenta? Tres soldados profesionales que se hacen humo en el medio de la noche y dejan desprotegido un acceso de la guarnición. Esto superaba por lejos lo de las dos pibas.

La lluvia había vuelto esa madrugada, porfiada, pero como una cortina delgada e incansable, sin estruendos ni remolinos de viento, solamente agua cayendo casi de manera tonta.

—En la puerta del colegio me di cuenta de que había dejado el capote en la habitación, pero la verdad es que no me daba para volver a buscarlo ni para aceptar el de Rinaldi. Hubiera sido un signo de flaqueza, viste, Jorge, si

todo se estaba pudriendo no me podía andar fijando en una mojadura más o menos. Cuando estábamos llegando a la esquina de tu casa casi le digo que doble en la 22 para pasar a buscarte, pero me arrepentí. ¿Qué tenés que ver, Jorge, con todo este quilombo? Además, no te enojés, de vos no podía esperar otra cosa que un testigo mudo, una oreja para descargar la bronca, y yo andaba necesitando a alguien con huevos, un canalla capaz de aportarme la brutalidad que, para qué te voy a engañar, a veces me falta.

Antes de llegar empezaron los tiros. Eran soldados disparando desde la almena hacia el otro lado en ángulo muy cerrado. Se bajó del jeep, subió a lo alto de la muralla con un miedo padre de patinarse en la escalera empinada y hacer un papelón. Cuando llegó arriba ya tenía la ropa mojada. Odió eso y se cagó en el clima y en la vida que parecía ensañarse con él.

Los soldados dejaron de disparar por orden de Uzín. El Lele se asomó. Uno le alumbró abajo.

—Casi largo las tripas, te juro, era impresionante. Una jauría de bichos chapaleando entre carne rota y sangre ennegrecida por el barro.

No se veía bien, pero alcanzó a distinguir una pierna enfundada en un pedazo de pantalón militar. El borceguí colgaba del tobillo por los cordones. Le faltaba el pie. Uzín no pudo contener la desesperación de sus hombres, que se pusieron de nuevo a disparar sin que nadie se los ordenara, como si sobraran las municiones o como si los

barcos con pertrechos fueran a llegar al día siguiente.

—¿Qué les iba a decir? ¿Que pararan porque no había hablado con nadie, que lo de los barcos había sido un verso para tranquilizar a la gente, una mentira política para poner a la defensiva a los enemigos? Además, no podía mostrar la hilacha, no ante los conspiradores, porque ya no tengo dudas, Jorge, escuchame bien, los que conspiran están acá, no en Gallegos, y ellos mataron a las dos minas y tiraron del otro lado del muro a los tres soldados sólo para sembrar el terror y desestabilizarme.

En eso llegaron más hombres, unos veinte, bajo el mando de Kadijevich, que también estaba sin capote. Al tipo parecía no perturbarle la lluvia que le adhería el uniforme al cuerpo ni la carnicería que había ocurrido del otro lado, y al Lele le jodió esa pose de héroe inmovible. Me lo confesó con una envidia que nunca pensé que él, tan seguro siempre, pudiera sentir. Envidia y temor, porque sin decírmelo, me bastó con mirarlo a los ojos para entenderlo, supe que en ese instante había descubierto quién era su némesis y el enorme poder que tenía.

Con el coronel llegaron también dos blindados M 113 que se ubicaron de frente a la puerta, uno al lado del otro, cubriendo todo el ancho. Kadijevich le ordenó a Uzín que abriera. Uzín dudó. ¿Para qué? Los cuerpos, vamos por los cuerpos, es nuestro deber, ustedes cúbrannos desde arriba. Alguien activó el mecanismo. Las dos hojas de acero se separaron y las ametralladoras de los M 113

empezaron a escupir plomo pesado contra la masa de bichos que se les iba encima. Los blindados avanzaron lentamente y detrás de ellos, los soldados de Kadijevich, atortugados bajo el hule y la noche.

—Era tan absurdo, Jorge. Una operación así, de enfrentamiento abierto como no la había habido desde los días de la reconquista, solamente para salvar jirones de carne, pantorrillas peladas a los mordiscones como una tira de asado... Yo nada más miraba sin saber qué hacer y tosía tratando de que nadie se fijara en mí. Lo mío no es la guerra, ni siquiera esta guerra, lo mío es otra cosa que acá ya no existe, la alquimia del chanchullo, la pulseada berreta del café en un sótano del poder, no el terror, no el terror...

Un helicóptero, el primero que volaba después de mucho tiempo, arrasó con fuego graneado la retaguardia de los bichos, lo que facilitó que los blindados y los hombres de Kadijevich regresaran al perímetro con los restos de los guardias.

—Tendrías que haberlos visto. Se pusieron a gritar como si hubieran salido campeones de algo. Eran aullidos más que gritos, uuuuhhhh, aaaahhhh, y sacudían las ametralladoras y los puños, y sólo pararon cuando Kadijevich levantó un brazo, porque apenas necesitó eso, ni un gesto más ni una palabra, y una vez que todos se callaron, se acercó a los pedazos amontonados, entrelazó los dedos y se puso a rezar.

Me dijo el Lele que sintió muchas cosas raras. Sintió

que el silencio se convertía en una campana de hierro sobre la que repiqueteaba, asordinada, la lluvia idiota. Sintió que él mismo se volvía invisible, innecesario, fantasmal, y que la súbita quietud instalada por Kadijevich lo expulsaba. Bajó de lo alto de la muralla sin que nadie le prestara atención. El cabo Rinaldi no le devolvió la mirada. Los ojos de todos, y los de Uzín también, los de Uzín también, subrayó como quien se siente traicionado, habían sido atrapados. Hizo el camino de memoria. El paredón a la derecha, las casas tapiadas o destruidas a la izquierda. Dobló en Luppi y llegó acá. Y golpeó. Y yo le abrí enseguida. Y me contó todo lo que estaba pasando, sentado en la cocina y tiritando bajo un toallón que apestaba a humedad.

Veinticinco

Si Lazbal lo pensó de verdad y no fue un apriete, se equivocó fiero. Yo no lo habría hecho así. Primero y principal, porque hubiera necesitado dos atributos que no tengo: la sangre caliente de los hombres con amor propio y los reflejos asesinos de un tiburón. Pero yo soy un pelotudo, esa es la coartada que me aleja de toda sospecha y la que, al mismo tiempo que me salva, me humilla, me hunde todavía más en la mierda de mi vida. Me asombra que Lazbal haya pensado alguna vez que discutimos en casa, que la maté ahí mismo, que la enterré en el fondo. Eso demuestra que nunca supo bien cómo soy yo y menos aún cómo era ella. Ahora que me siento absolutamente libre (nadie es más libre que un condenado a muerte), ahora puedo animarme a pensar cómo lo habría hecho, no como un entretenimiento para pasar las últimas horas sino como una forma de indagar en lo peor de mí, en ese deseo reprimido que ni siquiera he podido sacar en sueños.

Érica me dice lo de la Universidad de Rennes. Se va en dos meses y me deja solo como si yo fuera una mascota a la que se le tiene bastante cariño pero no el suficiente

como para incluirla en su plan. La sorpresa me agarra desprevenido. Por qué en este momento, pienso, por qué justo cuando te siento más cerca que nunca, y entonces me sublevo con un tonito apenas más alto que el habitual, la frustración expresada a través de insultos de bajo calibre, como si ya me sintiera perdedor desde el vamos. Y ella que lo intuye y que me bloquea con su irremontable superioridad: no me obligues a dejarte ahora, te amo a mi modo y este es mi modo, contarte sin anestesia que te voy a abandonar en dos meses, que no voy a verte nunca más, que voy a poner la distancia de un océano para cortar definitivamente mi historia con vos, porque vos sos el bicho del que debo huir, la peste que me amenaza, vos, Jorge, tan mediocrito, tan sumiso, tan pegado a mí que me asfixiás, dos meses más, tomalo como un premio consuelo, la gracia que sí puedo concederte, no la de llevarte conmigo, que a tanto no llega mi misericordia.

Lo que dice y lo que interpreto que dice, el aguijón con el virus que se esparce dentro de mí lentamente, no hay fiebre, no hay angustia, apenas el aturdimiento que uno puede sentir ante una amenaza tan grande, tan desconocida, tan inesperada, que escapa al entendimiento y por lo tanto pierde su condición de tal. Ella se pone el bolso al hombro, nos subimos al auto, emprendo el camino hacia Palermo Aike sin palabras, sólo la música de The Killers, “A Dustland Fairytale” a todo volumen, ella imperturbable, “Runaway”, y el diálogo, que no sé si

existió o si lo inventé, por qué Rennes, no te lastimes, Jorge, yo no valgo tanto. El punto de quiebre. No por la respuesta, sino por la evolución del virus, que a esa altura ya se multiplicó por un millón en mi sangre y me contamina con un odio nuevo. No bajo en la primera entrada. Sigo. Ella me pregunta a dónde vamos. A un lugar mejor.

Sigo.

Sigo.

Sigo hasta alejarme lo suficiente, hasta que el desierto se vuelve un desierto absoluto, hasta que siento que ya está bien, que es hora de parar, el termostato del odio indica el punto justo, y salgo del camino y manejo a los tumbos por ese pedregal horrendo y busco un lugar donde detenerme, acá, digo, acá vamos a estar tranquilos, y ella, que no concede nada, tampoco concede la sorpresa o el desagrado, y baja conmigo, y sacamos del baúl las dos sillitas, y las armamos, y nos sentamos a leer ante el milagro del aire tibio y la brisa suave y el río a unos pasos, la medianía excepcional de un clima que nos ha acostumbrado a las peores furias pero que ahora nos regala una tregua maravillosa. Yo me levanto con una excusa cualquiera, abro de nuevo el baúl, saco el matafuegos, la sorprendo por la espalda, ella con el cuello desnudo por el pelo recogido en un rodete en la nuca, apenas inclinada en la lectura, absorta, indefensa, un cisne inocente, y le pego hasta destrozarle el cráneo y que los sesos de su inteligencia me manchen las manos y la ropa,

y lo que sigue ya no importa, porque no habrá cadáver enterrado ni limpieza de rastros ni la invención de coartadas para ganarle el juego del gato y el ratón a la Policía. No lo habrá porque lo único importante ya está hecho. He matado al fuego.

Veintiséis

Se enfocó en lo suyo: el conciliábulo, la rosca. Se dedicó a evaluar estrategias, calcular riesgos, a galvanizar lealtades históricas, a restañar heridas, a prometer, a mentir, a ocultar. Eso hizo, por fin, bajo un sol tremendo que evaporaba los charcos. Yo lo miraba desde lejos, como desentendido de la gravedad del momento y de la importancia de sus gestiones, y él tampoco hacía demasiado para sumarme a su cruzada. Tosía flemas que escupía disimuladamente en un pañuelo cuando estaba con gente o en el piso cuando no lo veía nadie o el que lo veía era yo. Gargajos que pintaban feo, porque eran espesos y oscuros, pero que no llegaban a inquietarlo, lo sé, porque en la jungla de preocupaciones que se le había vuelto la vida representaban, como mucho, una amenaza a largo plazo y el Lele se estaba jugando la vida en ese mismo instante.

De mí se olvidó. Tal vez, como me había confesado esa misma madrugada entre chuchos de frío y una flojedad que jamás antes se había permitido, porque yo no iba a poder darle lo que necesitaba. Sólo me dijo que a la noche

me quedara de guardia en casa, que estuviera atento porque la quería para un trabajito. No aclaró cuál y tampoco le pregunté, porque yo ya estaba entrando en esta especie de embotamiento que me difumina la noción de lo real y de lo ficticio, una maldita duermevela que no sé si se debe a la resignación, al hambre o a qué.

Llegó a las doce menos cinco. Así marcaba el reloj despertador, que todavía anda aunque nunca le haya cambiado las pilas y que, me parece, seguirá funcionando un tiempo largo más cuando todo esto termine y sólo seamos trazos de un enigma dibujado con tripas sueltas. Alumbré el camino a la puerta con la linterna y la apagué apenas abrí y los vi. Dos soldados traían a alguien con la cabeza enfundada en una bolsa negra y las manos atadas por la espalda. Yo los conocía: eran Olivares y Barufaldi, famosos en la guarnición porque jugaban muy bien al fútbol, uno de nueve y el otro de siete, los mejores en los campeonatos internos que se organizaban para divertir a la tropa.

Primero entró el Lele, después Olivares y Barufaldi con el encapuchado y por último Uzín con una linterna encendida y una bolsa colgada al hombro. Afuera quedaron más hombres, a los que Uzín —antes de cerrar la puerta— les dio una orden que no llegué a escuchar. El Lele se metió en el cuarto vacío que había sido el estudio de Érica; fue directamente hacia él, como si esa decisión la hubiera tomado un millón de años antes y, de tanto repensarla, se le hubiera transformado en un movimiento

instintivo. Los demás lo siguieron.

El Lele me pidió una silla. Se la llevé y le pregunté si necesitaba el sol de noche. Me dijo que no, que si todavía tenía querosén no lo derrochara, que él se podía arreglar lo más bien con la linterna y que algunas cosas se hacían mejor con poca luz. Me dijo también que me fuera a la terraza, que me mantuviera al margen. Todo mientras sentaban por la fuerza al encapuchado y lo ataban a la silla con una soga que no vi de dónde había salido, tal vez de la bolsa de Uzín.

—Tapate los oídos, Jorge, ponete bollitos de algodón, olvidate de que nosotros estamos acá, no quiero que veas ni escuches nada. Es por tu bien: quiero dejarte afuera de todo esto porque llegó la hora de jugar fuerte, no hay medias tintas, son ellos o nosotros, ¿me entendés?

Le dije que sí, que entendía, pero en verdad no entendía nada. Podía, vagamente, discernir el alcance del bando en el que me había puesto y en el que estaban Uzín, Barufaldi, Olivares, los soldados de afuera, acaso también Pildorita Ros, porque creía recordar que, como yo, le debía favores. Del otro lado, seguro, Kadijevich. Pero no tenía la menor idea de quiénes completaban el bando enemigo, si estaba o no Schamberger, por qué nos enfrentábamos realmente, cuál era el objetivo a tomar, el botín de guerra, la página de la Historia que recordaría nuestro triunfo si ganábamos, el escarnio que nos esperaba si perdíamos. Por eso me quedé en la cocina: necesitaba saber algo, lo mínimo. Me senté en la única

silla que quedaba a esperar, a escuchar.

¿Vas a cantar, pelotudo, o la vas de héroe?

Chasquidos. Chasquidos de trompadas sobre un cuerpo que no ofrece resistencia. Que sólo suelta un gorjeo de boca amordazada. Toses.

Qué lloriqueás, la concha de tu madre.

Golpes. Golpes sobre carne que se rompe, sobre hueso que se rompe, huesos quebrados que suenan como madera.

Mejor que ladres, perrito, o de acá no salís vivo.

Otro gorjeo y, de pronto, la voz de Collavini ya sin mordaza, que reconocí pese a las deformaciones del pánico y de la boca lastimada, rogando clemencia, diciendo que no sabía un carajo, que las comunicaciones estaban cortadas y que él había tratado de restablecerlas como podía. El Lele lo mandó a la puta que lo parió, largó un gargajo profundo y le dijo que todavía no había empezado, esto es el aperitivo nomás, ahora vas a ver traidor de mierda, y lo volvieron a amordazar porque escuché de nuevo el gorjeo lloroso y luego, dos minutos después, un alarido ahogado por el trapo, largá si no querés sufrir más, perrito, o vas a terminar del otro lado del muro morfado vivo por los bichos, aunque a vos no te vamos a soltar entero, ya te sacamos una uña, después te vamos a sacar otra y así hasta llegar a los huevos.

Fue un encadenamiento de amenazas, de piñas, de arcadas, hasta que Collavini (la cara como un bife de hígado crudo, la boca desdentada, los dedos chorreando

sangre, así lo vería más tarde) capituló una confesión de aliento entrecortado por el dolor. Nombres sueltos y datos confusos que parían otros más claros pero no tanto, alumbrados precipitadamente por el miedo a nuevas mutilaciones. Y yo en la cocina, uniendo los fragmentos.

Kadijevich.

Un plan.

La caída de Buenos Aires.

La fuga a Uruguay.

Un golpe militar, luego, en Gallegos.

¡Hijos de puta, hijos de puta!, gritó el Lele. ¿Quiénes?
¡Hablá, mierda!

Los Puros, dijo Collavini en un suspiro, y el Lele lo apretó por nombres, y Collavini repitió, nosotros, los Puros.

El Lele le exigió detalles.

Un buque con provisiones retenido desde hace semanas.

Las comunicaciones.

Todo armado, todo armado.

¿Los muertos también?

Silencio.

¿Las pibas?

Silencio.

¿Los soldaditos?

Silencio.

¡Te mato, hijo de remil putas! ¡Hablá o te mato acá!
¿Los muertos también?

Silencio.

Dale, nene, dale con todo, dale y que sufra.

Un grito largo, animal. Un grito en el que, por primera vez, el odio perforaba al dolor y al miedo. Y al que le siguió un silencio pesado que pareció llenarlo todo por unos segundos.

Despertalo, dale, tirale agua. Vamos, perrito, no te caigas ahora, largá o vas a sufrir más, te juro, mucho más. Decime: ¿los muertos también?

Toses. Una escupida viscosa. Un lamento de nene.

¿Los muertos también, la puta padre?

También. Armado. Pompeya. La vergüenza. Ustedes, corruptos de mierda. Pero se termina, se termina.

Cuándo. ¡Cuándo!

Silencio.

Un chasquido.

¿Schamberger está metido? Contestá, mierda.
¿Schamberger está metido?

No hubo respuesta. O sí la hubo, pero habrá sido un negar con la cabeza que, sospecho, lo desilusionó.

Veintisiete

Esa noche llegué tarde a casa, esta casa. Había luz en el estudio de Érica. Me asomé: la lámpara del escritorio encendida, la computadora activa pero en modo “ahorro de energía”, la silla giratoria mirando a cualquier lado. Fui a la cocina. Una bolsa vacía de la farmacia Bergandi en la mesa. Escuché el depósito del baño. Enseguida apareció Érica con una caja pequeña de color violeta y algo que se parecía a un palito. Me besó en la mejilla y tiró todo al tacho de basura.

—Falsa alarma, por suerte —dijo con alivio, pero como se dio cuenta de que yo no entendía de qué me hablaba, aclaró—. No estoy embarazada, no vas a ser padre.

Me preguntó si tenía hambre y se ofreció a calentarme un poco de guiso de lentejas que había sobrado de la noche anterior. Le dije que sí. Me senté y ella puso la mesa mientras me contaba con alegría que iban a publicarle un artículo en la revista de estudios sociales de una universidad inglesa bastante prestigiosa. La dejé hablar aunque no me interesaban un carajo sus proezas académicas. Mi mente estaba en otro lado y esa lejanía

transformaba su voz en un ruido distorsionado y molesto. Comí dos cucharadas de guiso. Me costó tragarlas. Alejé el plato. Me serví vino en un vaso y lo tomé de una, hasta el fondo, para llenarme la boca con otro gusto. Érica se había sentado frente a mí y jugaba a doblar en pliegues muy chiquitos la bolsa de plástico de la farmacia. Le busqué la mirada.

—No sabía que tenías un atraso.

—Bueno, no son cosas que una ande diciendo alegremente por ahí.

—Pero sí te preocupaste en decirme que no iba a ser padre.

—Porque me viste con el Evatest en la mano.

—Para mí no es una suerte no ser padre.

—No otra vez, Jorge.

—No otra vez como si lo hubiéramos discutido antes.

—Es que no hay nada por discutir. Ya lo sabías desde el primer día, es inútil hablar del tema, nada cambió.

—¿Yo no cuento en todo esto, eh?

—Es una decisión que va más allá del amor que siento por vos, entendeme.

—¿Qué querés que entienda? Decime dónde mierda está ese más allá porque yo no lo conozco. Dejame adivinar: ¿en Simone de Beauvoir y la maternidad como una servidumbre a la especie y al macho? Sí, lógico, y como vos sos tan feminista, tan libertaria...

—No seas boludo, querés, y escuchame bien: te hablo de otra cosa más simple.

—¿Cuál?

—Le tengo miedo al dolor.

—Qué decís, no seas ridícula...

—Me espanta el dolor, Jorge.

Érica abandonó su origami de plástico. Estiró una mano por encima de la mesa para tocarme pero no se animó y la dejó en el camino. Me volvió a pedir que la escuchara, que la entendiera, extraña fisura en su blindaje que yo no alcanzaba a disfrutar porque estaba demasiado encerrado en mí. Me dijo que le tenía miedo al malestar de los vómitos, a la deformidad de la panza, a la peridural, a sentir que algo la desgarraba por dentro, al pujo, pero también a dejar de ser ella y empezar a ser ella y algo chiquito que le secaba las tetas, que no la dejaba dormir, que la llenaba de preocupaciones tan mínimas como la papilla, las vacunas, los pañales cagados, el colegio. Tengo miedo de ser absorbida y transformada, me dijo Érica aquella noche, en esta misma cocina, mientras se levantaba a tirar el guiso que yo no había comido y se ponía a lavar los platos. Tengo miedo, vuelve a decirme ahora, que se me aparece traslúcida como un holograma para sumarse al coro de fantasmas.

—No es por vos, Jorge, no es por vos, es por ese bicho creciéndome adentro...

Veintiocho

Prendí el sol de noche dos o tres minutos antes de la confesión de Collavini. La oscuridad, de pronto, se me había vuelto una masa pegajosa y asfixiante, y necesitaba espantarla. Luego, la puerta, pasos. Todo demasiado rápido e inesperado. Habrá visto la luz y vino. Se asomó. Yo estaba sentado como en misa; las rodillas juntas, la espalda recta, las manos entrelazadas sobre los muslos. Seguramente lo sorprendió esa gestualidad fuera de lugar.

—¿Estuviste acá todo el tiempo, Jorge? Mirá que sos cabezón, eh. ¿Escuchaste? ¿Viste qué hijos de puta? ¡Un golpe de Estado, milicos de mierda, no aprenden nunca! Ahora resulta que son los Puros, los dueños de la virtud. ¡Mataron a cinco y la van de buenos!

Un ataque fuerte de tos lo dobló y corrió a escupir a la pileta. Le costó recuperar el aliento. Les gritó a los soldados, sus soldados, que ya iba. Volvió a mí. Susurró para que no lo oyeran.

—Ahora sí haceme caso, querés. Encerrate, apagá la luz y guardate bien hasta que todo haya terminado. Te dejo a Collavini un rato, después lo vengo a buscar.

Después, cuando tenga de los huevos a ese hijo de puta de Kadjevich. Collavini no te va a traer problemas porque está bien atado y no quiere más de la biaba que le dimos. Te dije que iba a correr sangre y no será la nuestra, Jorge, será la de los Puros o los Putos o como mierda se llamen. Y una vez que los haya hecho cagar, hasta Schamberger me va a chupar la pija porque voy a ser mucho más que el interventor de lo poco que queda de Buenos Aires, voy a ser el salvador de la democracia, y en el ajedrez del poder eso es como jugar con tres damas, catorce alfiles y una poronga así de grande.

Se sonrió. Me palmeó la cara con una mano manchada de sangre. Fue una caricia rasposa, de un cariño viejo que olía a suciedad. No sé qué hice yo. Si reaccioné de alguna manera, si respondí con una mueca o con una palabra de compromiso. Probablemente me haya quedado quieto. Es extraño: de ese momento tengo una enorme conciencia de lo exterior, pero no tanto de mí, como si hubiera sufrido una amnesia selectiva para sentirme más inocente, menos cómplice. Un mecanismo que exonera buena parte de mis pensamientos y de mis actos, pero no los del Lele. Por eso recuerdo bien la broma que hizo después de tocarme la cara: el cosito de arriba del tálamo me está bombeando a lo loco, dijo, y le salió una risa acatarrada. Fue la última vez que lo vi.

Veintinueve

Me pregunto quién de los dos se habrá sentido más atado al otro. Porque ella me buscó. Yo había dejado la facultad el año anterior y estaba haciendo un curso de periodismo en una academia del centro mientras trabajaba como celador del turno mañana en la Medalla Milagrosa. Llevaba meses sin verla ni hablarle. Casi que ni pensaba en Érica, lo juro. Empecé a firmar notas en el diario, dos o tres por mes, como colaborador ocasional. Eso me tenía entusiasmado. No andaba con ninguna mina y si no pagaba, no cogía. Me gustaba una diagramadora del diario. Se llamaba Nancy. Me acuerdo que tenía los dientes desparejos y algo salidos para afuera, pero también un culo lindo y paradito, y sabía cómo moverlo para que todos en la redacción se relamieran. Yo iba de tanto en tanto a llevar sumarios o a cobrar y me limitaba a mirarla desde lejos.

Empecé a conversar con Nancy en el verano, cuando Ameijenda me contrató para una suplencia con la promesa de que me iba a efectivizar apenas se jubilara un redactor de la sección Policiales. El sueldo no era gran cosa, pero

estaba bastante bien para empezar. Además, tenía un beneficio extra: me hacía sentir mejor que Érica y que el Lele. Ellos estudiaban periodismo; yo hacía periodismo, pequeña diferencia. Tenía una credencial con mi foto y una agenda con números de teléfono de comisarios, abogados y funcionarios. Escribía noticias todos los días. Algunas salían con firma y todo.

Nancy era una piba simple: su sueño era diseñar una tipografía que la hiciera famosa y se la pasaba ensayando letras que a mí me parecían todas iguales. A veces nos quedábamos hablando en la máquina expendedora de café. Ella pedía un cortado y yo un café largo. La noche en que Ameijenda me confirmó que pasaba a planta permanente, me la encontré justo a la salida. Fuimos caminando hasta Juan de Garay. Ella tomaba el 4 y yo el 28 en la misma parada. Le conté la buena noticia, me dio un beso y me dijo “esto hay que festejarlo”. Sin pensarlo demasiado, le propuse ir a tomar algo en ese mismo momento a un bar de San Telmo. Me respondió que no, que estaba muerta de cansancio y que al día siguiente tenía que levantarse muy temprano, que mejor el sábado, que ella conocía un bolichito hermoso en Boedo, que ahí la íbamos a pasar muy bien. Volví contento a casa. Un empleo de verdad y un levante de un solo tiro, ¿qué más le podía pedir a la vida?

Un llamado de Érica.

Un llamado que cae de la nada a las once y media de la noche, mientras ceno fideos recalentados a baño maría

mirando la tele, mientras pienso si tengo que despertar a mamá para contarle lo de mi nombramiento, mientras me emociono imaginando qué diría papá de mi progreso si viviera.

Atiendo algo distraído.

¿Jorge? ¡Érica, tonto! ¿Ya no me reconocés la voz? ¿Tenés algo que hacer este sábado? Estreno departamento. No, qué voy a comprar. Alquilo. Quiero que vengas a cenar. Vi una nota tuya el otro día. La de los piratas del asfalto, sí, estaba buena, eh, te felicito. ¡¿Qué, te efectivizaron, ya?! Guauuuuu... Entonces hay dos motivos para festejar: mi departamento y tu trabajo. Te espero a las nueve, entonces, chau, beso.

Al día siguiente le dije a Nancy que el sábado no podía ir porque tenía un compromiso familiar. Eso significa que, entre las dos, elegí a Érica. Porque no tenía tan buen culo pero era mucho más linda. Porque su inteligencia me obligaba a vivir en puntas de pie para no quedar rezagado y eso, por entonces, todavía no me hacía daño, al contrario, representaba un desafío estimulante. Porque conquistarla era como clavar una bandera en la cima del Everest.

¡Estaba tan contenta Érica con ese departamentito de mierda de Corrientes y Medrano! Tenía decenas de libros y carpetas con apuntes amontonados en bibliotecas improvisadas con ladrillo hueco y tablas, lámparas chinas de papel que atenuaban la luz, y un tapiz peruano con el calendario inca en la cabecera de la cama, que no era

cama sino apenas un colchón sobre el piso de parquet gastado. Todo muy hippie.

Yo llevé una botella de vino blanco que ella agradeció con un beso y un qué rico, pero para la cena trajo un tinto porque, según le había dicho un amigo *sommelier*, maridaba mejor con el *risotto al funghi* que había copiado del recetario de la abuela. Esa fue la primera vez que me hizo sentir poca cosa. Comimos sentados a una mesa ratona y sobre almohadones. Me detalló las peripecias de la mudanza, dijo que todavía le faltaba algo de tiempo y bastante de plata para poner el ranchito en condiciones (así lo llamó, ranchito), que el trabajo como profesora de inglés apenas le daba para pagar las cuentas y no mucho más, pero que tampoco tenía apuro.

Yo traté de deslumbrarla contándole como propios chimentos de redacción que había oído por ahí o decorando con toques aventureros los logros insignificantes que había conseguido en coberturas también insignificantes, y me pareció que por momentos lo lograba. Nos reímos del Lele, de su fulgurante debut como líder universitario en un programa de televisión en el que había terminado a los gritos con un pibe de Franja Morada.

Me preguntó si me gustaba Caetano. Le mentí. Se levantó a poner música y volvió ondulando levemente el cuerpo como una serpiente encantada. La recuerdo delgada pero ancha de caderas en un jardinero rojo, las tetas explotando debajo, apenas contenidas por una

musculosa blanca, el pelo largo y suelto, pero que enroscaba permanentemente hasta formar una cola que volcaba hacia su lado derecho. Y su sonrisa demoledora, un bisturí láser que podía diseccionar en cuatro segundos al hombre más sólido del planeta, que desde luego no era yo. Se sentó más cerca de mí. Y me habló de su proyecto de tesis, algo sobre el sexismo en el discurso periodístico de los *mass media*, y de la decisión de enfocar la carrera hacia lo académico, de concursar a cargos y no sé qué más.

Con el postre, frutillas con crema (la crema también la hice yo pero, me vas a perdonar, las frutillas no, dijo entre risas), descorchó el vino blanco y lo tomamos todo.

Vos me besaste, o te olvidás. Vos te desprendiste rápido los breteles del jardinero para que yo pudiera levantarte la musculosa y chuparte las tetas. Vos me arrastraste a la cama e intentaste hacer que se me parara durante una hora eterna y terrible, la peor de mi vida, peor incluso que cualquiera de estas horas agónicas, y después no te quejaste cuando acabé como un pendejo con la pija blanda entre tus manos. Será el vino, dijiste, o la sorpresa, o que no te gusto tanto, y me abrazaste y me prometiste que harías el amor conmigo todas las veces que fueran necesarias hasta que lograras ponérmela dura como una piedra, y yo me sentí para el orto con tu consuelo, te juro que hubiera preferido que te cagaras de risa y me dijeras maricón o impotente, pero aun así me quedé y nos dormimos y nos despertamos al mediodía siguiente, y

probamos de nuevo y ahí sí pude, bastante bien pude.

Ser feliz es mentirse, me dijiste muchos años después en Palermo Aike. Yo quiero que sepas que me mentí con vos, que tu amor fue la peste que me llevó a ser el bicho que soy ahora mientras mi vida languidece junto a la luz del sol de noche, sentado como en misa, con los gemidos tan cerca.

Treinta

Puedo imaginarlo. Sale de mi casa corriendo. Arenga con puteadas a los soldados que lo siguen. ¿Cuántos serán? ¿Quince, veinte? ¿Cómo los habrá convencido? Seguramente les prometió ascensos, plata, gloria, y ellos, imbéciles, le creyeron. Pide un arma que no sabe usar. Avanza al frente de un batallón de desahuciados por las tinieblas de Luppi hacia Unidos. No tiene un plan, estoy seguro. No es de los que pierden el tiempo ante una mesa de arena marcando con fichas de colores las posiciones enemigas y diseñando tácticas de ataque. Lo imagino, quiero imaginarlo, apostando ciegamente a la sorpresa, a la prepotencia de la acción furiosa, el pecho abierto que se ofrece a la victoria y a la muerte. Se arriesga a que la moneda que acaba de lanzar al aire, con su cara o cruz, determine el destino de su módica epopeya. Los refucilos neuroeléctricos que lo protegen del pesimismo también lo habrán persuadido de una mentira: que copar el club va ser tan fácil como encañonar a los miliquitos que están de guardia. Confía en Uzín, en lo que él significa para todos ahí adentro. El Lele al frente pero Uzín, como un ángel

exterminador, a su diestra, y los miliquitos van a pensar: si el teniente modelo está del otro lado, en qué lado estoy yo; si él fue capaz de matar a su propio hijo, qué hará conmigo, cuánto tardará en sacarme los ojos con una espátula. Y el Lele debe de creer que ese segundo de duda, de culo cerrado por un miedo súbito, va a ser la llave que le abrirá la puerta a la victoria.

Lo imagino correr, tenso y feliz. La ansiedad, como un redoblante en ese pecho que se le pudre por dentro. El último aliento vital que se abre paso entre gargajos. No ve la hora de lanzarse por los pasillos de Unidos, de sorprender a Kadjevich con la guardia baja, de apoyar la boca del arma que no sabe usar en su frente y de decirle que lo va a juzgar por traición a la Patria, y que el veredicto no será otro que culpable, y el castigo, la muerte por fusilamiento. No ve la hora de que llegue el instante sublime de poner contra el paredón al jefe de los Puros, o los Putos, porque los va a llamar Putos una y otra vez para humillarlos, y acaso decida sumarse a la línea de verdugos aunque nunca haya tirado, aunque sospeche que su bala difícilmente haga blanco en la carne del enemigo derrotado, pero es tanto el odio que siente que hasta debe de pensar que la tos que lo retuerce como una descarga eléctrica es producto de la mala sangre y no de la mala vida.

Corre con la decisión de un loco, con la alegría de un chico, con la convicción de un caballo con anteojeras. Por eso tarda en darse cuenta. Un helicóptero. Un foco que los

ilumina. El Lele y sus hombres al descubierto en la cortada de Luppi, en esa confluencia de callecitas que forma un pequeño campo abierto sin lugar donde guarecerse. El tableteo de una ametralladora pesada. Y de otra. Y de otra. Y de otra. El barrio desierto se anima a su alrededor. Pac, pac, pac, pac, pac. La muerte como una lluvia de plomo bajo la noche clara de primavera.

Quiero imaginarlo heroico, respondiendo al fuego con fuego. Los suyos que se desploman en una coreografía aletargada, la sangre de los demás que manchan sus mocasines de funcionario, el Lele Figueroa como el más duro de todos, más bravo que Uzín y que ninguno, inmortal como el sargento bueno de *Pelotón*, el que nunca termina de caer, el que se sacude con espasmos lentos pero resiste, el que dispara como puede y hacia donde puede, porque ya no se trata de matar ni de vencer, sino de demostrarles que lo sostiene un coraje inaudito, que le cuelgan unos huevos tan grandes que para liquidarlo van a tener que tirar una bomba atómica.

Quiero imaginarlo con una sonrisa en la cara, ilusionado con el bronce, satisfecho porque entiende que de alguna manera ha ganado, mientras en sus oídos el adagio para cuerdas de Barber se impone al sonido fiero de la metralla.

Quiero imaginarlo poderoso y digno, como se soñaba, como nunca fue, como ojalá lo recuerden, el más puro de los impuros.

Treinta y uno

Una vez la cagué con una mina. No hablo de las tres o cuatro putas callejeras con las que intenté consolarme sin resultado cuando ella me metía en el freezer. Hablo de Nancy, la diseñadora, en la fiesta de despedida que me hicieron los compañeros del diario. Fuimos a un barcito feo de Almagro. Sonaba la música que Érica detestaba, cumbia, quarteto, el pop divertido de los Decadentes. Circulaba cerveza berreta, ni Quilmes era, y unas ganas desproporcionadas de emborracharnos y joder. Todo era sobreactuado, no sé por qué. Seguramente por el alcohol y el cambio de escenario. Estábamos mezclados con dos despedidas de soltero y el cumpleaños de cincuenta de una mujer flaquita, de sonrisa nerviosa, que parecía acobardada por cuatro o cinco orangutanes que la habían tomado de punto y bailaban pegados a ella como strippers. Yo, borracho, me sentía el rey de la noche: hacía chistes a los gritos, armaba y desarmaba el trencito del carnaval carioca, en fin, actitudes que hubieran avergonzado a Érica. Luego de un remolino quedé en el medio de la pista bailando con Nancy. Ella acababa de

salir de un matrimonio complicado —el marido la golpeaba, creo— y los esplendores de la primera juventud se le habían ido, aunque conservaba el culo mítico con el que los hombres de la redacción seguían fantaseando. Vos me debés algo, me dijo, poniéndose en puntas de pie para hablarme al oído. Yo supe enseguida a qué se refería pero preferí hacerme el boludo. Nunca fuimos a festejar tu ingreso al diario, siguió. ¿Y entonces? Festejemos tu despedida. Alguien la empujó y ella aprovechó el empujón para tirarse encima de mí y acariciarme la pija por arriba del pantalón. Sentí una calentura brutal e instantánea. Actué sin pensar. La agarré de una muñeca y la llevé afuera casi a la rastra. La besé con hambre. Teníamos un aliento espantoso a cerveza y a empanada, pero también una cuenta por saldar en ese duelo de lenguas ansiosas. Adónde vamos, me preguntó cuando nos separamos para respirar. Esperá, le dije, entré al bar y me acerqué a la barra. Le pregunté a la chica que atendía por un telo que no estuviera muy lejos. Pensaba que cuanto más tiempo tardara en concretar, más chances había de que el remordimiento me aplacara. Valentín Gómez y Billinghamurst, contestó la chica, a dos cuadras de acá. Salí, volví a agarrarla de una muñeca y fuimos al hotel con pasos atropellados.

Tendrías que haber visto lo bien que estuve, querida. Le hice el culo al culo más deseado y me sentí un campeón. Pensé en vos en cada embestida, ya no con miedo sino con odio, puedo, puedo, turra, puedo, y respiré

una extraña sensación de libertad. Te cagué al pensar eso y no al cogérmela, al sentir que soltaba lastre y me elevaba como un globo sobre vos, el Everest con mi banderita mustia flameando en la cumbre. Fue una única y maravillosa vez. No lo intenté nunca más porque no me animé a fracasar y porque estar sobrio y a tu lado me retuvo con su inercia fatal.

Treinta y dos

Después del tiroteo, el aire siguió cimbrando por el helicóptero, que se acercó hasta instalarse en el cielo de mi casa. La luz del foco entró por la ventana de la cocina. Todo se volvió blanco y ruidoso. Por debajo del estrépito del rotor, adiviné gritos en la calle. Me paré y fui hasta la puerta a ver qué pasaba. Supongo que me animó la ilusión de que fuera el festejo de un Lele victorioso, acaso con el cadáver de Kadjevich atado al paragolpes de un jeep y con las tropas leales celebrando el festín de sangre. Era la atrocidad que íntimamente deseaba.

Abrí. Soldados que me apuntaban, linternas cegándome, mi cuerpo fosforescente por las miras láser. Me ordenaron que levantara los brazos. Les hice caso. Me preguntaron por Collavini. Les respondí con un movimiento de cabeza. Entraron y sacaron el cuerpo hecho mierda. Está muerto, dijeron. Tres o cuatro se me vinieron encima, me tiraron al piso, me esposaron las muñecas por la espalda. Uno me puso un pie en la cabeza y empezó a hacer presión mientras me puteaba y me decía que me iba a pasar lo mismo que a los otros pero peor,

porque los cobardes debían sufrir más, mucho más que los agentes del Oscuro, y no entendí si por Oscuro se refería al Lele o a alguien superior que yo no conocía. No podía pensar bien porque el dolor de la suela del borceguí clavada en mi mejilla arrasaba con todo, también con el mal presagio por la suerte de mi amigo.

Escuché que el helicóptero se alejaba y que se imponía la voz seca de Kadijevich. El que me pisaba la cabeza levantó el pie por indicación del coronel. La cara me ardía de los dos lados. Kadijevich me preguntó si estaba bien y me sacó las esposas. Hice fuerza con los brazos para levantarme. Se dio cuenta de que me costaba, me agarró de una axila y me alzó como si yo fuera un muñeco armado con globos, sin peso, pero sobre todo sin voluntad. Me pasó un brazo por los hombros —creo que fue una señal hacia la soldadesca con ganas de venganza más que un gesto de afecto hacia mí— y me llevó hacia el interior de la casa. Sus hombres permanecieron afuera: no se animaron a cruzar el umbral pero dejaron la puerta abierta.

Me desplomé sobre la silla de la cocina. Kadijevich me ofreció agua de una cantimplora. Tomé un trago y me gustó que el agua fuera fresca, como recién sacada de la heladera. Me gustó también el regreso a la penumbra rota del sol de noche. Pero esa sensación de confort duró lo que tardé en sentir que el coronel me tocaba la espalda. Repelí con un breve estremecimiento el mismo contacto físico que segundos antes no me había provocado nada.

La razón fue Collavini. El recuerdo de Collavini, en una silla igual a la mía, una hora antes en esta misma casa, forzado a hablar escupiendo sangre por una boca estropeada, su cuerpo debilitado por el pasmo de la tortura y la inminencia del fin, víctima de una crueldad que superaba largamente la barrera de lo operativo. Me sentí tentado de jurar que yo no era de ningún bando, que no tenía nada que confesar ni había sido depositario de ningún secreto, que yo era neutral, o dicho a lo bestia, que yo era un pelotudo que no se había movido nunca de la cocina, un pobre cristo al que los hechos le habían pasado por delante de las narices sin que pudiera intervenir ni a favor ni en contra, y a poco estuve de rebajarme en un sollozo maricón.

—Tranquilo —dijo Kadijevich, como adivinando, mientras retiraba su mano y se inclinaba paternalmente sobre mí—. No le voy a hacer nada, se lo prometo. Sólo quiero que hablemos como dos hombres de bien. En unas horas, apenas amanezca, nos vamos a ir. En el puerto nos espera un barco que nos llevará a Uruguay. Está todo listo, todo planeado. Venga.

Desprendía un olor a perfume dulce que se diferenciaba del olor agrio del Lele en la despedida y ese contraste absurdo me distrajo un segundo, por eso no le contesté.

—Jorge, usted es un buen hombre —continuó ante mi silencio—. Un hombre inocente manejado por la mente perversa de Figueroa. No tiene que demostrarme nada. Lo hemos vigilado, lo hemos seguido, lo hemos escuchado.

La desgracia de su esposa lo dejó vacío y es lógico que haya buscado amparo en su mejor amigo. Pero no tiene ni una sola mancha. Está limpio. Únase a nuestra cruzada. Vamos a refundar la patria. Más que eso, Jorge: vamos a purificar el alma de los argentinos —se irguió y se alejó hasta buscar respaldo en la mesada—. Usted puede ayudarnos. Alguien más que nosotros tiene que contar la historia.

Yo había llegado hasta ese momento sin abrir la boca y decidí persistir en la parquedad, con la vista fija en un punto ciego, sin otro cálculo que la casuística cabulera, dejándome ganar por la convicción de que el mutismo habría de evitarme el paso en falso.

—¿Me escucha, Jorge? —Kadijevich estiró su brazo izquierdo hacia mí y chasqueó los dedos a la altura de mis ojos; yo casi que no parpadeé.— ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

Me sacó la cantimplora de las manos, bebió un sorbo corto y la dejó sobre la mesada.

—Le propongo un trato generoso: es su vida a cambio de un sencillo acto de franqueza. Que le diga al mundo la verdad sobre este lupanar en el que hemos vivido, la Babilonia pecadora levantada sobre los restos de Buenos Aires.

Lo inusual de dos palabras —lupanar, Babilonia, el artificio de lo arcaico— me llevó a pensar si en verdad existía una operación política de largo alcance detrás del plan de Kadijevich o, lo que me parecía aún más terrible,

si era solamente una alienación colectiva producto de la amenaza de afuera.

—A ver si comprende: podemos hacerlo sin usted. Lo habríamos hecho, seguramente, si se hubiera unido a Figueroa en el patético intento de copar el club. Pero somos militares argentinos y eso no es una buena carta de presentación. Se me ocurre, entonces, que tener un testigo privilegiado, no cualquiera, hablo de la mano derecha del jefe político de la guarnición, puede darnos la credibilidad que acaso se nos niegue. No invente nada. Diga lo que vio: fiestas con putas, alcohol de contrabando, torturas, acá, en esta misma casa, los crímenes que fueron disfrazados de accidentes...

—Sus crímenes —dije, y sentí en el estómago el vacío de quien se tira de un trampolín olímpico.

Kadijevich largó una carcajada.

—Bien, bien, lo prefiero así antes que jugando al autismo.

Se acercó de nuevo. Se agachó hasta quedar más abajo que yo. Me buscó los ojos desde esa posición desventajosa.

—Es el comienzo de una nueva era, en serio, créame. Allá, en el Sur, la revolución de los Puros nos está esperando.

Negué con la cabeza, pero no lo hice a propósito; fue como un reflejo para espantar la idea.

—Si alguien adora a la Bestia y a su imagen, y se deja poner en la frente o en la mano la marca de la Bestia,

beberá también el vino del furor de Dios. ¿Lo reconoce? El Apocalipsis. Parece escrito a propósito.

Se levantó e hizo una pausa para quitarse la gomita que le anudaba el pelo en una cola. Se lo peinó con las dos manos hacia atrás y se lo volvió a atar. No era un gesto que yo hubiera hecho en un momento así. Algo de ese tipo me desorientaba.

—Es un texto hipnótico y efectivo —siguió—. Dos mil años disciplinando voluntades. Con usted no sirve, ya lo sé, por eso le soy transparente: venga, apóyenos, viva. Su futuro, si triunfamos, será luminoso. Lo que pida lo tendrá: un ministerio, una pensión vitalicia. No me animo a prometerle una fecha en el santoral, pero si me apura...

—¿Y cómo sabe que no lo voy a traicionar?

—¿Quiere que le muestre el cadáver de Uzín?

—Nadie más puro que él.

—Y aun así eligió el camino equivocado. Por eso le pido que lo analice bien. Hay tiempo.

Me palmeó la espalda y esta vez no me estremecí. Lo vi salir de la cocina. Me viboreó por dentro un vértigo insólito.

—¿Por qué Mónica? —le grité.

Dio unos pasos alejándose y luego regresó.

—Por puta. Como la enfermerita. Tan pecadoras ellas como los tres soldados de ayer, que vendían por izquierda el alimento que debían racionar.

—Mónica no —murmuré—, Mónica no...

—Usted no era el único, créame. Figueroa también se

la cogía cuando pasaba mucho tiempo sin putas. Pero la habríamos matado igual aun si hubiera sido una monja de clausura. Era el sacrificio que necesitaba la causa.

Me vi saltar de la silla, mis piernas fuertes y rápidas en un latigazo de catapulta. Un tackle a la cintura, y al suelo los dos, yo arriba, con una rabia esclarecida por el deseo de vengar a los muertos, mis muertos, y los puños que caen, como martillos, sobre la cara de un Kadijevich atónito, en una sucesión coordinada, infinita y letal sin que el después importe.

Me vi, te juro que me vi, no es una metáfora.

Me vi bajo los colores mortecinos de esa noche en esa cocina.

Con profundidad de campo.

Sintiendo la materialidad de mi cuerpo.

Sintiendo el impacto.

La sangre caliente y briosa.

El placer virginal de la valentía y el triunfo.

Me vi, te juro que me vi, como antes me había visto abandonándote o matándote o atándote desnuda a la cama, las piernas abiertas, tu concha desguarnecida frente a mi deseo.

Tal vez fue eso, el haberme visto tantas veces en la situación del anhelo imposible que me habré dicho jugátela, forro, por Mónica, por la enfermerita, por los soldados tirados a los bichos, por el Lele, por vos mismo, sobre todo por vos mismo, y lo intenté. Pero lo que ocurrió fue otra cosa, algo parecido pero triste, su versión

en farsa: mis piernas lentas, la embestida blanda, Kadijevich alerta, que me hace pasar de largo como un torero, y el envi3n muta en derrumbe, mi cuerpo humillado destartalándose en el piso, mi cara contra el frío de las baldosas y su voz de profeta en trance llenándolo todo.

—¡Y el ángel de la furia segó con su espada de fuego las vidas de los que honraban al Oscuro, y las de sus hijos, y las de los hijos de sus hijos, hasta que nada de su estirpe quedó en pie! ¡La sangre de los impuros formó ríos caudalosos, ríos negros y espesos que ahogaron a aquellos que no quisieron escuchar la Voz! ¡No hubo perd3n ni misericordia! ¡S3lo castigo! ¡S3lo castigo! ¡S3lo castigo!

Kadijevich les hizo una seña de apaciguamiento a los soldados que habían entrado a la casa al escuchar sus gritos.

—Piénselo, Jorge —me dijo unos segundos más tarde, desde la puerta de la cocina—. Todavía tiene cinco o seis horas. Las que demorem0s en organizar a la gente y en preparar el convoy. Una vez que nos vayamos, las puertas quedarán abiertas. Y pasará lo que deba pasar.

Treinta y tres

En el avión militar que me llevó de Chile a Gallegos, lo único en que pensé fue en dejarla. El viaje resultó largo e incómodo. Los asientos eran duros como los del subte, no se reclinaban y estaban dispuestos en dos hileras enfrentadas, pegadas a las paredes de la cabina. La mujer que viajaba a mi izquierda no paraba de llorar y se secaba las lágrimas con un pañuelo de hombre. Nadie la consolaba porque todos parecían ensimismados en su propio drama: el de regresar a un país desfigurado lleno de ausencias. Yo era la excepción: la persona más importante de mi vida no había sido devorada por monstruos carnívoros sino que estaba a salvo esperándome en la base militar de Gallegos. Pero en lugar de sentirme feliz me hundía más y más en la bronca. No podía perdonar que me hubiera dejado solo en Santiago, que se hubiera limitado a delegar en un funcionario la misión de rescatarme del hospicio donde me habían internado.

Cagona, miserable, egoísta, sorete, frígida de mierda.

Iba a dejarla. Iba a decirle lo que pensaba en la misma

escalerilla del avión. Y a lo largo de la travesía, abstraído de la mujer sufriente y de los demás infelices que me rodeaban, me hice fuerte en la creencia de que necesitaba cortar definitivamente con Érica. El país había cambiado, el mundo había cambiado, yo debía cambiar. Basta de humillaciones por amor. El amor no humilla, no somete, no abandona, no ignora.

Llegamos, nos autorizaron a bajar y me apuré a salir. Unos soldados nos indicaron el camino hacia un hangar. Había viento y hacía mucho frío. Entré al galpón gigante y alguien me tiró encima una manta. Me envolví con ella. Recién en ese momento me di cuenta de que estaba tiritando. Una enfermera me acercó un vaso de café. Busqué a Érica con la mirada mientras me tomaban de la cintura y me llevaban hacia la mesa donde dos soldados registraban los datos de los pasajeros. Detrás de ellos había unos metros de espacio vacío y una de esas cintas que se usan en los aeropuertos para separar filas; del otro lado, mucha gente. Uno de los soldados de la mesa me dijo algo. No escuché qué porque seguía distraído.

¿Y si no estabas? ¿Y si vos, muy yegua, habías intuido lo que se te venía y habías decidido ganarme de mano? Otra derrota no. Otra derrota no. La enfermera del café me agarró de un brazo y me preguntó en voz baja, al oído, si me sentía bien. Contesté que sí y el soldado comenzó con el cuestionario. Nombre, número de documento, profesión, tiene a alguien acá. Levanté la vista hacia la gente del otro lado de la cinta. Se agitaron dos brazos en

el aire.

Me costó reconocerte. Tenías puesta una boina negra. Me pareció que habías adelgazado y que estabas más blanca. Sonreías con una mueca quebrada. Quise creer que sufrías. Sí, contesté, mi esposa, Érica Fischer. El soldado selló un papel, me lo dio y me deseó un buen día.

Treinta y cuatro

Volvieron los vuelos de limpieza, con su tableteo de motores y metralla. Y los ruidos de camiones y tanques, preparándose para la partida. Me llegaban ecos de voces excitadas por una extraña alegría. Nadie quería permanecer ni un minuto más en la Pompeya amurallada. El encierro, el hastío, la exposición cotidiana a lo monstruoso. La prueba incontrastable y definitiva del fin de la normalidad.

A veces el afuera parecía caer en pozos de un silencio profundo y me angustiaba pensar que ya se habían ido, que no quedaba nadie más que yo. Entonces escuchaba pasos que se acercaban y me ilusionaba con la posibilidad de que fuera el Lele. Un Lele astuto que había sobrevivido a las balas y que regresaba para salvarme con un plan heroico o estúpido, lo mismo daba, porque lo único importante para mí, a esa altura, era no quedarme solo en la ciudadela del horror. Los pasos, ni lentos ni apurados, y yo me levantaba de la silla, ansioso, y sentía el impulso de correr hacia la puerta, adelantarme y abrirla para que el Lele viera que yo no sólo seguía vivo y entero, sino que

también había permanecido fiel a su amistad y no me había vendido a esos hijos de puta. Y cuando acosado por el sonido de esa inminencia decidía, por fin, salir a la calle, una sospecha me paralizaba: no es el Lele, no puede ser, jamás hubiera sobrevivido, Kadijevich no estaría ahora organizando tranquilamente la partida si no tuviera la certeza de su cadáver acribillado. Así que los pasos debían de ser de uno de los Puros, tal vez del propio Kadijevich, que lo había pensado mejor y no quería dejar librada la suerte del testigo incómodo al aluvión hambriento de bichos. Lo que se aproximaba era el tiro de gracia, y esa convicción hacía que mi ánimo diera un vuelco, que la esperanza se me consumiera como un papel en el fuego, y otra vez me debatía en la duda de correr hacia la puerta, ahora para tabicarla con la silla, con el catre, con la mesa, con mi propio cuerpo haciendo de traba. Pero los pasos, de exasperante parsimonia, nunca terminaban de llegar y desaparecían apenas afuera volvían el bullicio, los motores, la metralla. Y yo me sentaba de nuevo a esperar.

No creas que no lo pensé. Soy débil, manejable, sin las convicciones de hierro que te habría gustado que tuviera. Cuando clareó, cuando el tono eléctrico de los gritos me indicó que la evacuación ya estaba por comenzar, me dije “voy”. Ir era mucho más que salvar el pellejo. Ir era traicionar a un amigo, ser útil al delirio de un milico mesiánico. Yo lo tenía claro, pese al cansancio, pese al aturdimiento, pese a todas las excusas habidas y por

haber. Pero aun así me dije “voy”. Lo repetí mentalmente cuatro o cinco veces, y luego lo dije en voz alta, golpeándome el pecho con un puño para despabilarme. Me levanté de la silla de la cocina, apagué el sol de noche. Salí a la calle. Caminé lentamente. Mirá lo idiota que soy que me preocupaba que me vieran llegar desesperado, con la lengua afuera. Dignidad, dignidad, me repetía, y avanzaba con la calma fingida de un paseante.

Casi al llegar a la esquina, escuché el sonido inconfundible de los motores en marcha, alejándose. Provenía de la plaza Trafal. Dejé de lado las prevenciones e intenté correr hacia allá. No pude. Fue como si se me hubiera contagiado el mal de los bichos: no tenía fuerzas ni para levantar los pies.

Sentí un miedo tan profundo, querida.

Vi que un jeep atravesaba Sáenz hacia el Puente Alsina. Acaso el último. Grité que me esperaran.

Voy.

Voy.

Voy.

Llegué a la avenida cuando ya no quedaba nadie. Estaba luminosa y desierta. Era una mañana espléndida, la más linda de cuantas recuerdo acá. El viento, todavía fresco, silbaba en mis oídos. Alguien había pintado una V y una P en la pared blanca de La Princesa. Vivan los Puros, tal vez. Miré hacia la Puerta Sur, abierta de par en par. Manchas ocres empezaban a asomarse, despacio.

Treinta y cinco

No sé cuándo se fue el tiempo. No sé cuándo dejé de sentir hambre o cuándo el hambre, de tan grande, se convirtió en una sensación imposible de definir. No sé cuándo empezaron los gemidos y los pasos arrastrados tan cerca. Sé, de todos modos, que ocurrió antes de que vos te me aparecieras para recordarme lo que soy, lo que fuimos.

Tu presencia me duele.

Un ser humano puede estar hasta sesenta días sin comer mientras tenga qué tomar. Yo tengo la cantimplora de Kadijevich. La dejó en la cocina, habrá que ver si por lástima o simplemente por descuido. Le queda muy poca agua. Bebo sorbos cortos, uno cada ocho o nueve horas, apenas la lengua empieza a sentirse como una tira de cuero áspero. Es una estrategia de supervivencia que no tiene sentido. Si el montaje de Kadijevich triunfa, si instala la idea de la Pompeya babilónica del Lele como ejemplo de un gobierno podrido, si los Puros toman el poder, nadie va a saber que todavía hay alguien vivo en la guarnición Buenos Aires. Si Kadijevich fracasa, la principal preocupación en Gallegos será purgar los focos

golpistas de las Fuerzas Armadas y yo, en el mejor de los casos, seré recordado como una víctima más, acaso como un héroe, algo que de ninguna manera me sirve de consuelo.

Mi destino, querida, es la muerte inexorable, y aun así no me animo a ser drástico. Podría vaciar en la pileta la cantimplora de Kadijevich y mi sobrevida se reduciría a un puñado de horas. Podría ahorcarme con una sábana o cortarme las venas o tirarme en palomita desde la terraza hacia los bichos que pululan en la calle, pero yo también le tengo miedo al dolor.

En algún resquicio de esta muerte larga resiste la estafa del milagro, la ilusión de que los Granaderos entrarán a degüello por las puertas abiertas del barrio para rescatar al único que sabe la verdad. Me ha permitido, además, reencontrarme con vos, aunque sea de esta manera.

Ellos no hacen nada. Van y vienen como gente desorientada. Ronronean bajito. Cuando me escuchan gritar, se alteran, el gemido se vuelve un rugido animal y empiezan a golpear la puerta y las ventanas. Pero no tienen fuerza para tirarlas abajo y, apenas me callo, se calman y se alejan. Están tan débiles como yo. Ellos también se desgastan en una muerte interminable. Durante los primeros días solía subir a la terraza a verlos: me intrigaba saber si conservaban algo de nosotros, algún sentimiento por debajo del instinto puro. Ya no.

Una vez me llamó la atención una mujer: se quedó varias horas de pie con la nariz pegada a la puerta tapiada

de la casa de enfrente. Le faltaba un brazo, el pelo se le había reducido a unos mechones secos de color rubio y, como todos los demás bichos, tenía la piel cenicienta cubierta en parte por una corteza de suciedad y sangre seca. Vestía ropa hecha jirones. ¿Qué hacía frente a esa puerta, inmóvil? ¿Conocía esa casa? ¿Le traía algún recuerdo? Quizá sólo percibiera la presencia de un animal muerto del otro lado, pero yo prefería pensar que había identificado un lugar, un instante, un afecto, y que en ella todavía palpitaba un último foco de humanidad. En un momento, retrocedió dos pasos, otro bicho la chocó y, como si ese toque la hubiera despertado, se echó a andar siguiendo a la manada. Me pregunto si yo voy a ser uno de ellos. Si en esas rondas interminables en la búsqueda de comida, al pasar por acá, podré reconocer esta casa y me llegarán, como ensoñaciones vagas, los recuerdos de tu cuerpo amado, de los días felices. Porque ahora no me viene nada de eso. Sólo imágenes cargadas de rencor, reproches que debo soltar porque duelen más que el hambre y que la sed. Y lo que más viene es el último momento en Palermo Aike.

Yo leo la novela de la madre y de su hijo bobo desnudos en un baño. Vos a mi lado. Te levantás de golpe, me decís que te vas a caminar o a nadar. Dejás el libro que estabas leyendo en el asiento de la reposera. Es una novela de Amélie Nothomb en francés. Me has dicho que querés practicar el idioma pensando en Rennes. El viento entreabre las páginas. Dentro, a modo de

señalador, hay algo que parece una postal. Lo saco. Es una foto, la polaroid de una copa de champagne con el borde manchado de rouge. En el reverso, escrita a mano con una caligrafía redonda y pequeña, lo que parece la cita de un verso: “Me miro, transformada, con la forma de un sueño”. Siento la congoja de un nene despreciado. Guardo la foto en el libro. Dejo el libro en la reposera. Me encierro en mi lectura, donde hay una mujer desnuda, una ducha abierta, un hijo bobo erecto, un hombre que entra, que los sorprende, la fatalidad que hace su juego emboscada en la puerta que se abre de golpe. Escucho un grito. Mi nombre en un grito. Una tensión que va más allá del esfuerzo de la voz. Una voz conocida. Tu voz. Y lo que recuerdo ahora, diferente a lo que recordé antes, es que sí pude levantar la vista de la lectura, que te vi, que vi tu brazo agitándose con desesperación, que vi tu cabeza (ese punto negro en el agua plateada) que luchaba por permanecer en la superficie, que te vi desaparecer y aparecer, desaparecer y aparecer, hasta que todo fue silencio y quietud.

La película del pasado es peor que este presente inmóvil. El sol de noche se va a apagar dentro de poco y no estoy seguro de que la oscuridad mejore las cosas. Tal vez deba levantarme de la silla, caminar hasta la puerta y abrir.

Agradecimientos

A Selva Almada y Julián López, por el fino oído, las sugerencias y las cálidas mañanas de GPS literario. A Juan Simeran, por su aporte sci-fi y las lecturas.



«—Quiero saber lo que sentís por mí — le dije una vez, poco antes de que la epidemia estallara—. No lo que sentiste alguna vez ni lo que represento en tu vida por acumulación. Lo que sentís ahora mismo, ya, en este momento.»

Porque su propia vida vale poco, Jorge ha vuelto a su antiguo barrio, transformado en una fortaleza donde una avanzada de trepadores y mercenarios resiste la invasión de los «bichos». Allí, durmiendo en una casa tapiada, andando por las calles de una Buenos Aires destruida, bajo el aullido permanente de sirenas y helicópteros, Jorge sobrevive a su propia demolición hecha de los recuerdos de Érica, su mujer desaparecida. Y cuando cree haber hallado consuelo en una joven, una serie de muertes misteriosas lo pondrá en el centro de una red de traiciones

y de cara a la verdad que tanto buscaba.

Con un ritmo sostenido y personajes tan sólidos como complejos y entrañables, Horacio Convertini reflexiona acerca del valor de lo perdido en un contexto que amenaza con la aniquilación. Al fin de cuentas, ¿existe un lugar mejor que otro para olvidar un gran amor, superar una ausencia, seguir viviendo?

Los que duermen en el polvo cruza el género negro con el fantástico en una historia sobre la monstruosidad que todos llevamos dentro.



HORACIO CONVERTINI

(Buenos Aires, 1961) es escritor y periodista. Sus obras han sido publicadas en Argentina, España, Venezuela y México. Obtuvo, entre otros premios, el Municipal de Literatura de la Ciudad de Buenos Aires (género cuento, bienio 2008/2009, por «Los que están afuera»), el Memorial Silverio Cañada de la Semana Negra de Gijón a la mejor ópera prima de género policial (2013, por la novela *La soledad del mal*) y el Extremo Negro-BAN (2013, por *El último milagro*, nominada el año siguiente al premio Dashiell Hammett a la mejor novela policial). Ganó, además, el Premio de Novela Sigmar de Literatura Infantil y Juvenil 2013 por *Terror en Diablo Perdido*, y

recibió la mención de honor de ALIJA como autor destacado de 2014 por *El misterio de los mutilados*, una novela negra para adolescentes.

Foto: © Alejandra López

Índice

- [Los que duermen en el polvo](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Epígrafe](#)
- [Uno](#)
- [Dos](#)
- [Tres](#)
- [Cuatro](#)
- [Cinco](#)
- [Seis](#)
- [Siete](#)
- [Ocho](#)
- [Nueve](#)
- [Diez](#)

- Once
- Doce
- Trece
- Catorce
- Quince
- Dieciséis
- Dieciocho
- Diecinueve
- Veinte
- Veintiuno
- Veintidós
- Veintitrés
- Veinticuatro
- Veinticinco
- Veintiséis
- Veintisiete
- Veintiocho
- Veintinueve
- Treinta

- [Treinta y uno](#)
- [Treinta y dos](#)
- [Treinta y tres](#)
- [Treinta y cuatro](#)
- [Treinta y cinco](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Sobre el autor](#)
- [Créditos](#)